Carlos H. Jorge

# El cantar del Optimista

## Tres diálogos desde la Incertidumbre

## Preámbulo

Este escrito nació con pantalones largos por lo que se impone decir algo antes de que empiece a andar.

Fue engendrado a fines del pasado milenio cuando el autor atravesó el medio siglo. Ese tiempo es época de preguntas tontas: ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿cuál es el sentido de la vida?, ¿tiene sentido?

Al poco tiempo se instaló el socialismo en Venezuela. La gente, mucha gente, lo quería. En un momento, el 90 por ciento de la población. Confieso que yo no participé de ese optimismo: algo enseñan los años. Pero también al poco tiempo, muchos se devuelven. ¿50 por ciento? Nunca lo sabremos ni tampoco importa mucho. El caso es que el optimismo prende en muchos arrepentidos como había prendido en los revolucionarios. Es el tiempo del 'veteyá' y del 'novolverán'. La guerra de clases enardece a los pueblos, a los pueblos que les gustan canciones que canta el poder –aunque Roma perezca en el incendio- y al que se le opone. El Gigante de la Patria era de la misma estirpe de Nerón para el 'pan y circo'. Ganó el 'novolverán' hasta el momento en que la criatura empieza a andar

En un principio y durante mucho tiempo pensé en *La canción del optimista*. Pero poco a poco me fui dando cuenta de que canciones hay muchas, igual que optimistas, así que preferí elegir un verbo como sustantivo que hace referencia a la acción al igual que a la predilección. Mantengo el término 'optimista' porque conserva toda la ambigüedad que requiere el asunto. 'Optimista' viene de 'óptimo' que se dice de lo mejor, de lo excelente, de la *areté* que dirían los griegos… pero la *areté* puede ser de lo peor. El autor afirma que no es optimista sino escéptico.

El uso de la lengua autoriza quizás emplear la palabra 'escepticismo' para designar el estado de un espíritu no solamente que duda, sino que duda con un propósito deliberado, por razones generales científicamente determinadas. Pero no es ésa su significación definitiva, porque, en este sentido, ¿qué filósofo no sería escéptico? La filosofía en tanto que se distingue del sentido común y se ¿eleva? sobre él discute siempre alguna de sus maneras de ver, rechaza algunas de sus razones para creer; en un sentido hay escepticismo en toda filosofía. El verdadero escéptico no es aquel que duda con un propósito deliberado y que reflexiona sobre su duda; no es incluso el que no cree en nada y afirma que nada es verdadero, otra significación de la palabra que ha dado lugar a muchos equívocos. Escéptico es aquel que con un propósito deliberado y por razones generales duda de todo, excepto de

los fenómenos, y se mantiene en la duda. Tal es el caso. En este sentido, el escrito es un panfleto de escepticismo.

Pero el escepticismo es una mala palabra. Porque, entre otras cosas, desafía a las instituciones establecidas. Si le enseñamos a todo el mundo, digamos a los estudiantes de secundaria, el hábito de ser escépticos, puede que empiecen a hacerse inoportunas preguntas sobre las instituciones económicas, o sociales, o políticas o religiosas. ¿Y luego dónde estaremos?

El escepticismo es peligroso. Ésa es precisamente su función, en mi opinión. Es función del escepticismo el ser peligroso. Por eso hay una gran renuencia a enseñarlo. Ni siquiera en las Escuelas de Filosofía de las universidades se suele abordar, sino como cosa del pasado. Se prefiere, más bien, toda la dogmática (así sea filosófica, que también la hay).

El escepticismo que se expone en esta obra gira alrededor de tres temas: teoría del conocimiento, teoría política y teoría práctica. El primer diálogo aborda un viejo cangrejo de la filosofía: el problema de la verdad. El segundo navega en las procelosas aguas del ¿ordenamiento? social. Busca, fundamentalmente, mostrar el desbarajuste que sobreviene cuando se ponen las carretas delante de los bueyes estatales. Y el tercero quiere reírse (por no llorar) de las recetas para que los ciudadanos se vuelvan “idiotas” felices, tal como propusieron en el convulso helenismo cínicos, escépticos, epicúreos y estoicos. No sabemos si algún lector considerará una blasfemia académica juntar a W. Dyer y Louise L. Hay con G. W. Leibniz. El autor piensa que todos ellos son vendedores de baratijas con mayor o menor éxito. Los primeros lo obtuvieron con los millones de ejemplares de sus libros adquiridos por sus *fans*; el éxito al filósofo alemán se lo dio en las aulas el tiempo

La forma adoptada para exponer el escepticismo es el diálogo. De todas las formas de expresión de que se pudiera echar mano, la del diálogo es la menos dogmática y, por tanto, es la que está más en sintonía con el propósito general de la obra. Los diálogos se dan entre un grupo de mujeres que van a lavar sus trapos en el río de Heráclito, un grupo de hombres que discuten en un bar sobre la mejor manera de ordenar el mundo y un grupo de niños y niñas que juegan a la rayuela, al hospital y a la gallina ciega, o hacen ejercicios de fuerza y se divierten diciendo mentiras.

Tal vez llame la atención que se hayan elegido nombres griegos para caracterizar los distintos personajes. La idea no es muy original, sirva G. Berkeley de antecedente. Algunos nombres son construcciones significativas que hace el autor y otros lo son de algunos personajes históricos.

Y para ir concluyendo, anticipo que los diálogos están dedicados a tres amigos. Es muy grato poner al frente de cada uno el nombre de H. Leal, el de J. Everduim y el de J.J. Rosales. De los amigos no se puede decir nada. Son amigos.

Y así llego al final del preámbulo e invito al lector a que empiece a caminar por el escrito acompañado de la profesora Elsa Espinoza, Freddy Mayora, Juan José Rosales y Henry Leal, quienes ya hicieron el recorrido y embellecieron el paisaje con sus observaciones. Gracias a ellos.

28 del mes 12, nombrado 10, de 2016.

# Diálogo 1
# **Trapos de Verdad y alergias del discurso**

Para Henry Leal

Del *Evangelio de Juan,* cap. 18:

33 Entonces Pilato entró otra vez al Pretorio, llamó a Jesús y le dijo: —
¿Eres tú el rey de los judíos? 34 Jesús le respondió: — ¿Preguntas tú esto
de ti mismo, o porque otros te lo han dicho de mí? 35 Pilato respondió:
— ¿Acaso soy yo judío? Tu propia nación y los principales sacerdotes te
entregaron a mí. ¿Qué has hecho? 36 Contestó Jesús: — Mi reino no es
de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores
pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos. Ahora, pues, mi
reino no es de aquí. 37 Entonces Pilato le dijo: — ¿Así que tú eres rey?
Jesús respondió: — Tú dices que soy rey. Para esto yo he nacido y para
esto he venido al mundo: para dar testimonio a la verdad. Todo aquel
que es de la verdad oye mi voz. 38 Le dijo Pilato: — ¿Qué es la verdad?

*Dramatis personae*

**Blasfemia** y **Ménoia** están lavando en el río de Heráclito. Llega **Eufemia** que viene de la culta Viena adonde había ido a comprar el *Tractatus logico-philosophicus*.

—Y el Cristo no le contestó a Pilato. Se dicen muchas tonterías sobre las razones que pudo haber tenido. Por mi parte creo que la pregunta lo tomó desprevenido y no atinó la respuesta. Si el dogma dice que era verdadero Dios, pero también verdadero hombre, mi opinión coincide con el dogma. Hasta hoy los hombres no se ponen de acuerdo en eso de qué sea la verdad; de Dios no podemos conocer sus pensamientos, si es que piensa…

—Cállate, Blasfemia. El asunto de la verdad está perfectamente aclarado en el *Tractatus logico-philosophicus*, de L. Wittgenstein, que conseguí en Viena. Vengan.

No les extrañe, Ménoia y Blasfemia, la lectura del *Tractatus*. Esta obra está dividida en proposiciones de sabor aforístico, numeradas según una muy elaborada notación decimal que separa gradualmente lo principal de lo subsidiario, de acuerdo con un creciente número de cifras

decimales, cosa que hoy hacen sin prestarle mucha atención todas las secretarias del mundo cuando elaboran sus informes.

Las proposiciones principales –numeradas con enteros del 1 al 7- pueden verlas aquí:

1. El mundo es todo lo que es el caso.
2. Lo que es el caso –un hecho- es la existencia de estados de cosas.
3. Una pintura lógica de hechos es un pensamiento.
4. Un pensamiento es una proposición con sentido.
5. Una proposición es una función veritativa de proposiciones elementales. (Una proposición elemental es una función veritativa de sí misma).
6. La forma general de una función de verdad es: [-p, -ξ N(-ξ)]. Esta es la forma general de la proposición.
7. De lo que no se puede hablar, hemos de callarnos.

—Pero, explícame, Eufemia, que yo no estoy familiarizada con esta escritura. ¿Se puede sacar algo en limpio de estas sibilinas sentencias?

—Tienes razón. Ya te explico, pero antes te diré, Ménoia, otra cosa que debes saber del *Tractatus*. Esta obra no está escrita en un orden de premisas y conclusiones; pero cuando se bucea en las proposiciones subsidiarias comienza a advertirse con claridad el trasfondo de las sentencias principales. No quiere decir esto que no haya que ponderar cada palabra. No obstante, después de una cuidadosa lectura por todas las bifurcaciones y atajos, el sentido total de la obra resulta mucho menos oracular de lo que hace presentir una primera a las proposiciones 1-7, como acabas de comprobar. Miren conmigo:

1.1 El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas.
1.11 El mundo está determinado por los hechos, siendo estos *todos* los hechos.
1.12 Pues la totalidad de los hechos determina lo que es el caso, y también lo que no es el caso.
1.13 Los hechos del espacio lógico son el mundo.
1.2 El mundo se divide en hechos.
1.21 Cada uno puede o no ser el caso y los restantes permanecer invariados.

—Antes de que sigas, Eufemia, explícame qué es un ‘hecho’, pues el *Tractatus* se abre con la declaración de que el mundo es la ‘totalidad de los hechos’ y rápidamente se pasa al ‘estado de cosas’.

—Esa misma pregunta se la hizo B. Russell al autor y éste le contestó en una carta enviada desde Montecassino diciendo que ‘estado de cosas’, en alemán *Sachverhalt*, es lo que corresponde a una proposición elemental cuando ésta es verdadera, y *Tatsachen* (hechos) es lo que corresponde a la conjunción de dos proposiciones cuando esta conjunción es verdadera.

—Por cultura general, Eufemia: ¿ese Montecassino es el mismo donde hubo cuatro duras batallas en 1944 y donde murieron más de 74.000 personas?

—El mismo. Pero la carta de Wittgenstein es de 1919 cuando peleaba con el ejército austrohúngaro en Italia. En la II Guerra Mundial fue enfermero en Inglaterra, pues era ciudadano británico.

—Gracias por la aclaración. Volviendo al tema, ¿a la pregunta *qué es un hecho* debemos responder de acuerdo con la proposición 2.: 'Lo que acaece, el hecho, es la existencia de los hechos atómicos'?

—Así es, mi querida amiga. Veo que me vas entendiendo. Y espero que entiendas, también, de qué modo se relacionan los hechos con las proposiciones, que para eso fui a comprar el *Tractatus* a Viena. Para facilitarles las cosas, Ménoia y Blasfemia, les hice una selección de los aforismos que considero claves para entender la verdad como correspondencia, esto es, la *doctrina pictórica* de L. Wittgenstein, como le gustaba decir a mi profesor Ernesto Battistella (1974). Lean conmigo:

2.12 La pintura es un modelo de la realidad.
2.13 En una pintura los elementos de la pintura corresponden a los objetos.
2.131 En una pintura los elementos de la pintura son representativos de los objetos.
2.14 Lo que constituye una pintura es que sus elementos están relacionados unos con otros de determinado modo.
2.221 Lo que la pintura representa es su sentido.
2.222 El acuerdo o desacuerdo de su sentido con la realidad constituye su verdad o falsedad.
2.223 Para poder decir si una pintura es verdadera o falsa hemos de compararla con la realidad.
3. La pintura lógica de hechos es el pensamiento.
3.1 En una proposición el pensamiento se expresa perceptiblemente por los sentidos.
3.11 Nosotros usamos el signo perceptible de una proposición (sonidos o signos escritos, etc.) como la proyección del estado cosas posible. El método de la proyección constituye en pensar en el sentido de la proposición.
3.12 Llamo al signo con el que expresamos un pensamiento un signo proposicional. Y una proposición es un signo proposicional en su relación proyectiva con el mundo.
3.1431 Las esencia de un signo proposicional se ve muy claramente si imaginamos uno compuesto de objetos espaciales (tales como mesas, sillas y libros) en lugar de signos escritos.
Entonces el arreglo espacial de estas cosas expresará el sentido de la proposición.
3.2 En una proposición un pensamiento puede expresarse de tal modo que los elementos del signo proposicional corresponden a los objetos del pensamiento.
3.201 Llamo a tales elementos 'signos simples', y a tales proposiciones 'completamente analizadas'.

3.202 Los signos simples empleados en las proposiciones se denominan nombres.
3.203 Un nombre denota un objeto. El objeto es su denotación. (‘A’ es el mismo signo que ‘A’).

— En conclusión, mi querida Ménoia, una proposición es una pintura.

—Eso lo entiendo, ¿pero qué hace posible que una combinación de palabras represente un hecho en el mundo? ¿Me lo puedes explicar?

—Claro que sí. Una proposición nos comunica una situación; por ende, ha de estar *esencialmente* conectada con la situación. Una proposición anuncia algo en tanto es una pintura, como quiere el autor en 4.03. En otros términos, la pintura es un modelo de la realidad. Es decir, hay una correspondencia –y esta es la palabreja clave- entre los elementos de la pintura y los objetos del estado de cosas representados en la pintura, como vimos, muy explícita y gráficamente, en la proposición 3.1431. Si un elemento de la pintura representa a César y otro al Rubicón, la relación entre los elementos de la pintura podría mostrarnos a César atravesando el Rubicón. ‘Cesar’ es un signo simple, un nombre; este nombre denota un objeto, en este caso el victorioso conquistador de las Galias: Cayo Julio César. En resumen, “la proposición es una pintura de la realidad: porque si entiendo una proposición, conozco la situación que representa, y entiendo la proposición sin que su sentido me haya sido explicado”, dice en 4.021. Y es que “una proposición *muestra* su sentido”, como asegura en 4.022. Ello significa que si la proposición es verdadera, nos dice cómo están dispuestas las cosas. El sentido de la proposición es justamente lo que ella afirma (4.064).

—Si entendí bien, Eufemia, para que una pintura pueda retratar la realidad –correcta o incorrectamente, que no sé cómo sería en el segundo caso, porque no habría nada qué retratar- ha de tener algo en *común* con ésta. Pero todavía no he visto qué sería eso común.

—A lo que tienen en común realidad y pintura, Wittgenstein lo llama ´forma pictórica’ (‘Form der Abbildung’, en alemán). La forma pictórica es la posibilidad de que las cosas estén relacionadas unas con otras del mismo modo que los elementos de la pintura (2.151). Y es que una pintura es un hecho (2.141), es decir, el hecho de que los elementos de la pintura estén relacionados de determinado modo. Y más: “sólo los hechos pueden expresar un sentido, no así un conjunto de nombres” (3.142), de ahí que sólo las proposiciones tengan sentido.

En resumen, mis queridas amigas, cuando la verdad o falsedad de una proposición puede determinarse en virtud de la verdad o falsedad de las proposiciones elementales, entonces diremos que tal proposición es una función veritativa de sus proposiciones elementales. O más claro: “Si una proposición elemental es verdadera, el estado de cosas existe; si es falsa, no existe” (4.25). O, en mis términos: si el estado de cosas no existe, la proposición es falsa, esto es, no es una proposición sino un montón de palabras conectadas de acuerdo con las reglas de la

gramática. Ahora bien, si todas las proposiciones elementales están dadas, el resultado es una descripción completa del mundo, o, lo que es lo mismo, el mundo queda completamente descrito cuando se dan todas las proposiciones elementales y se indican cuáles de ellas son verdaderas y cuáles falsas, como quiere el autor en 4.26. El mundo consiste, entonces, en estados de cosas independientes. Los hechos son combinaciones de estados de cosas conectados del mismo modo que lo están las proposiciones elementales a través de las funciones veritativas. Y esto era lo que te quería demostrar.

—La verdad, Eufemia, has hablado muy bien, como quiere tu nombre, pero, perdona mi torpeza y tenme un poco de paciencia. Todavía no sé *qué* es la verdad. La correspondencia me llama la atención, pero no me convence. Descubro en ella la maravilla que señala Borges en un famoso poema:

> Si (como afirma el griego en el *Cratilo*)
> el nombre es arquetipo de la cosa
> en las letras de 'rosa' está la rosa
> y todo el Nilo en la palabra 'Nilo'

—Más que maravilla es misterio, como misterio es cuál sea el nombre de Dios:

> Y, hecho de consonantes y vocales,
> habrá un terrible Nombre, que la esencia
> cifre de Dios y que la Omnipotencia
> guarde en letras y sílabas cabales.
>
> Adán y las estrellas lo supieron
> en el Jardín. La herrumbre del pecado
> (dicen los cabalistas) lo ha borrado
> y las generaciones lo perdieron.

—La maravilla y el misterio los eternizó De Saussure cuando, para mostrar los elementos constitutivos del signo lingüístico, introdujo una raya entre significado y significante. Con ella no sólo dejaba claro el signo prohibitivo que impide el paso del uno al otro, sino el salto en el vacío. Son dos realidades que, como las sustancias cartesianas, no poseen comunicación.

—Por eso la verificación, Blasfemia. Sé que es algo engorroso, pero al final surge refulgente la verdad como correspondencia entre la esencia y el hecho.

*

—Se me ocurre, amigas, que habría que encontrar una definición de verdad que no consista en la relación con algo exterior totalmente ajeno a la misma creencia.

—De vez en cuando tienes intuiciones muy ingeniosas, Ménoia. Tienes razón. La tentativa más importante para establecer una definición de esa clase se conoce como *teoría de la verdad como coherencia*. Y es tan importante que lo que quiera que entandamos por Filosofía es, solamente, coherencia.

—¿Tan importante? Acláralo.

—Dice esa teoría que el signo de la falsedad es la imposibilidad de conectarla con el cuerpo de nuestras creencias y que la esencia de la verdad es formar parte del sistema completamente acabado, que es la verdad.

—Pero con respecto a ese punto, mi estimada Eufemia, yo he estado investigando y he encontrado dos dificultades.

—Ah, ¡muy astuta!… y no nos habías dicho nada. ¿Cuáles son esas dificultades?

—La primera consiste en que no hay razón alguna para suponer que sólo es posible *un* cuerpo de creencias. Con suficiente imaginación es posible que un escritor, como lo hizo Calderón DE LA BARCA (1997) en *La vida es sueño*, pudiera inventar un pasado del mundo que conviniera perfectamente con el que nosotros conocemos y, al mismo tiempo, que fuese totalmente distinto del pasado real. El Príncipe Segismundo lo expresa de manera diáfana en un inolvidable monólogo, que yo aprendí de muchachita en la escuela:

Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte, ¡desdicha fuerte!
¿Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Dice B. RUSSELL (2009), el autor de las objeciones, que en materia científica es evidente que hay a menudo dos o más hipótesis que dan cuenta de todos los hechos conocidos sobre algún asunto. Aunque en tales casos los hombres de ciencia se esfuerzan en hallar hechos que excluyan todas las hipótesis menos una, no hay razón para suponer que lo logren siempre. Y señala también que en Filosofía no parece raro que dos hipótesis rivales puedan dar ambas razón de todos los hechos. Así por ejemplo –como hemos visto en el poema del dramaturgo español del Siglo de Oro- es posible que la vida sea un largo sueño y que el mundo exterior tenga tan sólo el grado de realidad que tienen los objetos de los sueños. Aunque este punto de vista no parece incompatible con los hechos conocidos, no hay razón para preferirlo sobre el punto de vista del sentido común, según el cual otras personas y cosas existen realmente. De este modo, la coherencia no define la verdad, porque nada prueba que sólo pueda haber *un* único sistema coherente.

—Muy bien, Ménoia. Realmente te has lucido, pero me temo que esa primera objeción está abonando mi definición de verdad. ¿Cuál es la segunda?

—Señala el mismo Russell que la definición de verdad por coherencia supone conocido lo que entendemos ‘por coherencia’, mientras que, de hecho, la coherencia presupone la verdad de las leyes lógicas. Es decir, dos proposiciones son coherentes cuando ambas pueden ser verdaderas a la vez, e incoherentes cuando una, por lo menos, debe ser falsa. Pero para saber si dos proposiciones pueden ser verdaderas a la vez, debemos conocer verdades como la ley de la no contradicción.

—Explícate, por favor, porque ahora me asaltó a mí la torpeza.

—No te preocupes que en todas partes se cuecen habas, como reza el dicho. Por ejemplo, estas dos proposiciones: ‘esta mata es una ceiba’ y ‘esta mata no es una ceiba’ no son coherentes, a consecuencia de la ley de no contradicción. Pero si la ley de no contradicción debiera someterse a su vez a la prueba de la coherencia, resultaría que, si nos decidiéramos a suponerla falsa, no podría ya hablarse de incoherencia entre diversas cosas.

—De ese modo, se puede concluir, mi querida Ménoia, que las leyes lógicas proporcionan la armazón dentro de la cual se aplica la prueba de

la coherencia, y no pueden, a su vez, ser establecidas mediante esta prueba. Entiendo.

En fin, por las dos razones que tú tan brillantemente has expuesto, la coherencia no puede ser aceptada como algo que nos dé el sentido de la verdad, aunque con frecuencia sea una prueba muy importante de la verdad. De este modo nos vemos precisados a mantener que la correspondencia con un hecho constituye la naturaleza de la verdad, como he tratado de mostrarte mientras tú intentas quitar esa mancha rebelde que no quiere abandonar el quitón de tu marido.

—Pero seguimos en lo mismo, Eufemia, puesto que hay que definir de un modo preciso qué entendemos por un *hecho* y cuál es la naturaleza de la correspondencia que debe existir entre la creencia y el hecho para que la creencia sea verdadera.

—Explícate, Blasfemia.

—El tema de la naturaleza última de la verdad ha ocupado a los filósofos a lo largo de los últimos 25 siglos. En relación con dicho tema se elaboran teorías, se proponen alternativas, se refutan unas más que otras, pero da la sensación de que el tema sigue siendo un misterio. Aunque, con el método propio de los lenguajes formales para la determinación en ellos de las fórmulas verdaderas, A. TARSKI (1931) pudo elaborar una teoría que esclarece el significado del predicado ‘verdadero’ y que es compatible con todas las teorías filosóficas que se puedan formular.

—Y esto, automáticamente, pone de manifiesto su superioridad explicativa, pero, por otro lado, la teoría tarskiana nos deja a todos insatisfechos, pues todos desearíamos oír más acerca de la verdad.

—Es cierto, pero lo que Tarski dijo no es falso. Con toda claridad mostró que ‘verdadero’ y ‘falso’ pertenecen al metalenguaje, no al lenguaje objeto. En el lenguaje objeto, los signos denotan (nombran o se refieren) objetos que no son parte del lenguaje. En el metalenguaje, los signos denotan signos del lenguaje objeto. En términos de R. Carnap: si investigamos, analizamos y describimos un lenguaje $L_1$, necesitamos un lenguaje $L_2$ para formular los resultados de nuestras investigaciones de $L_1$ o las reglas para el uso de $L_1$. Entonces, llamamos lenguaje objeto a $L_1$. A la totalidad de lo que se conoce acerca de $L_1$, dicho en $L_2$, suele denominarse metateoría.

—Concedo que Tarski demuestra cómo inevitablemente cualquier lenguaje que sea lo suficientemente fuerte siempre será incompleto en algún sentido, pues para la adjudicación de verdad de sus oraciones se tendrá que disponer de un lenguaje más fuerte, esto es, de un metalenguaje, que es al que pertenecerán los imprescindibles predicados ‘verdadero’ y ‘falso’.

—Pero, Eufemia y Ménoia, en las tiranías –como la cubana- no suelen permitirse metateorías. Es decir, hay la teoría del régimen, pero éste no permite niveles superiores sobre ella. Aventurarse a usar un metalenguaje sobre el lenguaje objeto oficial es adentrarse en el error y

en la ignominia. Consideremos la famosa autocrítica de Heberto Padilla, que le puso los pelos de punta al mundo intelectual del mundo izquierdoso, entre otros a J. P. Sartre, aunque cambió el leninismo-estalinismo por algo peor, el maoísmo:

> Ustedes saben perfectamente que desde el pasado 20 de marzo yo estaba detenido por la Seguridad del Estado de nuestro país. Estaba detenido por contrarrevolucionario. Por muy grave y por muy impresionante que pueda resultar esta acusación, esa acusación estaba fundamentada por una serie de actitudes, por una serie de posiciones, por una serie de actividades, por una serie de críticas. . . No, no, no. Críticas −que es una palabra a la que quise habituarme en contacto con los compañeros de Seguridad− no es la palabra adecuada a mi actitud. Si no por una serie de injurias y difamación contra la Revolución…

-Un momento, amiga, respecto de la verdad en el conocimiento, concedo que es algo mudable: con cada nueva hipótesis se cuestiona la verdad formal de la ciencia, con cada nuevo paradigma se cuestiona la interpretación de la realidad. En matemática y lógica queda como remanente de verdad el metalenguaje, pero evolucionan las teorías.

La verdad política es, como lo dice el autor de la obra *en comento*, caer en escepticismo. Puesto que aquí la verdad se impone desde el poder, desde la *auctoritas*. Trátese de dictaduras, dictablandas o democracias, el poder es ejercido para atribuir la verdad conveniente. Empero, la crítica que hago es que el escepticismo expuesto sólo va dirigido a un extremo de la banda *“de poderes”*. No alude a un poder soterrado (ahora más al descubierto) que también ha ocasionado guerras, asesinatos, desapariciones, encarcelamientos y, por supuesto muertes. Ingente número de muertes: Hiroshima, Nagasaki, Vietnam, Siria, Libia, Irak, Afganistán y otras en desarrollo. Claro, en toda la divulgación del “estado de cosas”, de los “hechos”, los argumentos son emitidos con mucha seducción y apelando a una verdad extremadamente relativa. Una verdad que algunas veces es verdadera y otras, la misma verdad, es falsedad. Lo increíble es que se expresa sin caer en contradicción. La seducción da para todo. Si dudamos, suspendamos el juicio; entonces hagámoslo filosóficamente imparcial.

-Ay amiga, me temo que no puedo acompañarte en tu descarga. Lo que yo digo, simplemente, es que coherencia es coherencia con el sistema, con el conjunto de creencias que —como cualquier hecho— no es verdadero ni falso: sólo *es*. Y esto, concedo, vale para “dictaduras, dictablandas o democracias”, como tú señalas. Y es tanto más peligroso cuanto más poderoso.

Vean, si no, la terrible abjuración de Galileo Galilei en 1633 ante el poder de la Iglesia Católica, que no sólo era poder en orden de la fe sino también en el orden temporal:

Yo, Galileo, hijo de Vincenzo Galileo de Florencia, a la edad de 70 años, interrogado personalmente en juicio y postrado ante vosotros, Eminentísimos y Reverendísimos Cardenales, en toda la República Cristiana contra la herética perversidad, Inquisidores generales; teniendo ante mi vista los sacrosantos Evangelios, que toco con mi mano, juro que siempre he creído, creo aún y, con la ayuda de Dios, seguiré creyendo todo lo que mantiene, predica y enseña la Santa, Católica y Apostólica Iglesia.

Pero, como, después de haber sido jurídicamente intimado para que abandonase la falsa opinión de que el Sol es el centro del mundo y que no se mueve y que la Tierra no es el centro del mundo y se mueve, y que no podía mantener, defender o enseñar de ninguna forma, ni de viva voz ni por escrito, la mencionada falsa doctrina, y después de que se me comunicó que la tal doctrina es contraria a la Sagrada Escritura, escribí y di a la imprenta un libro en el que trato de la mencionada doctrina perniciosa y aporto razones con mucha eficacia a favor de ella sin aportar ninguna solución, soy juzgado por este Santo Oficio vehementemente sospechoso de herejía, es decir, de haber mantenido y creído que el Sol es el centro del mundo e inmóvil, y que la Tierra no es el centro y se mueve. Por lo tanto, como quiero levantar de la mente de las Eminencias y de todos los fieles cristianos esta vehemente sospecha que justamente se ha concebido de mí, con el corazón sincero y fe no fingida, abjuro, maldigo y detesto los mencionados errores y herejías y, en general, de todos y cada uno de los otros errores, herejías y sectas contrarias a la Santa Iglesia. Y juro que en el futuro nunca diré ni afirmaré, de viva voz o por escrito, cosas tales que por ellas se pueda sospechar de mí; y que si conozco a algún hereje o sospechoso de herejía, lo denunciaré a este Santo Oficio o al Inquisidor u Ordinario del lugar en que me encuentre.

Juro y prometo cumplir y observar totalmente las penitencias que me han sido o me serán, por este Santo Oficio, impuestas; y si incumplo alguna de mis promesas y juramentos, que Dios no lo quiera, me someto a todas las penas y castigos que me imponen y promulgan los sacros cánones y otras constituciones contra tales delincuentes. Así, que Dios me ayude, y sus santos Evangelios, que toco con mis propias manos.

Yo, Galileo Galilei, he abjurado, jurado y prometido y me he obligado; y certifico que es verdad que con mi propia mano he escrito la presente cédula de mi abjuración y la he recitado palabra por palabra en Roma, en el convento de Minerva este 22 de junio de 1633. Yo, Galileo Galilei, he abjurado por propia voluntad

—En conclusión, retomando la teoría de la verdad como coherencia, que fue formulada por primera vez por Hegel, no pone como criterio de verdad la adecuación a la realidad, sino la conexión entre el conjunto de proposiciones de un sistema. La verdad, más que en las proposiciones aisladas, está en el sistema. Veo, amigas, que se trata de un criterio válido para las ciencias formales: matemáticas y lógica, pero no aplicable a las ciencias empíricas, donde la teoría ha de acomodarse a los hechos que pretende explicar, porque un sistema puede tener coherencia lógica y… ser falso.

*

—Lo cual me lleva a sospechar que la verdad está muy cerca del acuerdo. ¿Me equivoco, Eufemia?

—En efecto, Ménoia, así es. Un antiguo criterio de validación de la verdad es el *consensus gentium* (en criollo, 'acuerdo del pueblo'), que declara que "lo que es universal entre los hombres lleva su parte de verdad". Varias teorías del consenso se basan en variaciones de este principio. En algunos criterios la noción de consenso universal se toma estrictamente, mientras que otros califican los términos del consenso de varias formas. Hay versiones de la teoría del consenso en las que la proporción de la población requerida para que se dé el consenso y el periodo de tiempo necesitado para declarar el contexto varían respecto a la norma clásica.

Es muy difícil encontrar un filósofo que sostenga una teoría del consenso pura o, en otras palabras, un tratamiento de la verdad que esté basado en el consenso total de una comunidad real sin más calificativos. Las teorías puras del consenso son temas frecuentes de discusión, porque sirven de puntos de referencia para discutir teorías alternativas.

Jacques RANCIÈRE (1996) expone que una de las condiciones para la política democrática es la existencia de disenso o desacuerdo, pues esa diferencia o tensión que produce diálogo es la manera en que construimos la propia comunidad. En palabras de Rancière: "El desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura".

—Se me ocurre que la verdad histórica tiene mucho que ver con el consenso o acuerdo. Por ejemplo, en general los historiadores están de acuerdo con que el descubridor de América fue Cristóbal Colón y no Erick el Rojo. Aunque se han aportado argumentos importantes a favor del segundo, pareciera ser que su famoso viaje relatado en las sagas islandesas no tuvo consecuencias como sí las tuvo el alucinado periplo del genovés.

—Y el mito de la Atlántida relatado por Platón en el *Critias* y *Timeo* es fuente inagotable de tesis utópicas.

—Yo veo el consenso muy cerca de lo útil. Y, en este sentido, la teoría pragmatista, desarrollada por Dewey y James, equipara verdad y utilidad. Al constatar la función práctica del conocimiento, el pragmatista reduce a verdad esa función y estima que un conocimiento es verdadero si nos permite actuar con éxito, y falso si nos conduce al fracaso. Por esta regla de tres, un mapa de carreteras es verdadero si nos orienta y nos permite llegar a nuestro destino y es falso si nos desorienta y nos perdemos. En el ámbito de la ciencia, la verdad se manifiesta en el éxito

de la experimentación. En el ámbito de las creencias, James sostiene que son verdaderas si producen efectos beneficiosos en el creyente y falsas, si los efectos producidos son perniciosos.

—A propósito para terminar este punto, les invito a que leamos algunos párrafos de *Cómo esclarecer nuestras ideas* de Ch. S. PEIRCE (1988), que es el padre de todas estas teorías de que venimos de hablar.

—¿Qué párrafos son esos?

—Bueno, hice una selección no tan precisa ni rigurosa como la de Eufemia en el *Tractatus*. La idea es que veamos la secuencia lógica que, según Peirce, conduce de la duda al acuerdo. Dice en el párrafo 7 de su escrito:

> La supuesta indecisión, sea por mero divertimento, sea por algún sublime propósito, juega un importante papel en la producción de la indagación científica. Con independencia de lo que sea lo que da lugar a la duda, lo cierto es que estimula la mente a una actividad que puede ser ligera o enérgica, tranquila o turbulenta. Las imágenes pasan con rapidez por la consciencia, en un incesante fundirse las unas en las otras, hasta que, por fin, cuando todo ha pasado ya -sea en una fracción de segundo, en una hora, o después de años-, nos encontramos decididos respecto a cómo actuar bajo circunstancias tales como las que provocaron nuestra vacilación. En otras palabras, hemos alcanzado la creencia.

—O sea, tenemos duda, indecisión, creencia. ¿Qué viene ahora?

—Tres párrafos adelante aclara lo que alcanzó en el 7. Lee, por favor:

> ¿Y qué es, pues, la creencia? Es la semicadencia que cierra una frase musical en la sinfonía de nuestra vida intelectual. Hemos visto que tiene justamente tres propiedades: primero, es algo de lo que nos percatamos; segundo, apacigua la irritación de la duda, y, tercero, involucra el asentamiento de una regla de acción en nuestra naturaleza, o dicho brevemente, de un *hábito.* Al apaciguar la irritación de la duda, que es el motivo del pensar, el pensamiento se relaja, reposando por un momento, una vez alcanzada la creencia. Pero dado que la creencia es una regla para la acción, cuya aplicación implica más duda y más pensamiento, a la vez que constituye un lugar de parada es también un lugar de partida para el pensamiento. Por ello, me he permitido llamarlo pensamiento en reposo, aun cuando el pensamiento sea esencialmente una acción. El producto *final* del pensar es el ejercicio de la volición, de la que el pensamiento ya no forma parte; pero la creencia es sólo un estadio de la acción mental, un efecto sobre nuestra naturaleza debido al pensamiento, y que influirá en el futuro pensar (&10).

—Me gusta eso de que la creencia es una regla de acción. Creo que nadie lo había dicho antes. Pero leamos cómo sigue.

> La esencia de la creencia es el asentamiento de un hábito; y las diferentes creencias se distinguen por los diferentes modos de la acción a la

que dan lugar. Si las creencias no difieren a este respecto, si apaciguan la misma duda produciendo la misma regla de acción, entonces las meras diferencias en el modo de las consciencias de ellas no pueden constituirlas en diferentes creencias, del mismo modo que tocar un tono en diferentes claves no es tocar tonos diferentes (&11).

—Magnífica la comparación.

—Y vean lo que añade: “toda la función del pensamiento es producir hábitos de acción (&13)

—¿Y qué es un hábito de acción?

—Lee más abajo que él te contesta la pregunta en el mismo párrafo 13 con lujo de detalles:

Lo que el hábito es depende de *cuándo* y *cómo* nos mueve a actuar. Por lo que respecta al *cuándo,* todo estímulo a la acción se deriva de la percepción; por lo que respecta al cómo, todo propósito de la acción es el de producir un cierto resultado sensible. Llegamos, así, a lo tangible y concebiblemente práctico como raíz de toda distinción real del pensamiento, con independencia de lo sutil que pueda ser; y no hay ninguna distinción de significación tan afinada que no consista en otra cosa que en una posible diferencia de la práctica.

—Y aquí, amigas, llegamos a donde íbamos. Lee, Ménoia, en voz alta para todas el parágrafo 20.

—Leo:

Por otra parte, todos los partidarios de la ciencia están animados por la feliz esperanza de que basta con que aquella se prosiga lo suficiente para que dé una cierta solución a cada cuestión a la que la apliquen. Uno puede investigar la velocidad de la luz estudiando los pasos de Venus y la aberración de las estrellas; otro, por las oposiciones de Marte y los eclipses de los satélites de Júpiter; un tercero, por el método de Fizeau; un cuarto, por el de Foucault; un quinto, por los movimientos de las curvas de Lissajoux; un sexto, un séptimo, un octavo y un noveno, pueden seguir los diferentes métodos de comparar las medidas de la electricidad estática y dinámica. Al principio pueden obtener resultados diferentes, pero, a medida que cada uno perfecciona su método y sus procedimientos, se encuentra con que los resultados convergen ineludiblemente hacia un centro de destino. Así con toda la investigación científica. Mentes diferentes pueden partir con los más antagónicos puntos de vista, pero el progreso de la investigación, por una fuerza exterior a las mismas, las lleva a la misma y única conclusión. Esta actividad del pensamiento que nos lleva, no donde deseamos, sino a un fin preordenado, es como la operación del destino. Ninguna modificación del punto de vista adoptado, ninguna selección de otros hechos de estudio, ni tampoco ninguna propensión natural de la mente, pueden posibilitar que un hombre escape a la opinión predestinada. Esta enorme esperanza se encarna en el concepto de verdad y realidad. La opinión destinada a que todos los que investigan estén por último de acuerdo en

ella es lo que significamos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real. Esta es la manera cómo explicaría yo la realidad.

—¡Magnífico!

—No tan rápido, amigas. Es fácil ver que el pragmatismo se enfrenta a objeciones muy serias. En primer lugar, deja en la penumbra su concepto básico de utilidad. Además, lo útil es un concepto esencialmente relativo, que varía según las personas, los lugares y los tiempos. Una creencia tampoco es verdadera porque produzca efectos satisfactorios: se dice sabiamente que, en ocasiones, la verdad es amarga. También sabemos que hay verdades inútiles y mentiras útiles. El pragmatismo pues, con su ausencia de matices, puede justificar posturas políticas violentas o injustas.

—Pero, curiosamente, el pragmatismo ha originado una exitosa aplicación eticopolítica en la segunda mitad del siglo XX como teoría del consenso llevada a cabo por K. O. Apel y J. Habermas, principalmente.

Destacan estos autores la importancia del diálogo como el mejor de los procedimientos para descubrir la verdad.

—Lo cual no es nada nuevo, pues ya el viejo Sócrates estaba cansado de proclamarlo.

—Claro que no cualquier diálogo nos permite descubrir si una norma que ha de regular nuestro comportamiento es correcta.

—¿Está entonces restringido a lo práctico?

—Es buena la pregunta. Parece ser que sí. Hasta ahora esta gente está interesada en mostrar que tienen que ser los afectados quienes deben establecer lo que es moralmente válido de lo que está vigente socialmente. Y eso no se puede llevar a cabo sino mediante el diálogo, aunque no mediante cualquier diálogo, como tú decías. Justamente ellos llaman *discurso* a un diálogo que se celebre en condiciones de simetría, es decir, un diálogo libre, limpio de coacción y de intereses, sin ignorancia de datos relevantes.

—Pero es obvio que quienes sostienen esta teoría deben darse cuenta de que piden una situación ideal, muy difícil de alcanzar.

—Sí lo saben. Es cierto que el *discurso* como ellos lo proponen es, a todas luces, un diálogo ideal, que está bastante lejos de los diálogos reales que suelen darse en condiciones de asimetría y de coacción. Los participantes en ellos, generalmente, no buscan satisfacer intereses universalizables, sino muy individuales o muy grupales. Sin embargo —sostiene APEL (1991), por ejemplo—, cualquiera que argumenta en serio sobre la corrección de las normas morales presupone que ese discurso ideal es posible y necesario. Y más. Arguye que la situación ideal de la que estamos hablando es una *idea regulativa*, es decir, una meta para nuestros diálogos y un criterio para criticarlos cuando no se ajustan al ideal.

—Pero también deben saber que el consenso, *per se*, no es criterio de verdad, pues a lo largo de la historia se han dado consensos

mayoritarios radicalmente falsos: la esclavitud, la inferioridad de la mujer, la pena de muerte, el racismo...

—Tienes razón. No ignoran eso. Tampoco ignoran que, más que derivar la verdad del consenso, es el consenso el que deriva del común reconocimiento de la verdad. Su principal aportación consiste en mostrar que la mejor forma de acceder a la verdad es aducir razones propias, escuchar las ajenas y dialogar con rigor y serenidad.

—Como lo estamos haciendo nosotras, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja.

*

—Volviendo a lo serio, se me ocurre que la verdad es cosa de blablá. Por ejemplo, la llamada *verdad procesal*.

En Derecho se suele distinguir la verdad en dos categorías: la verdad procesal obtenida de la actividad judicial, reflejada en las actas del expediente, de la verdad material que se define como aquella que se obtiene de presenciar los hechos en forma directa.

No obstante, hoy por hoy, observamos cada vez con mayor frecuencia y preocupación que las sentencias y/o decisiones judiciales emanadas de los órganos competentes nos conducen a soluciones en las cuales existe una verdad procesal que es muy disímil a la verdad material.

Ante la afirmación anterior, cabe preguntarse: ¿es más importante la verdad procesal que la verdad material para los juristas? Muchos señalan que no lo es, pero en nuestro diario acontecer somos sorprendidos por decisiones judiciales que nos dicen que dicha premisa es verdadera.

Supongamos que ocurre esta situación tonta: un ladrón se apodera de una suma de dinero en una tienda, muchas personas lo ven cometer el delito y es capturado *in fraganti*. Antes de ser atrapado, entrega su botín a un cómplice que desaparece. Esta es la verdad real que narraría un reportero de televisión.

El fiscal ordena su reclusión y se dispone a constituir la prueba que debe mostrar al juez. Como no encuentra la prueba, es decir, el dinero, entonces el juez decreta la libertad del presunto delincuente y cierra el caso. Esta es la verdad procesal.

En general, en todos los sistemas judiciales tienen vida estos dos tipos de verdad: la real y la procesal. Con el ejemplo anterior, le damos curso a ambas interpretaciones, que para eso existen los administradores de justicia.

La verdad *verdadera* –como dicen algunos- consiste en que mucha gente sabe que un funcionario público ha cometido un acto corrupto: los

indicios de su enriquecimiento son evidentes, todo el mundo vio que salió de la pobreza de la noche a la mañana, además de que sus antecedentes no lo favorecen demasiado. Llega el momento de las denuncias y los fiscales se preparan para la acción. Pero no, no hay pruebas del enriquecimiento intempestivo, no han quedado rastros claros y objetivos que permitan enjuiciar al denunciado. Ni los abogados acusadores se dan maña para dar las pruebas ni los fiscales se apresuran a buscarlas, porque más bien esperan que lleguen por milagro; los judiciales no se mueven de la oficina, la carga de la prueba queda en manos de los acusadores y, por muy indiscutible que sea la verdad, los fiscales se hacen de la vista gorda. En consecuencia, la verdad real ha desaparecido, y lo que prevalece es la llamada verdad procesal, es decir, la exigencia de presentar una prueba evidente, inexpugnable, irrebatible. Como esa prueba ha sido escamoteada con la complicidad de terceros, entonces el presunto sindicado queda en libertad.

A los ojos de la verdad real la gente comenta por lo bajo que es un ladrón; a los ojos de la verdad procesal, es inocente y puede darse el lujo de caminar por las calles, pues “poderoso caballero es Don Dinero”, que repetía Quevedo. He aquí una somera radiografía de la impunidad. No importa la competencia de los abogados acusadores (o de su impaciencia y de su acoso), lo que cuenta es la verdad procesal cuya prueba no ha sido instruida.

—Así es, Eufemia. Pero incluso se puede ir, y de hecho se va, más allá. Estoy pensando en el forjamiento tanto de la verdad procesal como de la verdad material. En estos días leí un libro sobre la vida y la muerte del primer heredero de Felipe II —que sería Carlos II, si su padre no lo hubiera mandado asesinar— que me dejó los pelos de punta.

—Será uno más de la leyenda negra. ¿Cómo se llama el libro?

—*Don Carlos: El príncipe de la leyenda negra*, de Gerardo Moreno Espinosa. El autor trata de aclarar cuánto hay de verdad en esa leyenda. Según la verdad oficial, Don Carlos murió por una huelga de hambre el 24 de julio 1568. De hecho, parece ser que murió el 28 de febrero de ese año a manos del verdugo del reino. Y si quieren saber la verdad procesal… ¡lean la obra!

—La leeremos en ¿vacaciones? Ese mismo problema se presenta con la verdad histórica por lo que esta ¿ciencia? tiene que revisar continuamente sus afirmaciones y negaciones. Una de las razones, y tal vez no la de menor importancia, es la de que la “verdad” histórica es forjada por los historiadores del mismo modo que los fiscales pueden forjar la verdad material y procesal del juicio. Un ejemplo muy sencillo: durante mucho tiempo los historiadores afirmaron sin mayores bases que el Sócrates de Caracas, Simón Rodríguez, había nacido en esa ciudad en 1771. Todo el mundo, durante muchos años, estuvo de acuerdo con esta aseveración, pero vino Alberto Calzavara y basado en

pruebas documentales —fundamentalmente, censos de población— llevó la fecha para el año de 1769. ¿Quién dice la "verdad"?

—Ahora que ustedes tocan el tema, se me ocurre que muchos "hechos" que admiramos en realidad fueron forjados por los narradores. Pues ¿qué sería de Aquiles y Odiseo, Héctor y Eneas si no los hubiera cantado Homero? De seguro sus nombres y sus hazañas se hubieran desvanecido en el tiempo como los de cualquier hijo de vecino. ¿Y cuánta verdad *verdadera* hay en el canto homérico? No creo que tenga la menor importancia; lo que importa es lo que el poeta dijo. De manera diáfana lo expresó fray Pedro SIMÓN (1992: 14) en el "Prólogo al lector" de sus *Notas historiales de Venezuela* allá por 1627: "Y así se dice, con recíproca dependencia, que los famosos hechos tienen vida por las letras que los trasplantan de unas tierras y de unos tiempos a otros, y las letras e historias tienen alma y vida con los hechos que ellas escriben, pues sobre nada no hay que escribir. Y así no sabré yo determinar quién debe más a quién: o los que hacen cosas dignas de memoria a los que se las escriben o los que las escriben a los que las hicieron, por haberles dado materia de emplear sus plumas e ingenios. Y así me parece que en dejarlos en igual grado de obligaciones mutuas, habremos salido de ellas, y quedará averiguado el pleito"

—Estuviste muy bien, Ménoia. Pero hay algo más grave que se puede sumar a lo que tú dijiste y que ya expuso Sexto Empírico en sus *Bosquejos pirrónicos* a propósito del lenguaje escéptico.

> Respecto a todas las expresiones de los escépticos —dice SEXTO (1982)—, es preciso saber que no aseguramos que sean verdaderas, ya que afirmamos por el contrario que puedan destruirse a sí mismas, puesto que están comprendidas entre las cosas a cuyo respecto se emplean, igual que los purgantes no sólo expulsan los humores corporales, sino que se ven arrastrados con ellos. Decimos que nos servimos de ellas indiferentemente, o si se quiere impropiamente, aunque no nos den a conocer propiamente las cosas de las que hablamos. Al escéptico no le conviene discutir sobre las palabras, y en particular nos resulta ventajoso que estas palabras no tengan una significación propia, sino relativa a alguna cosa, a saber, al escéptico. Además, debemos recordar que no las usamos para todas las cosas en general, sino para lo que está oscuro y para las cuestiones dogmáticas, y que decimos lo que nos parece, sin afirmar nada de la naturaleza de los objetos. Así creo poder destruir cualquier sofisma que se haga contra el vocabulario escéptico" (1, 28)

—¿Y cuál es ese vocabulario escéptico?

—Bueno, el autor en un párrafo anterior (1, 19) lo había señalado:

> Empleamos unas veces la expresión 'no más', y otras 'nada más'. Algunos escépticos, en lugar de decir 'no más', dicen evocando la causa, '¿por qué esto más que aquello?', ya que es habitual usar preguntas en vez de proposiciones, así: '¿Cuál de los mortales no conoce a la esposa de Zeus?', y usar proposiciones en lugar de preguntas, así: 'Me pregunto por

qué hay que admirar a un poeta'. La expresión 'no más esto que aquello' señala la disposición en que estamos, según la que, por la fuerza igual de las razones opuestas, nos vemos llevados a una actitud de equilibrio. Entendemos por fuerza igual la que existe para nosotros en lo que nos parece probable; por razones opuestas, las que están en pugna entre sí, y por equilibrio, la negación a dar un asentimiento en un sentido o en el otro. Aunque la expresión 'nada más' señala una afirmación o una negación, no la empleamos así, sino indiferentemente, en un sentido abusivo, en vez de una interrogación, o en vez de decir: 'No sé a qué dar y a qué no dar el asentimiento'. Nos proponemos mostrar lo que nos parece. Poco importa la expresión que sirve para mostrarlo. Es necesario saber también que empleamos la expresión 'no más' sin afirmar absolutamente la verdad o la certeza de la cosa, sino que decimos lo que nos parece.

—¿Y por qué ese lenguaje tan peculiar, Blasfemia? Nunca había oído de él.

—Por algo que comenzó a construir Enesidemo. Este filósofo de Cnosos le dio al antiguo pirronismo la forma filosófica y científica, y al escepticismo los argumentos más fuertes y temibles. Con razón ha merecido ser comparado con Hume y con Kant. Lo aportado por Enesidemo fueron los diez primeros tropos; Agripa, otro filósofo escéptico, añadiría cinco más.

—¿Y qué son los tropos?

—Por esta palabra, 'tropos', los escépticos designaban las diversas maneras o razones por las cuales se llega a la conclusión de que es necesario suspender el juicio, que ellos llamaban *epojé*. Indicaban cómo se forma en general la persuasión: vemos como ciertas las cosas que producen en nosotros impresiones análogas, aquéllas que no nos engañan nunca o las que nos engañan muy raramente, aquéllas que son habituales o establecidas por las leyes, aquéllas que nos placen o que admiramos. Pero precisamente por los mismos medios se pueden justificar creencias contrarias a las nuestras. En otros términos, a cada afirmación se puede oponer una afirmación contraria apoyada en razones equivalentes, sin que nada permita decidir que una es preferible a la otra. Naturalmente se sigue de ello que nada se puede afirmar. Conducir a sus clases más generales estas oposiciones de opinión es dirigir de alguna especie la lista de las categorías de la duda, o más bien, pues es preciso aquí un término nuevo, que no implica ninguna afirmación, es enumerar los *tropos*.

Por todos los tropos enumerados por Enesidemo y por los de Agripa, los escépticos niegan que sea posible cualquier demostración.

Y añade y aclara Henry Leal: negar simplemente la posibilidad de la demostración es tanto como negar la posibilidad de la necesidad, es decir, es negar que sea posible concluir necesariamente o concluir lo necesario, es negar la posibilidad de la razón. La intención de los escépticos es negar que mediante la reflexión se pueda llegar a conocer

lo oculto, los *adela*, la *cosa en sí*. Aristóteles, en los *Segundos Analíticos*, trata de la demostración, del silogismo apodíctico, del conocimiento cierto; pero en los *Topica*, en la *Rhetorica* y las *Refutaciones*, trata del silogismo dialéctico, de la opinión, del conocimiento probable.

—Concedo. Vean cómo lo dice Diógenes LAERCIO (1950) cuando habla de Pirrón:

> Niegan estos filósofos toda demostración, criterio, signo, causa, movimiento, disciplina, generación y que haya cosa alguna buena y mala por naturaleza. Toda demostración dicen, o consta de cosas demostradas o no demostradas. Si de cosas demostradas, aun éstas necesitarán de alguna demostración, y así en infinito; si constan de cosas indemostradas, y todas, algunas o una sola discuerda, ya todo carece de demostración…

—Por eso, para refutar una tesis basta con probar que es falsa una de sus premisas.

> … Si pareciere a algunos, dicen, que hay cosas que no necesitan demostración, son éstos admirables en su sentencia no viendo que el que de estas cosas reciban otras la creencia…

—No es la verdad la que se transmite sino la valoración del enunciado por el oyente. La actitud de aceptación o rechazo del otro hacia el enunciado se transmite a la conclusión, coherencia mediante. La pura coherencia no produce persuasión, se requiere que las premisas hayan sido previamente admitidas.

> ….es lo primero que necesita probarse, pues no hemos de probar que los elementos…

— Razonamiento circular. Es violento. Se nos obliga a aceptar lo que textualmente está para ser probado.

> … son cuatro, porque son cuatro los elementos. Además, si son inciertas las demostraciones particulares, también lo será la demostración general. Para saber, pues, que hay demostración es menester criterio…

—Pero el criterio es últimamente indemostrable, es un postulado, una convención, un arte, un acuerdo entre los hombres, porque los indemostrables son el principio de no contradicción en lo discursivo y el *si fallor sum* en lo empírico, en lo sensorial.

> …y para saber que hay criterio es menester demostración. Así, que remitiéndose o refiriéndose mutuamente una a otra, ambas son incomprensibles. Pues ¿de qué modo se comprenderán las cosas

inciertas ignorando la demostración? No se inquiere si aparecen tales, sino si son tales esencialmente.

—Hay un filósofo que siempre me ha parecido muy simpático, tal vez porque era un académico, director de la Academia de 160 hasta 137 a.C. Su nombre era Carnéades, y lo recuerdo porque él puso en práctica aquello que vienes de exponer, Blasfemia.

—¿Qué hizo Carnéades, Eufemia, para que en este momento lo recuerdes?

—Bueno, recordamos su nombre por una anécdota y por su aporte a la Filosofía.

—Empieza por la anécdota, que me tienes comiendo las uñas.

—El académico Carnéades, el estoico Diógenes de Babilonia y el peripatético Critolao marcharon a Roma en cierta ocasión, como embajadores, o mejor aún, como abogados de Atenas, para obtener la reducción de un tributo de quinientos talentos que debía pagar la ciudad. Durante el tiempo de su embajada, dieron conferencias a las que la juventud romana, dejando sus placeres, acudió en tropel.

Los embajadores defienden ante el Senado romano la posición ateniense y lo hacen con mucho éxito. A tal punto que el Senado los agasaja, y los embajadores, que durante su estancia daban conferencias públicas y privadas, son invitados a hablar ante el Senado y exponer sus ideas respecto a un tema. Escogen el de la justicia.

Cada uno de los griegos da su conferencia. Una vez llegado el turno de Carnéades, éste la divide en dos días. Lo que sucede es que un día defiende una posición y es muy vitoreado por los senadores y, al siguiente... defiende la contraria, y es aún aclamado más fuertemente.

Semejante situación alarmó a Catón el Censor, que había asistido a ambas, y le pareció profundamente subversivo el planteamiento de Carnéades, así que decidió que, dado que los embajadores ya habían terminado con su cometido, lo más adecuado era que volviesen a Atenas sin mayor demora. El episodio es relatado con cierto detalle por Plutarco al hablar de la vida de Catón el Censor.

—¡Increíble Carnéades, el propio piquito de oro! Debió haberse llamado Crisóstomo y no ‘de Cirene’, que no significa gran cosa fuera de indicarnos el lugar de donde venía.

Háblanos ahora de la doctrina de ese filósofo que también ya me está resultando muy simpático.

—Lo primero que hay que decir es que, al igual que Sócrates y Pirrón, no dejó nada escrito. Lo que sabemos de su doctrina se lo debemos a su discípulo Clitómaco.

Cuando Carnéades llega a la Academia, ya el escepticismo había sido instalado en ella por Arcesilao y sus seguidores. Carnéades mantiene la orientación escéptica básica, pero trata de darle un matiz nuevo y no tan radical en relación con la *epojé* o suspensión de juicio de que nos habló Blasfemia.

Ese matiz significa relativizar la imposibilidad de dar una valoración o juicio respecto a algo. Carnéades dice que si bien no se puede dar un juicio absoluto o taxativo sí puede darse una valoración probabilística. Es decir, si bien sigue sin afirmarse nada —y respetando la *epojé* en ese sentido—, sí se puede arriesgar a decir qué es lo más probable en relación con el tema tratado.

Cuando Carnéades en su formulación rechaza todo dogmatismo, en buena medida se dirige en ello contra los planteamientos estoicos, pero, en la práctica, también lo hace contra una aplicación rigurosa, inflexible y dogmática de la propia *epojé* escéptica.

Así sustituye la idea de verdad absoluta por el de una certeza personal, sin presuponer verdad o falsedad, que permita funcionar de manera pragmática a partir de las experiencias que se entienden probables o creíbles. En ese sentido cambia la aplicación de una estricta y absoluta suspensión de juicio, que se utilizaba también para no equivocarse, por una valoración probabilística que contempla y acepta la posibilidad de equivocación, pero que entiende que es preferible equivocarse que no paralizarse y no actuar.

Se rechaza la apraxia, la parálisis en la acción, y se implementa la persuasión (*pithanos*) a través del argumento, que sirve a la vez como criterio de conocimiento y como pauta de actuación.

Se ponen en boca de Carnéades los motivos que le llevan a establecer su concepto de *to pithanon* (lo probable) que suaviza la *epojé* de esta manera: “No poseemos (...) la evidencia, pero sí la probabilidad. La verdad plena y sin velos pertenece a los dioses. Nuestra inteligencia percibe apariencias más o menos confusas; no lo que es verdadero, pero sí lo probable, y esta luz tan incierta, por débil que sea, nos permite opinar. La suspensión absoluta del juicio es un estado imposible; no se puede conceder al hombre el obrar habiéndole antes prohibido juzgar.”

Ese cálculo probabilístico no viene del objeto sino del sujeto. Es el sujeto quien, a partir de la apariencia o representación de un fenómeno, le atribuye ciertas características que, comparadas con otras atribuciones realizadas por otros, darán el nivel de probabilidad. Si de la comparación resulta un grado de coincidencias y no aparecen contradicciones, el nivel de probabilidad será mayor.

—Pero, amiga, se trata de un criterio de credibilidad no de veracidad. El razonamiento analógico es su caballito de batalla. ¡Y que Dios nos ampare!

—Así es. Puede compararse ese proceso con el realizado por un médico para establecer el diagnóstico de una enfermedad. A partir de ciertos síntomas que concuerdan con la descripción de otros casos, emite una opinión sobre la probable enfermedad ante la que se encuentra.

—Ahora entiendo, amigas, por qué me resultaba tan simpático. ¡Y es que se parece a uno de esos médicos de la tele como el Dr. House! Ja, ja, ja. Alto, buen mozo, enérgico y decidido y muy sensible, no como mi

Andrés Felipe a quien siempre le pongo los cuernos… imaginarios con el famoso médico.

—Bueno, creo que no era exactamente así. Como decía el propio Carnéades, los sentidos nos informan, pero no nos dicen la verdad. No sabemos mucho de él, pero sabemos que su ardor para el trabajo era tan grande que desatendía el cuidado de su persona, y con frecuencia se olvidaba de alimentarse. Lo suyo era la dialéctica. Para prepararse a la lucha tomaba una dosis de eléboro, a fin de tener el espíritu libre y avivado el fuego de su imaginación.

—Eufemia, recuérdale a Ménoia que el eléboro era utilizado en la medicina casera como un cardiotónico…

—¿Y psicotrópico?

—… es decir, para el tratamiento de la debilidad cardíaca. Pero también sus principios se empleaban como armas de guerra para envenenar dardos y flechas con los cuales eliminar al enemigo. ¿Con qué propósito lo tomaba Carnéades?

—¿La verdad? no lo sé. ¿Con los dos (o tres) propósitos, tal vez? Lo que sabemos es que el eco extraordinario de su voz, la flexibilidad de su espíritu, la riqueza inagotable y la impetuosidad de su elocuencia, que se ha comparado a una corriente rápida que arrastra cuanto halla a su paso, la sutileza de sus razonamientos, la vivacidad de sus ataques y de sus réplicas, lo rodearon de una multitud de jóvenes deseosos de oírle y de asistir a sus controversias, que parecían verdaderos combates, y en las que el jefe de la Academia era siempre el vencedor.

En su *Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres,* Diógenes Laercio nos facilita ciertos detalles:

> Fue amantísimo del trabajo y menos aplicado a la física que a la moral. Se dejaba crecer el pelo y las uñas, en fuerza de la continua aplicación a los libros. Era tan hábil en la filosofía, que hasta los maestros de oratoria dejaban sus escuelas y concurrían a oírlo. Tenía la voz muy recia, de manera que el jefe del gimnasio tuvo que enviarle recado que no gritase tanto; pero él respondió que «le diese la medida de la voz». A esto repuso sabiamente aquél, diciendo: «Medida tenéis en los que os oyen». Era acérrimo en las reprensiones e inexpugnable en los argumentos, y por esto excusaba los convites.

—Por esto último no parece que fuera muy socrático ¿no?

—No parece.

—Sí, no parece.

*

—Ay Eufemia, préstame tu jabón de optimismo porque con el mío se me rompe todo este trapo de verdad. Se me está volviendo jirones.

—Con gusto, Blasfemia. Ten. ¿Pero qué verdad es esa que causa tantos desgarramientos?

—La verdad por autoridad.

—Ustedes me disculpan, amigas, pero yo no veo ninguna dificultad con ella. Creo que no hay nada más seguro que cobijarse a la sombra del experto. Toda esa gente de la que hemos hablado: Wittgenstein, Apel, Habermas, Peirce… deben de ser fundamento de verdad. ¿Es así o me equivoco?

—No te equivocas, Ménoia. La verdad tiene mucho que ver con la autoridad de quien la enuncia, pero a veces el experto también dice muchas tonterías. Considera si no la definición de 'hombre' dada por el fundador de la Academia: "animal bípedo e implume". Razón tuvo el cínico Diógenes —que no es santo de mi devoción, como muy bien saben ustedes, aunque admiro su honestidad intelectual— al desplumar un gallo y llevarlo al académico lugar diciendo "he aquí el hombre de Platón". Y lo que es peor: después a la ridícula definición del maestro le añadieron lo "de uñas planas".

—Muy bien has hablado, Eufemia, y críticamente, cosa que admiro en ti. Felicitaciones. El problema de la verdad por autoridad es el problema del poder, de cualquier poder, sea de un experto o no, en todo caso, experto en poder. Hablando de Platón, él lo expuso magistralmente en el *Gorgias* y en el *Timeo* a través de un personaje que se ha hecho tristemente célebre: Calicles, que, según F. BRAVO (2013) no es invento del filósofo, sino personaje histórico de carne y hueso.

—¿Y qué decía ese tal Calicles, Blasfemia?, que me tienes intrigada, porque te rompe todos los trapos que estás lavando.

—Ay sí, dilo ya y sofoca esta agonía.

—La tesis fundamental de nuestro personaje es respecto de la vida justa, pero que pudiera trasladarse a otras latitudes. La tesis afirma que el más fuerte prevalece sobre el más débil y tiene más que él. Así lo mostrarían, en la historia griega reciente, las acciones de Jerjes, quien había invadido Grecia sin otro fundamento que su poderío, y las de Darío, su padre, quien había subyugado a los débiles escitas con títulos de la misma índole. Según Calicles, ambos han procedido "en conformidad con la naturaleza de lo justo", que, en cuanto tal, es "ley de la naturaleza", aunque se oponga a las leyes de la ciudad. Distingue, pues, la ley natural de las leyes del Estado y sostiene que sólo la primera se identifica con la naturaleza de lo justo, mientras que las otras son "normas contrarias a la naturaleza", por lo cual éstas y aquéllas "lo más a menudo se contradicen entre sí".

—Pero, Blasfemia, recuerda que aún no era claro en esa época lo que es una ley estatal.

—Sí lo recuerdo, Eufemia, pero eso no tiene mayor importancia. Calicles sostiene que todas las leyes positivas son "contrarias a la naturaleza", y un invento de los débiles para domesticar a los más

fuertes, cultores de la ley de la naturaleza. Los débiles, en efecto, valiéndose del proceso educativo, se apoderan de los fuertes desde su más tierna edad, como si fueran unos leonzuelos que hay que domar, y los modelan a fuerza de encantamientos hasta hacerles creer que “hay que tener igual que los otros” y que “en ello consiste lo bello y lo justo”, a tenor de la democracia ateniense. En apoyo de su iusnaturalismo antiigualitario, Calicles invoca una oda de Píndaro que expresa –dice– “el mismo pensamiento que yo cuando afirma que la ley, reina de todas las cosas / justifica la fuerza que conduce todo / con su mano soberana”.

—Ahora que tú has hecho referencia a la ley del más fuerte, que no es otra cosa que *phýsis* sobre *nómos* postulada por ese tal Calicles para definir lo justo, entiendo el desmoronamiento de Lysenko.

—¿Y quién es ese Lysenko?

—¿Y ustedes no lo saben? Les voy ganando una.

—Está bien, Ménoia, tú ganas, pero dinos ya quién era ese tal Lysenko y por qué se desmoronó.

—Empieza por decir, Ménoia, que Lysenko fue un charlatán oficial.

—Bueno lo que he descubierto es que Trofim Denisovich Lysenko fue un hijo de campesinos al que la revolución soviética le dio oportunidad de estudiar agronomía en el Instituto Agrícola de Kiev, de donde salió a trabajar a Azerbaiyán. Allí, en 1927, afirmó haber descubierto un método para fertilizar el campo sin fertilizantes y que había demostrado que se podía obtener una cosecha invernal de guisantes o chícharos en Azerbaiyán.

—Era embuste, pero para cuando se vio que era una vulgar patraña, Lysenko ya tenía otros embustes listos para halagar a la prensa y a los líderes soviéticos.

—Lysenko sabía poco de herencia y genética, pero creía en la evolución según la teoría lamarckiana de que la evolución se realizaba mediante la herencia de los caracteres adquiridos, es decir, que, si un animal estiraba el cuello para comer follaje más verde, su descendencia tendría cuellos más largos que el progenitor, y este proceso, al paso del tiempo, hacía que aparecieran las jirafas. Experimentos posteriores demostraron que los caracteres adquiridos no se heredan, y tres décadas después de la muerte de Lamarck, Darwin, admirador del francés, propondría una teoría de la evolución acertada, basada en la variación natural de las especies.

—Pero Lysenko no aceptaba ni la idea de la evolución de Darwin ni la genética de Mendel ni cosas de biología, fisiología y química que no entendía ni quería entender.

—Mas, dado que sus supuestos logros eran del agrado de los tiranos de turno, pronto subió en las filas del Partido, hasta convertirse en uno de los favoritos de Stalin.

—Así es, Blasfemia. Sus teorías sobre cómo obtener cultivos abundantes y en clima adverso incluían algo que él llamaba la "vernalización" y que implicaba, entre otras prácticas sin bases, *enfriar*

los granos antes de plantarlos "para que crecieran en clima frío", práctica antigua de los campesinos rusos que no podía ser extrapolada a otras acciones, pero lo fue, así como formas de hibridación irracionales que se caracterizaron por no dar resultado…

—… pero su capacidad demagógica con los campesinos tampoco era algo que quisiera desperdiciar Stalin. Lysenko era fiel, era un campesino, un trabajador, un ideal soviético y sabía calentarle la oreja a los poderosos. Pronto, en las escuelas soviéticas se enseñaban cosas como la siguiente, citada de sus libros escolares por un ruso: “el gen es una parte mítica de las estructuras vivientes que en las teorías reaccionarias, como el *Mendelismo-Veysmanismo-Morganismo*, determina la herencia”. Los científicos soviéticos bajo el mando de Lysenko probaron que los genes no existen en la naturaleza.

—¿Cómo lo probaron?

—*Probar* es un decir, Eufemia. Tales pruebas eran como las "pruebas" que arguyen diversos charlatanes y vendedores de humo para convencer a incautos de que ciertas proposiciones son reales, como la ‘energía piramidal’, los ‘chacras’, la ‘telepatía’, la ‘homeopatía’ y, claro, los “fantasmas" en fotos trucadas. De hecho, las propuestas de Lysenko se aplicaban por decreto, sin haberlas probado *científicamente*, en el campo soviético. Pero Lysenko tenía lo que más quieren los charlatanes: poder.

—¿Y qué hizo con ese poder?

—Ante su poder, los genetistas de las repúblicas socialistas soviéticas se vieron en la disyuntiva de renegar de la ciencia burguesa o ser víctimas de la furia de la dictadura del proletariado.

—Y Stalin lo ayudó cuando en 1929 el tirano dio un encendido discurso privilegiando la "práctica" por sobre la "teoría". Esa fue una gran jugada. Según él, la opinión del Partido era más importante que la ciencia, y el ir al campo y hacer lo que fuera (aunque fueran cosas inútiles o descabelladas) era mejor que hacer investigaciones raras en un laboratorio.

—Me imagino que si no fuera por lo trágico, sería muy gracioso.

—‘Tragedia’ es la palabra. Para 1935, al frente de la Academia de Ciencias Agrícolas de la URSS, el camarada Lysenko procedió a hacerse cargo de la expulsión, encarcelamiento y muerte de cientos de científicos cuyos conocimientos no eran del agrado de Lysenko, de Stalin, del Partido. Nikolai Vavilov, el más importante biólogo soviético y padre de la genética rusa, además de feroz crítico de Lysenko, murió en las cárceles de la NKVD, la policía política, en 1943, después de tres años de confinamiento por orden de Lysenko. Desde entonces, la genética desapareció como disciplina en la URSS, y la biología, la herencia y la medicina se vieron contaminadas con las ideas descabelladas del camarada Lysenko. Más: las prácticas obligatorias de las delirantes propuestas de este prócer, junto con la colectivización

forzada del campo que implantó el padrecito Stalin, fueron responsables de varias hambrunas.

Lysenko sostuvo el poder encima de sus millones de víctimas, llegando a afirmar que podía convertir el trigo en centeno y la cebada en avena...

A la muerte de Stalin, Kruschev mantuvo a Lysenko en su puesto, pues era un campesino como él. Así llegó hasta 1964, cuando el físico nuclear Andrei Sakharov dijo en la Asamblea General de la Academia de Ciencias que Lysenko era "responsable del vergonzoso atraso de la biología soviética y de la genética en particular, de la divulgación de visiones seudocientíficas, de aventurerismo, de la degradación del aprendizaje y de la difamación, despido, arresto, incluso muerte, de muchos científicos genuinos". Lysenko fue destituido, pero no se le criticó oficialmente ni dejó de ser "verdad consagrada por el gobierno" sino después de la caída de Nikita Kruschev, en 1965, cuando una comisión oficial fue a investigar su granja experimental, comprobando que no tenía ni una gota de ciencia por ningún lado. Finalmente, Lysenko cayó en desgracia.

—Cuento pavoroso, Ménoia.

—Pero cierto, Eufemia.

—Cierto. Doy fe.

—¿Vive todavía ese monstruo?

— Trofim Denisovich Lysenko murió en 1976, pero su legado vive en el alma, las acciones y los argumentos de todos los charlatanes con poder del mundo.

—Se me ocurre, amigas, que la política es el terreno más abonado para el crecimiento de la verdad autoritaria. Fácil es entender la demagógica afirmación de un iluminado, de cuyo nombre no quiero acordarme, de que "ser rico es malo", afirmación que hicieron propia todos los pedigueños de Venezuela porque justificaba su envidia y deseos de venganza.

—Pero no sólo esta mala planta crece frondosa en esos terrenos. En realidad, es la verdad del poder, de *todo* poder. Y, en ese sentido, no tiene rival en el mundo religioso. Por eso, con harta frecuencia, los políticos se sirven de la fuerza religiosa. Se puede constatar lo que afirmo en el intento de justificar la idea de república, como la forma de gobierno querida por Dios para su pueblo, llevada a cabo por Juan Germán Roscio en su obra *Triunfo de la libertad sobre el despotismo*, libro de cabecera de Benito Juárez. Pero la justificación se hace apelando a "los libros" sagrados, a la Biblia. Y esa justificación alcanza a ideas tan peligrosas como la defensa del tiranicidio, en la línea de *Vindiciae contra tyrannos*.

—¿Puedes ampliar un poco más, Blasfemia?

—Con gusto, pues para eso traje el *Nuevo Testamento*. Se lee en *I Corintios*, cap. 6:9-10:

> ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.

—Tienes razón, Blasfemia. Así que, según ese texto, ni afeminados ni *gays* –como se dice ahora- ni borrachos entrarán al Cielo, sin considerar los otros nombrados sobre los que no tengo una opinión formada.

Otra cosa. No sé qué pensarán ustedes, pero ese texto me parece que está en contradicción con la parábola del banquete de bodas que relatan Mateo (22:1-14) y Lucas (14:15-24). Al menos, en el espíritu de la parábola. Lee, por favor, lo que dice Lucas:

> 15 Al oír esto, uno de los que estaban sentados juntos a la mesa le dijo:
> — ¡Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios! 16 Pero él le dijo:
> — Un hombre hizo un gran banquete e invitó a muchos. 17 A la hora del banquete envió a su siervo para decir a los invitados: “Venid, porque ya está preparado.” 18 Pero todos a una comenzaron a disculparse. El primero dijo: “He comprado un campo y necesito salir para verlo; te ruego que me disculpes.” 19 El otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego que me disculpes.” 20 El otro dijo: “Acabo de casarme y por tanto no puedo ir.” 21 Cuando volvió el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces se enojó el dueño de casa y dijo a su siervo: “Ve pronto a las plazas y a las calles de la ciudad y trae acá a los pobres, a los mancos, a los ciegos y a los cojos.” 22 Luego dijo el siervo: “Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aún queda lugar.” 23 El señor dijo al siervo: “Ve por los caminos y por los callejones, y exígeles a que entren para que mi casa se llene. 24 Pues os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron invitados gustará de mi banquete.

—La verdad sobre las mujeres queda establecida por la autoridad de Paulo de Tarso desde muy antiguo… hasta hoy en la Iglesia Católica. Veamos lo que le dice a su discípulo Timoteo:

8 Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos piadosas, sin ira ni discusión. 9 Asimismo, que las mujeres se atavíen con vestido decoroso, con modestia y prudencia; no con peinados ostentosos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos; 10 sino más bien con buenas obras, como conviene a mujeres que profesan reverencia a Dios. 11 La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción; 12 porque no permito a una mujer enseñar ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. 13 Pues Adán fue formado primero; después, Eva. 14 Además, Adán no fue engañado; sino la mujer, al ser engañada, incurrió en transgresión. 15 Sin embargo, se salvará teniendo hijos, si permanece en fe, amor y santidad con prudencia.

—¡Pobre mujer! ¡Un remedio a la concupiscencia de los hombres! ¡Sólo se salva criando hijos que hacen los hombres! Pero el cuarto Evangelio, que alguien llamó femenino, nos cuenta que a la primera persona a quien se apareció el Cristo resucitado fue a una mujer, María Magdalena, y no a un hombre, cuando lloraba desconsolada la desaparición del Señor del sepulcro y no sabía adónde se lo habían llevado.

—Compartimos totalmente lo que dices, Blasfemia. ¿No es cierto, Eufemia?

—Sin la menor duda. Ahora veo que mucha culpa de que estemos en gran medida sometidas, todavía, a los varones la tienen los libros sagrados… y su autoridad.

—Aunque, en honor a la verdad, también hay que decir que el problema de la verdad les ha importado desde siempre a los teólogos católicos. Por ejemplo, a SAN ANSELMO (1984), quien estudia este problema, eminentemente filosófico, en su obra *De veritate*. Allí analiza el sentido y fundamento de la verdad. Pero, al igual que nos está pasando a nosotras, se encontró con muchos tipos de verdad.

En efecto, el término ‘verdad’ tiene para él varias acepciones. En primer lugar se habla de la verdad de la proposición. Esta verdad consiste en que la afirmación o negación de la proposición concuerde con la situación objetiva.

En segundo lugar, tenemos la verdad de la opinión o del juicio como operación de la razón. Una opinión es verdadera cuando lo que juzgamos que existe realmente existe, y es falsa cuando lo que juzgamos que existe de hecho no existe.

En tercer lugar está la verdad de la voluntad. Esta verdad no es otra cosa sino la rectitud del querer. Mientras el diablo “quiso lo que debió, se mantuvo en la rectitud y en la verdad, y cuando quiso lo que no debió, abandonó la corrección y la verdad”.

Se habla de la verdad, en cuarto lugar, de la acción natural y no natural. Tanto el agente que obra libremente como el que lo hace en modo necesario, conforme a las leyes de la naturaleza, obra con verdad cuando obra bien y con rectitud. Porque obrar el mal y realizar la verdad

son cosas opuestas, y obrar la verdad es lo mismo que hacer el bien, ya que hacer el bien es lo contrario de hacer el mal.

En quinto lugar se da la verdad de los sentidos. En la percepción sensorial hay una verdad que consiste en la transmisión fiel de las cualidades sensibles de las cosas. Cuando un ojo me revela como verde un objeto que realmente lo es, está obrando con verdad. Concordando con Aristóteles, sostiene San Anselmo que el error que se suele atribuir a los sentidos no proviene de ellos mismos sino del juicio o de la razón.

Tenemos, en sexto lugar, la verdad de las cosas mismas. Todo lo que es verdaderamente es, en cuanto es lo que es en Dios o en la Verdad suprema.

Pero de lo dicho se infiere, en séptimo lugar, que debe considerarse, según San Anselmo, otra verdad, que es la Verdad suprema o absoluta, la Verdad incondicionada, que no depende de nada y de la cual dependen todas las otras verdades. Todas las verdades, fuera de la Verdad suprema, son puros efectos o, simultáneamente, efectos y causas de otras verdades. Sólo la Verdad suprema es causa incausada.

—Lo que me lleva a plantear, Eufemia, el tema de la doble verdad.

—¿Doble verdad, dices?

—Como lo están oyendo. Una de las cuestiones fundamentales del pensamiento medieval es la de la relación entre la fe y la razón. El conocimiento al que se llega por la razón es un conocimiento evidente y da lugar a la filosofía y la ciencia; el que se fundamenta en la fe no es evidente –aunque pueda ser para un creyente más verdadero que el filosófico–, y da lugar a la experiencia religiosa. Como consecuencia de la diferencia en el método de fundamentación de las creencias puede ocurrir que las tesis a las que se llega a partir de la fe sean distintas de las tesis a las que se llega a partir de la razón, y la historia muestra claramente el conflicto que se puede establecer entre estos dos ámbitos o esferas (la esfera sobrenatural  y la esfera natural).

-¿Quieres aclarar eso, por favor?

- Con gusto. En el siglo XIII el conflicto se vivió intensamente con el redescubrimiento del pensamiento aristotélico. Aristóteles no es claro en el tema de la eternidad del mundo y la inmortalidad del alma, y algunos intérpretes consideraron que defendía la eternidad del mundo y la mortalidad del alma individual. Teniendo en cuenta que el dogma cristiano afirma la  creación del mundo y la inmortalidad del alma, no es extraño que los cristianos aristotélicos tuviesen aquí un conflicto. La teoría de la doble verdad quiere ser una solución: según esta teoría hay dos verdades, la verdad de la religión, para la cual, por ejemplo, el alma de cada persona es inmortal, y la verdad de la razón y la filosofía para la cual el alma individual no es inmortal. Algunos de los defensores de este punto de vista, como Sigerio de Brabante, fueron perseguidos por la autoridad. Otros filósofos consideraron que la solución propuesta por esta teoría es inaceptable, pues parece absurdo que puedan existir dos verdades opuestas sobre la misma cuestión, e indicaron que una de las

dos tesis estaba equivocada. Así, Santo Tomás se opuso a la teoría de la doble verdad reinterpretando el pensamiento aristotélico y haciéndolo compatible con las tesis cristianas. El Aquinate considerará que el entendimiento agente, al que se refiere Aristóteles en el *De Anima* y del que dice que es inmaterial e inmortal, se encuentra como una parte en cada una de las almas individuales, indicando por tanto la inmortalidad del alma humana.

*

—¿Y cómo te ha ido con el jabón optimista que te di, Blasfemia?

—Ve por ti misma, Eufemia. Todos los trapos se han vuelto jirones. ¡Inservibles! ¡Impresentables! ¡Ah y no hablamos de un tipo de verdad que es tan irracional como la autoritaria, que me va a terminar con los pocos trapos útiles que me quedan!

—¿Qué verdad es esa, Blasfemia? No nos asustes.

—La verdad por tra-di-ción, mis queridas amigas. Escribió Simón RODRIGUEZ (1975:39), uno de los más importantes pensadores del mundo iberoamericano, allá por 1834, en Chile:

> La TRADICION es utilísima en ciencias, y de absoluta necesidad en muchas artes: el único medio de transmitir la expresión en la música, en el baile, en la representación teatral, en la oratoria y en la enseñanza, es la tradición. No hay demostración, no hay signo que supla por los modales. El ademán, el gesto, las inflexiones de la voz, no pueden remitirse. Pero, en costumbres, la *tradición* es un gran mal: deberían perderse algunas cosas buenas, por no conservar, con ellas, las malas; puesto que con cada hombre que nace, hay que emprender el mismo trabajo. ¡Mas es el daño que hace, a la sociedad, un viejo ignorante conversando con un nietecito, que el bien que promueven mil filósofos *escribiendo*... volúmenes! El muchachito es capaz de corromper la razón de todo un barrio, si alcanza a vivir en él 40 años, y de los libros de mil filósofos, apenas vendrá, uno que otro, entre millares, a leer algunas páginas... por distraerse, las más veces.

—En otros términos, la tradición arrastra una irracionalidad pavorosa en las costumbres. Por ejemplo, supongo que el maestro de Bolívar denunciaría cómo muchas posesiones adquiridas por un acto de fuerza con el tiempo se vuelven propiedad y, por tanto, reconocidas por la sociedad y el Estado.

—Así las cosas, la tradición es el hilo de la historia y no tiene mucho sentido descoser el tejido. ¿No es insensato que España —que de manera inmisericorde sometió a tantos pueblos y durante siglos se

aprovechó de sus riquezas— reivindique Gibraltar después de 300 que ha estado en posesión de Inglaterra?

—¿Y qué decir de los reclamos de Argentina sobre Las Malvinas o de Venezuela sobre el Esequibo, que constituye un tercio del territorio de la República Cooperativa de Guyana?

—¿No se consideraría locura que los pueblos originarios de Norteamérica reclamaran sus territorios a los Estados Unidos y al Canadá?, pregunto yo.

—Como diría el Quijote en ese sentido y con el sentido con que lo dijo: “Peor es meneallo, amigo Sancho”

—Peor es meneallo.

—Verdad, peor es meneallo.

*

—¿Qué pasa, Ménoia, que te veo peleando con ese trapo?

—Ay Eufemia, es una Clámide de Euclides que debe de estar manchada de mango y por más polvo de este Vanish que le echo no hay forma de que se vaya.

—Y hablando de todo un poco como los locos, ¿cuál es la “fuerza argumentativa” -que diría la profesora Corina Yoris- de ese poco de mujeres que se presentan en televisión y nos aseguran que *Vanish* desaparece las manchas en un abrir y cerrar de ojos, porque el tal desvanecedor en los hechos no funciona?

—A mi entender, amiga, esa “sustancia” —como la llamaría un oficial de la policía— ni desvanece la mancha ni el testimonio de la señora debiera convencer a nadie. Pero no es así. Aunque la fuerza argumentativa es muy débil, por no decir nula, sin embargo es muy persuasiva. En palabras más cultas, estamos ante el *argumentum ad verecundiam*, tipo de falacia de autoridad. Un *argumentum ad verecundiam* (y por tanto, falaz) tiene esta estructura: 1. *A* afirma B; 2. *A* goza de un prestigio o credibilidad por encima del que lo contradice.

3. Por tanto, B es cierto. Como una técnica retórica, es poderosa con quienes se convencen con sentimientos en vez de con razones y por ello se usa a menudo, a pesar de su falta de sutileza, cuando se trata de apelar a masas poco instruidas. Que es lo que suele hacer la tele.

—¿Y por qué llamar esa falacia ‘ad verecundiam´, es decir, ‘a la vergüenza’?

—Bueno, como argumento de autoridad o *magister dixit*, se insiste más en el prestigio y valer de la persona que sustenta una opinión que en el descaro o desvergüenza del oponente que osa rechazarlo. Por ejemplo: "Pero tiene que ser verdad. Lo ha dicho la tele". Que un argumento haya sido difundido por un medio muy aceptado socialmente como es la televisión no dice un ápice sobre su veracidad. Otro ejemplo:

"La mecánica cuántica tiene que ser un error. Lo dice Einstein". Este argumento tampoco habría sido válido en la época en que Albert Einstein hizo tales afirmaciones. Einstein era un experto de enorme y justificado crédito en tales materias, y los postulados de la mecánica cuántica eran objeto de controversia en el momento. Pero que un argumento fuese difundido por un personaje muy aceptado tampoco dice un ápice sobre su veracidad. No obstante la ciencia actual ha demostrado la validez de los postulados de la mecánica cuántica. Pero el recurso a su autoridad como científico en ese momento habría sido falaz por sí mismo.

—Si entiendo bien, que no estoy muy segura, los testimonios de los milagros que ha obrado el Señor en los creyentes y que yo puedo oír todos los domingos en un pequeño templo evangélico que está cerca de mi casa no tienen fuerza argumentativa. En otras palabras, tales testimonios serían falacias *ad verecundiam*.

—Así es, Ménoia. Y peor: tampoco lo tienen los martirios, que significan 'testimonios' dados con la propia vida por los ideales que se defienden. En *El Anticristo*, lo expresó Nietzsche de manera diáfana:

> Que los mártires demuestren la verdad de una causa es una creencia tan falsa que me inclino a creer que jamás mártir alguno ha tenido que ver con la verdad. El mismo acento con que el mártir arroja al mundo a la cabeza su credo fanático, expresa un grado tan bajo de probidad intelectual, un sentido tan pobre de la "verdad", que huelga refutarlo. La verdad no es algo que tenga tal o cual persona; piensan de tal manera a lo sumo los patanes, o los apóstoles de patanes al modo de Lutero. Cabe afirmar que en función del grado de escrupulosidad en las cosas del espíritu aumenta la modestia y moderación discreta en esta materia. Corresponde saber cinco cosas y desechar con mano delicada cualquier otro saber... La "verdad", tal como la entiende cualquier profeta, sectario, librepensador, socialista y teólogo, es una prueba terminante de que no se tiene ni pizca de esa disciplina del espíritu y autosuperación que se requieren para encontrar siquiera una pequeña, minúscula verdad. Los martirios, dicho sea de paso, han sido una gran desgracia en la historia, pues seducían... La conclusión de todos los imbéciles, las mujeres y el vulgo inclusive, en el sentido de que una causa en aras de la cual uno sacrifica su vida (y, sobre todo, una que, como el cristianismo primitivo, provoca epidemias de anhelo de la muerte) ha de ser verdadera; esta conclusión ha sido una poderosísima traba para la crítica, para el espíritu de la crítica y la cautela. Los mártires han hecho daño a la verdad... Todavía hoy, la persecución sañuda basta para prestigiar cualquier movimiento sectario en sí indiferente. ¿Es posible que el sacrificio por una causa pruebe el valor de dicha causa? Todo error prestigiado es un error que posee un poder de seducción más. Las causas se las refuta poniéndolas respetuosamente entre hielo; del mismo modo se refuta también al teólogo... La estupidez trascendental de todos los perseguidores ha sido precisamente aureolar la causa contraria de aparente prestigio, obsequiarla con la seducción del martirio... Todavía

> hoy la mujer se postra ante un error porque se le ha dicho que alguien murió crucificado por él. ¿Es la cruz por ventura un argumento? Mas acerca de todas estas cosas uno sólo ha dicho la palabra que desde hace miles de años debió decirse: Zaratustra. "Con caracteres de sangre trazaban signos en su camino, y su insensatez enseñaba que por la sangre se demostraba la verdad. Sin embargo, la sangre es el peor testigo de la verdad; envenena la sangre aun la doctrina más pura, trocándola en obcecación y odio de los corazones. Y si uno se arrojase a las llamas por su doctrina, ¡qué probaría! Más importante es, en verdad, que de la propia brasa surja la propia doctrina" (& 53).

—¡Pero, Blasfemia, ese tal amigo tuyo —¿Nietzsche, dijiste que se llama?— dice mucho más de que el testimonio no da fe de la verdad!

*

—Ay amigas, a mí casi no me quedan trapos que lavar

—Pues a nosotras sí nos quedan muchos. ¿Verdad, Ménoia?

—Muchísimos, diría yo. Pero mientras nosotros terminamos, ¿por qué no nos hablas de la Fenomenología husserliana de la que nos prometiste hablar para ver si entiendo algo?

—Muy bien, pero les aviso que la cosa no es fácil. Por eso me voy a servir de algunas anotaciones que nos dejó GARCÍA BACCA (1963), quien sí era, además de gran filósofo, un gran pedagogo.

—¿Y los filósofos no son pedagogos?

—Yo diría que algunos. Otros alumbran con la lámpara de la tiniebla.

—¿Sucede eso con la Fenomenología?

—No lo sabría decir, pero no cabe duda de que Husserl es un autor difícil o –también es posible- que no sabía aplicar lo que recetaba. Para mí en este aspecto metodológico reside toda su dificultad. En otros términos, toda su vida se la pasó explicando el método y modo de ver de la Fenomenología, pero nunca la aplicó. Por eso se explica que cada fenomenólogo la entienda de manera distinta. Hablo de Stein, Scheler, Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty o Mayz Vallenilla, entre otros

—¿Llamaste a la Fenomenología "método y modo de ver".

—Así es, amigas, a mi entender es un método filosófico y un modo de ver. El método se configura por el modo de ver y éste se hace posible mediante el método. En otros términos, la Fenomenología es la expresión contemporánea del escepticismo antiguo, cosa que al autor no le hubiera gustado que yo dijera.

—Bueno, se ve muy interesante. Habla.

—Dice García Bacca para explicar la Fenomenología husseriiana:

> Si tomamos, por ejemplo, un metro cúbico de agua en estado de hielo y lo ponemos en un volumen convenientemente mayor de agua en estado líquido, veremos que flota; la densidad del agua en estado de hielo es menor, como ustedes saben por la física más elemental, y, aun sin la

física, por la experiencia, es menor que la del agua líquida. Si semejante volumen tuviera conciencia, notaría que lo sostiene el agua. O dicho al revés: notaría que la realidad del agua es más consistente, más firme que la suya, en estado de hielo. Pero si dejamos semejante bloque de hielo largo tiempo en el agua líquida, terminará por disolverse, y entonces, rigurosamente hablando, estará el volumen grande de agua y el metro cúbico en equilibrio sin que nadie sostenga a nadie. Mas si, por un fenómeno que puede evidentemente producirse por ciertos medios, consiguiésemos que semejante volumen de un metro cúbico de agua en estado líquido, se convirtiese en un sólido de densidad superior a la del hielo, se hundiría automáticamente. Y lejos de notar semejante volumen así solidificado que el agua líquida lo sostuviera a él, sería él en el fondo quien tuviese que soportar el peso del agua líquida. Si tuviese conciencia semejante volumen de hielo, comenzaría por notar al agua líquida como más consistente que él, como más existente, dicho en términos filosóficos; continuaría, notándola como igualmente consistente que él, y terminaría por notarla menos consistente, menos existente que él. No se habría alterado nada en el agua líquida, en su constitución química; se habría cambiado solamente el estado de aquel volumen que en estado de hielo comenzaba por ser menos denso que el agua, que necesitaba sustentarse o ser sustentado por ella, se habría cambiado, digo en un volumen de agua líquida en estado de equilibrio, entonces, por ser igualmente denso que el agua circundante; y en un tercer estado, que hemos fingido más sólido y más denso que el agua líquida, sería él quien tuviese que soportar el agua circundante. Si tuviese conciencia semejante volumen de agua, terminaría probablemente por ser idealista, por negar que el agua en sí misma tuviese una consistencia característica, propia de realidad firme.

En términos no tan metafóricos, Husserl distingue tres estados en los que puede encontrase nuestra realidad

—¿Tres estados? Yo no veo sino uno: el lamentable. Ja, ja, ja.

—En primer lugar: un estado en que flotamos en las cosas, en que parece que ellas nos sostienen, que tienen una existencia más firme que la nuestra propia. A este estado lo llama Husserl de instalación natural en el mundo. Segundo: un estado en el cual nuestra realidad se encuentra como en equilibrio respecto de las cosas, de manera que ninguna sostiene a la otra, ni ellas a nosotros ni nosotros a ellas. Este estado corresponde al estado de fenomenología eidética. Y hay un tercer estado nuestro en el cual, lejos de que nos sustenten las cosas, parece como si nosotros las sustentásemos, como si hubiesen perdido ellas su realidad y se apoyasen en la nuestra, que aparece más densa, más consistente. A semejante estado se le denomina técnicamente estado fenomenológico trascendental.

—¿Y qué entiende Husserl por cada estado?

—Bueno, los tres se definen y configuran por el trato que puedo tener con los objetos. En primer lugar puedo tratarme con ellos mediante intuición, con contacto inmediato; en segundo lugar, por memoria; y en

tercer lugar, por imaginación. Puedo estar viendo un objeto presente, tocándolo casi con los ojos; puedo, en segundo lugar, cerrar los ojos y recordarlo con la memoria; y además de recordarlo con la memoria, dejando de pensar en ese aspecto “que lo vi o que lo toqué”, puedo ponerme a imaginar el objeto correspondiente u otro objeto que yo invente. Estas tres maneras corresponden a tres tipos de distancia respecto del objeto. En el estado natural, preferimos siempre que el objeto nos sea dado en la intuición, esto es, conocimiento sin mediación y tenemos por menos real, por menos firme, el objeto visto o notado en la memoria, y tenemos por absolutamente irreal o sin fundamento un objeto que pura y simplemente formemos con la imaginación. Por el contrario, en el estado fenomenológico eidético, o sea, en el segundo, Husserl manifiesta una preferencia por la imaginación, contra la memoria y contra la intuición.

Dicho de otra manera. Si digo que ‘el 2 es el número que tiene dos unidades’, lo estoy tratando directa y únicamente con el 2, porque él es el único número que tiene dos unidades. Ni más ni menos. Mas si digo, por ejemplo, que ‘2 es par’, no me estoy tratando únicamente con el 2, porque hay infinitos pares. Finalmente, si, habiendo hablado como he estado hablando del número 2 desde tres puntos de vista, digo pura y simplemente: ‘el número del que estamos hablando’, me refiero a él por pura y simple alusión. Tenemos, pues, tres especies de trato con el mismo objeto: un primer trato inmediato, unívoco; segundo, un tipo de trato inmediato, pero que no es exclusivo de semejante objeto, sino que conviene a muchos más; tercero, un tipo de trato implícito, pero unívoco aunque, remoto y no seguramente conductible hacia él, como cuando digo ‘el número del que estamos hablando’.

—Ve más despacio, Blasfemia, porque me pierdo.

—No tengas miedo, amiga, que ya lo vas a entender. En la instalación natural como la llama Husserl, preferimos tratarnos siempre con cada objeto directa e inmediatamente, es decir, preferimos tratarnos con definiciones, saber que esto que tengo delante es una ceiba. Por tanto, el trato general o universal no es propio de la actitud natural; comienza a ser propio de la fenomenología eidética, de la ciencia; es la ciencia a la que le interesa precisamente decir ‘el 2 es par’. En la actitud natural, primero, no queremos que se nos hable sino de cosas definidas, bien definidas sin equivocación posible; segundo, evitamos el trato universal, que convenga a lo que tenemos delante y a muchas cosas más. Todavía se evita mucho más el trato implícito, y aun eludimos mucho más el trato por alusiones; y sin embargo es propio de segundo estadio, a saber: del de la fenomenología eidética tratar con las cosas en forma universal; tratarlas en forma implícita y precisamente semejantes tipos de trato implícito y universal son características de la ciencia, tal como se la trata modernamente.

Pero todavía podemos caracterizar mucho mejor el punto de vista natural, la actitud natural frente a las siguientes, partiendo de otra

consideración: a saber, de la manera cómo nos apoyamos en los objetos. Nos podemos apoyar de tres maneras: por certeza, por sospecha y, en tercer lugar, por duda. Y es claro que en la actitud común y corriente preferimos, sobre todo, la certeza sobre la sospecha y sobre la duda metódica. Pero en la actitud de fenomenología eidética se prefiere sistemáticamente el estado de duda metódica, se prefiere el estado o la forma de alusión, implícita, no explícita; y se prefiere, siempre que sea posible, un experimento imaginativo.

—¿Y qué es lo que se prefiere en el tercer estado de la fenomenología trascendental?

—Bueno, haré una breve alusión general en su momento. Antes debemos preguntarnos en qué consiste el estado de fenomenología eidética. Para explicarlo García Bacca se refiere la expresión del castellano según la cual uno puede oír una cosa como quien oye llover; y, aunque parezca extraño a primera vista, la mejor manera de oír llover es efectivamente oír como quien oye llover. Cuando uno se enfrenta con la lluvia porque se está mojando, porque le hace un paseo imposible, no la oye como quien oye llover; y en realidad de verdad no nota la lluvia sino que nota las molestias de la lluvia, los inconvenientes, sean técnicos, sean de deportes o de otros órdenes concretos. Para percibir precisamente bien la lluvia en cuanto tal, es menester, como dice la frase castellana: “oírla como quien oye llover”. Toda la fenomenología consistirá, ampliando semejante metáfora de la frase castellana, en colocarse en todos los órdenes “a oírlos como quien oye llover”, sin tomar parte en ellos, con lo cual no perderá la ciencia sino que se beneficiará.

—¿Y para qué tal estado? No entiendo.

—Bueno, para notar las *esencias*. La fenomenología eidética o estado eidético se propone descubrir, tener presente las *esencias*, sin intervenir en ellas, ni con la afirmación ni con la negación, haciendo preceder un procedimiento de abstracción de realidades externas a las esencias. Es decir: para una actitud e instalación fenomenológico-eidética en las esencias, es preciso: 1) Desconectarlas, purificarlas, de lo real-concreto, ponerlas en estado irreal. Así, para llegar a ver el *eidos* de circunferencia, el *eidos* de 2… en su originalidad y puridad, es preciso abstraer, poner entre paréntesis las realidades o concretos sensibles en que tal vez se nos presenten. Prescindir, por ejemplo, del material de una rueda en que comenzó a dársenos, impurificada, la circunferencia. Así se hace perfectamente geometría sin tener que mencionar ruedas, reglas, como objetos que tomen cuerpo natural, propio y apropiado los objetos geométricos: circunferencia, recta. Al abstraerlos o poner entre paréntesis la realidad sensible, tales esencias o *eidos* crecen en inteligibilidad. 2) Pero el método de paréntesis fenomenológico va más allá de este primer componente. Para obtener un *eidos*, para tenerlo presente eidéticamente, en sí, puro, es preciso que yo desconecte y ponga fuera de acción los actos míos sobre tales objetos. Cuando digo

que ‘esto que tengo delante es una rueda´, o que es una regla, los *eidos* de circunferencia y de recta están enchufados con dos cosas de dos órdenes radicalmente diversos, aunque bien reales ambos: a) Con la realidad sensible, con madera, con metal, en que se realizan; b) Con mis actos de afirmación: pues afirmo que ‘esto que tengo delante es una rueda, es decir: empleo el *eidos* de circunferencia como predicado para el sujeto esto sensible, y empleo la circunferencia para afirmarme yo en lo real, para poder decir afirmativamente ‘esto es una rueda’, ‘esto es circular’. Con lo cual impurifico una vez más el *eidos*, *circunferencia*, pues mezclo o enchufo en ella mis actos de afirmación o de negación.

Husserl, siguiendo en este punto a Descartes, afirmará que nuestra realidad interior no tiene necesidad alguna de afirmar o de negar, es decir: que el entendimiento no está hecho necesariamente para afirmar la verdad y para negar la falsedad, que se mantiene tan real, aun absteniéndose de semejantes injerencias. Husserl hace notar explícitamente en sus *Ideas para una fenomenología pura y filosofía fenomenológica* que basta con abstenerse, con aguantarse las ganas naturales, propias de la actitud natural, de afirmar y negar, de apoyar nuestra realidad interior sobre las cosas, para que, sin más negación, duda metódica o sistemática, me quede en mí mismo, y obtenga, además, tener todas las cosas en su más pura esencia, en pura presencia, sin intromisiones ni de lo material ni de mi realidad.

—Ahora voy entendiendo.

—Me alegra oírlo, Ménoia. Para terminar  con esta segunda parte, veamos qué se entiende por *intencionalidad* estrictamente eidética, asunto fundamental de la Fenomenología husserliana. En la actitud natural, en la instalación de las esencias o *eidos* en las cosas, y de la mente y potencias nuestras de conocer, en los objetos, en las cosas, hay evidentemente una intencionalidad, que denominaremos natural, pues nuestros actos –sean de ver, oír, pensar, querer…–, están dados, entregados, especificados, moldeados, vertidos sobre los objetos; y esto significa intencionalidad; tender (*tendere*, *tensio*) hacia (in) las cosas, de modo que sean éstas las que determinen los actos. Dicho al revés, las cosas nos parecen más sólidas, de verdad en sí y para sí cada una, no quedándonos sino el afirmarnos en ellas por la afirmación. Empero, si por la abstracción, en su primer componente, abstraigo o separo los *eidos*, –los capaces de ello–, del material sensible o concreto en que se hallen, – circunferencia, de rueda; línea recta, de regla…–, es claro que todavía mis actos quedarán presos, especificados, moldeados por tales objetos eidéticos, sólo que la intencionalidad estará un poco más purificada que cuando nuestros actos versaban y se especificaban por *eidos* sumergidos en lo concreto. Pero no habremos salido de la actitud natural, de la intencionalidad natural. Husserl va mucho más allá, aunque mantenga el primer componente de la abstracción formal, el primer tipo de intencionalidad: el natural, purificado o no de lo concreto. Y exigirá, para llegar a intencionalidad eidética, el que se practique la

abstención (*epojé*) fenomenológica, en virtud de la cual no me ponga (tesis) ni a afirmar ni a negar, sino a dejar que las cosas se me den a sí mismas, por sí mismas, caso en que se descubrirá lo que de sí tienen, sus *eidos* auténticos.

"Oír como quien oye llover" no es, naturalmente, frase husserliana, recuerda García Bacca. El emplea la más aristocrática de "modificación de neutralidad". Haberse neutralmente, ni afirmando ni negando, frente a las cosas; entonces están ellas todavía presentes, las tengo presentes; y este tenerlas presentes "como quien oye llover" hace que mis actos tiendan de alguna manera hacia ellas. Se da, pues, una especie de intencionalidad más sutil, –intencionalidad de neutralidad, sin posición adjunta. Así, aproximadamente, es cómo la imaginación tiene presentes las cosas imaginadas, sin caer en esa formalidad y seriedad del entendimiento funcionando en plan natural, que, ante una cosa, la afirma en serio, la niega en firme, no sabe mantenerse neutral: ver sin mirar, oír sin escuchar, pensar sin afirmar. De ahí que Husserl otorgue valor fenomenológico, de descubrimiento de lo que las cosas tienen de auténticamente eidético, de esencial, a la representación imaginativa de ellas. Imaginarse las cosas es más eficaz filosóficamente que pensarlas afirmándolas, aunque, es claro, que es filosóficamente más seguro pensarlas sin afirmarlas. La imaginación, dice Husserl, se halla por constitución en estado de neutralidad, de modificación por neutralidad. La imaginación ni afirma ni niega, ni duda, ni sospecha. Ella sí que realmente "oye como quien oye llover".

—Totalmente aclarado.

—Y ahora sí, mi querida Ménoia, paso a señalar los puntos más característicos del tercer estado de realidad, que es el de fenomenología trascendental, meta de Husserl en sus últimas obras. La Fenomenología en su estrato trascendental se ocupa, programáticamente, de la constitución, en y por la conciencia, de los objetos y de sus diversos tipos. Para mayor claridad y concisión dispondré las afirmaciones husserlianas en los siguientes puntos:

1) La posición de todo acto nuestro no puede ser sometida a modificación de neutralidad, es decir, lleva adjunta necesariamente su realidad. Como dice Husserl, nuestra realidad no se puede poner en paréntesis, fuera de acción, desenchufarnos de ella. La realidad de verdad de mis actos –sean de pensar, querer, imaginar, sentir…–, va necesariamente identificada con su esencia. No podemos ser espectadores de nuestra realidad por modo de "oírla como quien oye llover". Nos llueve siempre encima, y bien realmente, sin escape.

2) A Descartes se le pasó por alto, entre otras cosas, el tipo de relación o vinculación que hay entre conciencia y objeto, entre nuestros actos y sus objetos típicos. Es decir: la intencionalidad, en cuanto esencia de la conciencia. Un espejo es, ciertamente, posible lugar de aparición de imágenes de los objetos, y a veces es también real lugar de aparición de los que estén en condiciones adecuadas. Pero la realidad

física del espejo puede existir sin tener que estar haciendo de espejo. Empero, ¿qué relación existe entre pensamiento y objeto, entre sentimiento y objeto, entre imaginación y objeto? La respuesta de Husserl es que la relación es esencial; que pensar es, esencialmente, pensar algo; que sentir es, esencialmente sentir algo; que imaginar es, esencialmente, imaginar algo; que recordar es, esencialmente, recordar algo… La conciencia es lugar en que se constituyen los objetos. Porque se da el hecho rarísimo de que la conciencia posee los objetos de muchas maneras, como pensadas, recordadas, imaginadas... Si sólo tuviéramos las cosas de una sola manera, por ejemplo: pensadas, creeríamos que son ellas las que por misteriosa manera nos moldean según ellas son; que nosotros no hacemos sino dar conciencia a su presencia. Pero como las tenemos en memoria –como ausentes, con lejanía de pasado–, en imaginación –como ausentes, pero en neutralidad, sin añoranzas por ser o haber sido ya o por haber de ser ante y para nosotros, en entendimiento, –como definibles, cual caracterizables con notas, conexiones, con tendencias a afirmación–, cual objetos queridos –como deseables, como fines, cual valores–, podemos sospechar que todos estos sentidos que damos a las mismas cosas, que estos sentidos *noemáticos*, para decirlo con un término husserliano, son constituciones nuestras, inventos nuestros, modos de configurar nuestra realidad consciente. Cuando por la espontaneidad creadora de la conciencia, nos configuramos de modo que no nos interesa la realidad ni presente, ni pasada, ni futura, ni definir, ni valorar, sino simplemente el hecho de tener algo presente, estamos imaginando; nos hemos modalizado de imaginación, o somos imaginando; cuando nos automodelamos de modo que nos interese tener algo presente como afirmable, como afirmable en delimitación, estamos pensando. Cada objeto puede constituirse de modo original por modificaciones de la conciencia, superponiendo, sintetizando, diversos modos de mi realidad consciente, –pensamientos, quereres, imaginaciones. Y así si nos proponemos estudiar cómo se constituyen en la conciencia las cosas materiales, resultará, dice Husserl, un problema o tarea infinita, pues todo lo material encierra infinitas perspectivas, sucesivas, coherentes entre sí; todo lo material tiene que ser visto, y sólo puede ser visto de vez desde un ángulo especial, en escorzo propio de cada punto de vista, distancia. Mientras que otros objetos, como el 2, la circunferencia, no tienen perspectiva, ángulo de visión, sino que con un número finito y bien determinado de notas quedan plenamente constituidos ante el pensamiento. El “revés” de un cuerpo, el revés de sus sentidos noemáticos, de modelamientos exigidos a la conciencia, es infinito, aunque su “derecho” aparezca simple. Husserl intentará estudiar por la vertiente de la conciencia, por el revés de la actitud natural, las maneras cómo cada tipo de objetos se constituye en y para ella. Y serán problemas suyos, de constitución, los de constitución del mundo material, del mundo aritmético, de los *eidos*, de la lógica, del yo

individual, de los yo de los demás. Se plantea semejante problema, pero no se puede decir que lo resuelva.

Recomiendo, en este sentido, la lectura de *Fenomenología del conocimiento* de E. Mayz Vallenilla, editado por la UCV en 1956

3) Es claro que nos hallamos ante un tercer tipo de intencionalidad, que merece el nombre de trascendental. No sólo no nos guiamos o especificamos por objetos que no hemos creado, ni los purificamos o reducimos a sus eidos, para así podernos especificar más limpiamente para ellos (intencionalidad natural y eidética), sino que los constituimos, los creamos nosotros mismos. Para algo somos un tipo de realidad que continuamos siendo aunque todo sea falso, que nada es capaz de arrancarnos una afirmación, de obligarnos a poner una afirmación o una negación. Si queremos hacerlo, será "omnímoda libertad nuestra", espontaneidad, constitución que otorguemos a los objetos. Para hacernos tomar conciencia de la cantidad y finura de los elementos de que dispone interiormente la conciencia, estudia Husserl su constitución propia: sus tipos de síntesis, sus extensiones temporales: hacia futuro, con protección hacia el pasado, con retención; las superposiciones de sentidos neomáticos, los tipos de horizontes o fondos diversos, hacia lo potencial, que en ella pueden hacer de fondos para unir objetos de primer plano con otros de segundo plano, etc. Y hay que confesar que, por tratarse de los mismos objetos que estamos manoseando en la actitud natural, pero manoseando y reconociendo por el derecho, por lo que tomamos por "derecho", resulta faena dolorosa y complicada, más que invertir un guante, reconocer que ciertos reveses lo son de tales derechos; y sobre todo, decidirse a ver sistemáticamente todo el mundo, natural y eidético –que tan a derechas parece estar puesto para la actividad natural y para la científica pura–, al revés: desde, en, para la conciencia. No hemos robado a nadie, parece decirnos Husserl, cuando decimos que la conciencia es capaz de construir en sí, para sí, todos los objetos.

Por ello no debemos tener vergüenza de que se nos llame subjetivistas.

—O lo que es lo mismo, Blasfemia, debemos olvidarnos de eso que pomposamente suele llamarse 'objetividad'.

—Así es, amiga, Sexto EMPÍRICO (1982) lo dijo con toda claridad

> I, 10. Los que pretenden que los escépticos niegan los fenómenos me parece que no oyen lo que decimos. No negamos las impresiones que recibe pasivamente la representación y que nos conducen involuntariamente al asentimiento, es decir, los fenómenos. Siempre que buscamos si el objeto es tal como nos aparece, concedemos que aparece. No ponemos en duda el fenómeno, sino lo que se dice del fenómeno: y esto es diferente del fenómeno mismo. Así la miel nos parece dulce; lo admitimos, porque tenemos la sensación de dulzor. Investigamos si la miel es dulce por esencia, porque esto no es un fenómeno, sino un juicio

sobre el fenómeno. Si proponemos argumentos contra los fenómenos, los exponemos sin querer negar los fenómenos, para mostrar la precipitación de juicio de los dogmáticos. Pues si la razón es tan engañosa que casi sustrae a nuestros ojos los fenómenos, ¿cómo no la consideraremos sospechosa respecto de lo que es obscuro, si no queremos precipitarnos al seguirla?

—Pero, Blasfemia, no sé por qué, pero me parece que el escepticismo es primo del empirismo. ¿Qué crees tú?

—Creo que son parientes mucho más lejanos. Para mí el escepticismo consiste en comparar y oponer entre ellas, de todas las maneras posibles, las cosas que perciben los sentidos y aquellas que conoce la inteligencia. Al encontrar que las razones así opuestas tienen un pie de igualdad, el escéptico es conducido a la suspensión del juicio (*epojé*) y a la ataraxia.

Esta suspensión del juicio no debe entenderse en un sentido muy amplio. Cuando es constreñido por una sensación que soporta, el escéptico no se prohíbe de afirmar. Si está caliente o frío, no dirá: 'yo creo que no tengo calor o frío'. Jamás duda de los fenómenos. Pero si se trata de una de las cosas ocultas que las ciencias pretenden conocer, él duda siempre.

'Yo no sé nada'; 'yo no defino nada'; 'no más bien esto que aquello'; 'quizás sí, quizás no'; 'todo es incomprensible' son las fórmulas de que sirve para expresar su duda a menos que, al encontrarlas demasiado afirmativas, el no prefiera recurrir a las preguntas y decir '¿Por qué esto mejor que esto otro?' En todos los casos es preciso entender que él jamás afirma nada en el sentido absoluto del término: dice solamente que le *parece*. Así, cuando él dice nada sabe o que todo es incomprensible o que toda razón se opone a una razón de igual valor, no habría que reprocharle de contradecirse al afirmar una proposición que él mantiene por cierta. El no la tiene absolutamente por cierta: la cosa le parece así, pero quizás es de otra manera. El nunca habla sino para sí mismo; cada una de sus fórmulas sobreentiende *es lo que me parece*. Todas sus fórmulas se aplican a ellas mismas: ellas mismas se envuelven. Un purgante -como leímos en un texto de Sexto-, al mismo tiempo que arrastra los humores del cuerpo, desaparece con ellos. Por lo mismo, las fórmulas escépticas, al suprimir toda certeza, se suprimen ellas mismas. En una palabra, y es un punto sobre el que Sexto insiste a menudo, el escéptico no hace sino expresar todo el tiempo el estado puramente subjetivo en el que se encuentra, sin afirmar nada de aquello que está fuera de él, sin decir nada que tenga un alcance general. Y esto lo vio maravillosamente bien Husserl. Por eso los fenómenos que estudia son internos. La Fenomenología, como dije y dice Husserl, es un método de *introspección*

En consecuencia, el escéptico no es de ninguna secta, de ninguna escuela, a menos que no se entienda por ello una disposición a seguir,

de conformidad con lo que los sentidos nos enseñan, ciertas razones que conduzcan a un bien vivir (no en el sentido moral, sino en el sentido más amplio del término *bien*) y suspender su juicio. Las razones que sigue el escéptico le enseñan a vivir según las costumbres, las leyes, las instituciones de su patria y las disposiciones que le son propias.

El escéptico tiene un criterio, no para distinguir lo verdadero de lo falso, sino para conducirse en la vida. Este criterio es el fenómeno o la sensación sufrida y que se impone, sobre la cual la voluntad no se aferra. No pudiendo dejar todo inactivo, el escéptico vive sin tener opinión, únicamente atado a las apariencias y a las prácticas de la vida común. Obedece a las sugestiones de la naturaleza y hace uso de su inteligencia como el primero. Sigue el impulso de sus pasiones, como si tiene hambre, bebe si tiene sed. Respetuoso de las leyes y costumbres de su país, mira la piedad como un bien, la impiedad como un mal. Aprende y cultiva las artes. Que no se le acuse, pues, de encerrarse en la ociosidad, si se quiere ser consecuente consigo mismo, y de caer en el absurdo y en contradicciones, de ser forzado, p.e., si un tirano le ordena hacer una mala acción, de escoger entre el crimen y la muerte, lo que es contrario a sus máximas. Razonar así es olvidar que el escéptico no se conduce según reglas filosóficas. El se remite a la observación y a la experiencia, que no tienen nada que ver con la Filosofía. Si se atrasa con un tirano de realizar una acción prohibida, sin inspirarse en otra cosa que no sean las leyes de su patria, sabrá tomar una decisión; pues él puede, como todo el mundo, preferir ciertas cosas y evitar otras.

—¿Es acomodaticio entonces?

—Diría, más bien, que es del sentido común y aquí está su empirismo. Y ese fue el principal legado del fundador de la escuela escéptica. No olviden ustedes de que el escepticismo nació como escuela al comienzo del helenismo, es decir, en tiempos muy revueltos y cuando las polis griegas habían ya fenecido por las armas de los macedonios.

—¿Qué enseñaba en este sentido Pirrón, el fundador?

—Que el sabio, como todo el mundo, debe conformarse a las leyes, a las costumbres, a la religión de su país. Mantenerse en el sentido común y hacer como los otros, he ahí la regla que después de Timón –su principal discípulo- todos los escépticos han adoptado. Es por una extraña ironía del destino que su teoría haya sido, a menudo, combatida y ridiculizada en nombre del sentido común: una de sus principales preocupaciones era la de no chocar con el sentido común. “No nos salimos de la costumbre”, decía ya Timón... ¿El sentido común hace otra cosa que mantenerse en las apariencias? Tal fue la enseñanza de Pirrón según la tradición escéptica.

*

—Bueno, a mi me quedan todavía muchos trapos por lavar, pero la caída de la tarde me da alergia.

—No digas que cae la tarde sino que *parece* que cae la tarde, Ménoia, ja, ja, ja.

—Así es, si así les parece. Vámonos ya que parece que se está haciendo tarde, ja, ja, ja.

—A ustedes lo que les está dando es alergia del discurso, ja, ja, ja.

—Pero, un momento. Aquí hay algo raro entre los pliegues y repliegues del himatión de mi Euclides que terminaré de lavar en otra ocasión. Veamos. Es un papiro muy enrolladito.

—¿Qué dice? Lee. Parece una carta:

> Profe, un cordial saludo y disculpe la tardanza.
> Me gustó mucho el diálogo 1. Felicitaciones.
> Un poco platónico, en el sentido de que el lector no tiene claro su destino.
> Es como una emboscada filosófica con cantos de sirena y todo.
> En el texto marqué en amarillo palabras que dudé si estaban bien escritas
> También le hice unos pocos comentarios ampliativos.
> Un fuerte abrazo.

—Bueno, cal y arena.

—Pero aquí hay otra plagula. ¿Qué dice?

> El Doctor Carlos Jorge, en estas páginas del primer diálogo, resume con precisión profesional la Epistemología. No es una redención del escepticismo, es una redención de la Epistemología. Los malos textos de Gnoseología, o Epistemología, suelen no detenerse en el escepticismo para terminar difuminando su objeto de estudio. Filósofo que no maneje con propiedad el escepticismo, simplemente no tiene el oficio. No es ese el caso con el presente texto.
>
> La obra, escrita en un lenguaje coloquial y en ocasiones jocoso, examina con profundidad los asuntos, estableciendo las conexiones históricas y genéticas en la evolución de las doctrinas.
>
> Me siento muy agradecido al Doctor Carlos Jorge por el honor que me concede al mencionarme en una obra tan valiosa y recomendable como ésta.
>
> Henry Leal. 31 octubre 2015.

—¡Ay, amigas, con esos elogios una se vuelve optimista!

—Así es, así *parece*.

—Así parece.

## Bibliografía mínima


APEL, K. O. (1991). *Teoría de la verdad y ética del discurso*. Barcelona: Paidós ibérica.

BATTISTELLA, E. H. (1974). *Tres improntas en la filosofía contemporánea*. Caracas: Universitarias CO-BO.

BRAVO, F. (2013). ¿Quién es y qué enseña el Calicles de Platón? *Archai*, n. 10, jan-jul, p. 29-36

BROCHARD, V. (1959). *Les sceptiques grecs*. Paris: Librairie philosophique J. Vrin (2°).

DE LA BARCA, C. (1997). *La vida es sueño*. Madrid: Espasa- Calpe (18°)

LAERCIO, D. (1950). *Vida de los filósofos más ilustres*. Edición de Espasa-Calpe en línea.

GARCÍA BACCA, J. D.(1990). *9 grandes filósofos contemporáneos y sus temas*. Barcelona: Anthropos.

GARCÍA BACCA, J. D.(1963). *7 modelos de filosofar*. Caracas: UCV.

HABERMAS, J. (1988). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus (dos tomos)

HUSSERL, E. (1962). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. México: FCE. Traducción de José Gaos.

NIETZSCHE, F. (1999). *El anticristo*. Ensayo de una crítica del cristianismo. Edición en línea de elaleph.com

PEIRCE, CH. S (1988)). *Cómo esclarecer nuestras ideas (1878)*. Traducción castellana y notas de José Vericat (1988). *Charles S. Peirce. El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*, José Vericat (trad., intr. y notas), Crítica, Barcelona 1988, pp. 200-223

RANCIÈRE, J. (1996) *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión

RODRÍGUEZ, S. (2010). *Luces y virtudes sociales*. Caracas: UNESR

RUSSELL, B. (2009). *Problemas de la filosofía*. Barcelona: Accent.

SAGAN, C. ( ). *La carga del escepticismo*. Libros Tauro: edición *on line* en www.librostauro.com.ar

SAN ANSELMO (1984). *Proslogion. De veritate.* Barcelona: Orbis.

SANTA BIBLIA (2003). *Antiguo y Nuevo Testamentos*. Versión Reina-Valera de 1909, actualizada y cotejada con diversas traducciones y con los mejores textos en los idiomas originales hebreo, arameo y griego. Editorial Mundo Hispano. *On line*.

SEXTO EMPÍRICO (1993). *Esbozos pirrónicos*. Madrid: Gredos

SEXTO EMPÍRICO (1982). Bosquejos pirrónicos (selección I, de R. Verneaux). *Textos de los grandes filósofos. Edad Antigua*. Barcelona: Herder, p.105-107.

SIMÓN, P. (1992). Prólogo al lector. *Noticias historiales de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, n° 173.

TARSKI, A. (1931). La concepción semántica de la verdad y los fundamentos de la semántica. *A parte rei. Revista de filosofía*. Traducción de Paloma García Abad. Revista en línea: http://serbal.pntic.mec.es/

WITTGENSTEIN, L. (1973). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza

Diálogo 2

# Viaje por Utopía

Para Jesús Everduim

*Dramatis personae*

**Eugenio**, **Eulogio** *y* **Eutimio**, entusiastas utópicos de cafetín, están en un bar. **Menipo** es su mesero crítico

—Y bien, Eulogio, aquí estamos nuevamente los tres reunidos para ver si arreglamos el mundo. Como cuando un Ateniense, un Cretense y un Espartano se reunieron bajo un frondoso árbol y, tomando vivo y comiendo queso, inventaron utopía.

—Déjame decirte, Eutimio, que utopía fue inventada mucho antes. Y es que la vida nunca ha sido fácil. Abandonado por el Creador -o por la naturaleza, si prefieres-, el ser viviente debe buscarse su subsistencia. Y ustedes saben muy bien lo difícil que es mantenerse vivo. Porque, además, también él es subsistencia para otros seres, tan abandonados como él a sus propias fuerzas; de éstos deberá cuidarse.

En busca del alimento que posiblemente escaseaba, bajó del árbol un día el mono que sería hombre para nunca más colgarse de las ramas. Correteando por la pradera, otro día alzó la cabeza y divisó el horizonte. Al día siguiente volvió a ver esa línea en que el cielo y la tierra parecen encontrarse. Igual pasó al otro día y al otro, al otro... Viendo esa línea

que estaba a una carrera, decidió alcanzarla. En ese momento creó utopía y creyó en ella.

—Entiendo, Eulogio. Muy bien dicho. Pero explícanos ahora qué significa exactamente ‘utopía’ porque mucha gente usa esa palabra y yo no estoy muy seguro de sí sabe lo que dice cuando la emplea, como me sucede a mí

—Con mucho gusto, Eutimio. ‘Utopía’ es un término que acuñó Tomás Moro a comienzos del siglo XVI. Viene de las palabras griegas *ou*: no y *tópos*: lugar. Francisco de Quevedo lo tradujo por “no hay tal lugar”. Pero eso nunca lo aceptó el hombre, aunque lo haya comprobado muchas veces. Porque toda utopía está compuesta de dos aspectos: el purgativo y el aspirante. Por el primero, toda utopía es una limpieza del estado actual. Por el segundo, el hombre elabora un estado más lisonjero en el que pudiera vivir. Y el estado al que siempre regresa es al de la vida en manada, estadio primario.

—Entiendo.

—Por lo anterior, frecuentemente aparecen los ideales comunistas, ideales de la manada. Las instituciones e ideas comunistas no son de origen reciente. Los pueblos de la Antigüedad tenían, con frecuencia, la propiedad en común. En Grecia, y especialmente en Esparta, persiste el comunismo hasta el final del período helénico. En su *República* Platón traza el cuadro de una Ciudad en donde hasta las mujeres y los niños pertenecen a la comunidad. Al aparecer el Cristianismo, se crea una sociedad en la que “todos los que creían estaban juntos y tenían las cosas en común; y vendían las posesiones y los bienes, y los repartían a todos, de acuerdo con lo que necesitaba cada uno”, como se lee en *Hechos*, II, 44. En la Edad Media, la organización agrícola de los feudos, de las guildas en las ciudades y de las órdenes monásticas, encierran aspectos y caracteres del comunismo. En distintas partes del mundo se conservan, en la actualidad, huellas indudables del régimen comunista. En todos estos casos se abraza una concepción del mundo de cómo debiera ser la realidad.

—Bueno, a mí no me gusta mucho el comunismo, pero sí algo.

—Lo celebro, porque la tentativa utópica de alcanzar un Estado ideal, sirviéndose para ello de la sociedad total, exige, por su carácter, un gobierno fuerte y centralizado de un corto número de personas. En consecuencia, debe conducir fácilmente a la dictadura. Si no me crees, fíjate en Cuba y en Corea del Norte. El autoritarismo tiene que silenciar toda crítica, pues la reconstrucción de la sociedad es una enorme empresa que debe acarrear perjuicios a mucha gente y durante un considerable espacio de tiempo. Por tanto, al ingeniero utópico –como lo llama K. Popper- no le quedará más remedio que hacerse sordo a las quejas y tener como política de Estado la supresión de las objeciones irracionales. En esa dirección se crean Constituciones para vacunar a los viajeros antes de que puedan llegar a ninguna parte.

—¿Así que *eso* es utopía, Eulogio? No sé si el mundo está para utopías. Pero dime, Eugenio, cómo es el cuento del Ateniense, del Cretense y del Espartano que mencionaste al principio.

—Formalmente es una discusión entre un intelectual liberal de la vida griega, un tradicionalista y un disciplinado militar. La ocasión viene dada por el hecho de que el Cretense es miembro de una junta creada por la ciudad de Cnosos para dirigir la fundación de una colonia en Magnesia.

El Ateniense comienza a proponer leyes para la colonia. Su objetivo es crear una comunidad ordenada en la que se valoren las cosas correctas, que tienda siempre hacia la Virtud. Por ello debe hacerse una Constitución equilibrada que se va a aplicar a un pueblo escogido, de buenas personas, que vendrá de Creta y del Peloponeso. Y más: una legislación acertada requiere no sólo de un hábil legislador sino también de un Tirano que la imponga.

—¿Un tirano? No me parece muy utópica la colonia.

—Hay que entender que un tirano típico no es necesariamente un gobernante brutal sino un alto funcionario que, en una constitución nominalmente democrática, tiene un poder absoluto. El Tirano para Magnesia debe ser joven, memorioso, listo, valiente, magnánimo y, en su alma de tirano, que tenga la virtud que a todos los demás gobierna: la Sapiencia. Tal es el mejor medio para que una Ciudad acepte una *politeía* y sea afortunada (711c). ¿Lo estoy diciendo bien, Eulogio?

—Mejor, imposible. Pero antes de que sigas déjame aclararle a Eugenio algo. Al hablar de utopía, todos pensamos, remontando las fuentes, en la *República* de Platón. Y, sin embargo, la utopía del fundador de la Academia no está en esta obra sino en su obra de vejez. Al final del libro V de *República*, el autor pone los puntos sobre las íes al plan de la república perfecta que ha ido exponiendo. Porque... ¿es posible semejante república? En esta obra Platón habla como filósofo.

La utopía platónica está en *Leyes* (libros IV-IX). Su república de “no hay tal lugar” puede existir si se piensa como filósofo y se tiene el poder de rey. El filósofo-rey es el autor de *Leyes*. De ahí la necesidad del Tirano que tanta alarma le causa a Eutimio

*Leyes* encierra un conjunto de ideas sobre cuestiones prácticas de la política. Platón propone un sistema legal para alcanzar los máximos resultados dentro de las condiciones de la realidad, teniendo en cuenta la imposibilidad de lograr un gobierno ideal, dada la imperfección humana. Pero Platón procede, como diría K. Popper como un *ingeniero utópico*, es decir, como aquél que, antes de emprender acción práctica alguna, debe determinar por adelantado su meta última o Estado ideal. En efecto, el libro IV se abre con esta pregunta del Extranjero Ateniense: “Pues bien: ¿cómo hay que concluir sea la futura Ciudad?” Sin duda, este método es convincente y atractivo.

—Has hablado bien, Eulogio. *Leyes* es una larga discusión acerca de un cierto número de temas, sobre todo de teoría política y

jurisprudencia, aunque hay un libro dedicado a la teología y se dicen algunas cosas acerca de astronomía y otros temas.

Para empezar a ordenar, la primera ley exige que el territorio haya de dividirse en partes iguales para cada ciudadano y, mediante estratagemas, deberá hacerse imposible que ningún ciudadano sea muy rico o muy pobre. “Es imposible ser grandemente ricos y buenos” (742ª), justifica el Ateniense. La disposición estipulada no es estrictamente igualitaria. Cada ciudadano tiene la misma cantidad de terreno, repartido en partes iguales, pero además tendrá posesiones privadas, siempre que no superen más allá de cuatro veces la parte que le corresponde. Dentro de lo permitido habrá cuatro clases, determinadas por su riqueza. Los derechos y deberes políticos de un hombre estarán en cierta medida determinados por la clase a la que pertenezca. Cuanto más lata sea su clase social, mayores serán los privilegios. Platón llama a esto auténtica igualdad o igualdad geométrica.

Con la comunidad “geométricamente igualada”, podemos darle instituciones a la colonia. La lista de funcionarios de la burocracia estatal es impresionante. Los primeros nombrados son los 37 “guardianes de las leyes”, funcionarios, de más de 50 años, inamovibles durante veinte. Son elegidos mediante elección directa por todos los varones. Además de éstos, los otros funcionarios son de diversos tipos: generales, sacerdotes, policías, un encargado de la educación. Las ocupaciones menos importantes son en su mayor parte ocupadas mediante un mecanismo según el cual los candidatos son elegidos por el voto popular y, finalmente, por sorteo. Otras ocupaciones más importantes son elegidas en forma diferente; por ejemplo, el encargado de educación es elegido por los magistrados. La comunidad posee una asamblea popular, aunque no está muy claro qué es lo que hace aparte de votar en las elecciones de candidatos para el cargo.

Más adelante el Ateniense bosqueja también un código penal amplio. Algunas de sus prescripciones son leyes; otras, manifestaciones de la *línea de conducta* oficial que deben ser impuestas por la persuasión, pero no por la fuerza. Así, con el fin de prevenir el adulterio ciertas mujeres oficiales deben reunirse todos los días en un templo durante cuatro horas y chismorrear acerca de cualquier mirada lasciva que puedan haber espiado; entonces ellas acuden a casa del delincuente y el administrador lo reprende (784).

—Pero, amigos, déjenme decirles una cosa: la desviación cultural es fuente de conflicto y anarquía para el Ateniense. De este modo puede entenderse el poder que les da al encargado de la educación (el mayor de los altos cargos de la Ciudad, según 765e) y a los guardianes de la ley para la estabilidad cultural, estableciendo definitivamente hasta qué tipos de música y danza deben ser admitidos y censurando el drama. Como se podría esperar, también ordena uniformidad religiosa.

Poco antes de cerrar el diálogo, se habla de la instauración del llamado “Consejo Nocturno”, tenebroso consejo supremo compuesto por

funcionarios antiguos de una reputación intachable. Sus funciones no están muy bien definidas. Como ironizó I.M. CROMBIE (1988:188): “Quizás pueda compararse con el Partido Comunista de la Unión Soviética. Tienen, por así decirlo, que entender la base teórica del Marxismo-Leninismo, para mantener a todos los funcionarios y a todos los ciudadanos privados en la línea de conducta correcta, para explicarla a quienes están interesados en ella, para decidir cuáles de las costumbres extranjeras son o no compatibles con la auténtica doctrina”. Como Platón dice en 961-3, su función es preservar a la comunidad, de la que es su inteligencia y sus sentidos, tanto en lo público como en lo privado.

—Amigos, yo veo un gran parecido, en general, entre la constitución de Magnesia y la constitución democrática de un Estado moderno.

—Sí, es verdad, pero hay que señalar lo siguiente: los magnesios eligen, por decirlo así, a sus alguaciles y a sus jefes de policía, influyen en la administración de justicia y en los asuntos exteriores, pero no eligen a sus legisladores. Razón: no tienen ninguno, su código legal les es dado desde el principio.

—¿Por qué supone Platón que su comunidad no necesitará de legisladores?

—Te lo puedo contestar con otra pregunta: ¿qué necesidad hay de un órgano legislativo que ex *hypothesi* tiene leyes perfectas?

En fin, para ir terminando este cuento, Magnesia puede ser considerada una sociedad moderadamente democrática en su aspecto político, pero sin duda no es una “sociedad abierta” en la acepción de K. Popper. Magnesia no es, en ningún sentido, una comunidad tolerante, aunque pueda entenderse como “perfecta”, pues posee las condiciones correctas que le son impuestas por la autoridad. En segundo lugar, esas condiciones se mantienen y deben ser mantenidas con gran firmeza. En otros términos, es un ejemplo teórico de la mejor tiranía de la uniformidad.

*

—Creo que este final se merece una nueva ronda. Mejor llamamos a Menipo y se la pedimos

—Pide más bien un poco de queso porque, a este paso, no arreglamos el mundo. Mientras haces el pedido voy a tratar de san Agustín. No de *todo* san Agustín, claro, sólo donde este Padre de la Iglesia alcanza su máxima elevación, esto es, en la celebérrima obra titulada *De civitate Dei.*

—Amigo, sitúame en el tiempo porque yo me pierdo.

—San Agustín vivió entre 354 y 430 d. C. *La Ciudad de Dios*, primariamente, no es una obra política sino esencialmente religiosa. No enfrenta al Estado civil con la Iglesia. Sus dos "ciudades" son la representación de dos reinos incompatibles e irreconciliables: el de Dios y el del Diablo. Caín fundó la ciudad terrena; Cristo, la ciudad celestial.

La obra posee dos partes; la primera va del libro I al X y la segunda, del XI al XXII. En la primera, el autor rechaza las acusaciones de los paganos contra la Iglesia; pero al mismo tiempo ataca a fondo el paganismo, demostrando su incapacidad para asegurar la prosperidad y la felicidad en la tierra.

En la segunda, el obispo de Hipona hace la confrontación de los dos reinos por su origen, desarrollo y fin. De acuerdo con una visión providencialista, distribuye los acontecimientos históricos en seis días, con sus mañanas y sus tardes. Éstas siempre se cierran con una catástrofe. Pero como todo tiene su fin, este estado de cosas tiene su término en el "juicio final". Los dos reinos se separan para no encontrarse nunca más, pues Dios triunfa sobre Satanás y destruye su reino. Amanece, entonces, el séptimo día, ya ultraterreno, día de descanso eterno en el que Dios impera en su Ciudad.

— ¿Qué harán los ciudadanos de este reino, cuyo monarca impera, ahora sí, de manera incontestada?

—Muy buena la pregunta. Es fatigosamente repetitiva la declaración de san Agustín sobre la "vida" que llevan los ciudadanos de Dios. Pero para ello tiene que "demostrar" que habrá "resurrección de los muertos", pues ellos son los que vivirán en "aquella eterna y celestial patria".

La utopía está al final porque estuvo al principio. "Porque ¿quién se atreverá a negar que los primeros hombres en el Paraíso, antes de caer en el pecado, fueron bienaventurados?", se pregunta el santo en XI, 12. Libres de toda molestia, los cuerpos resucitados –carne espiritual- gozarán de Dios en "la amable compañía de los ángeles". Cuerpos libres de necesidad, no de potestad o posibilidad, serán espirituales, "no porque dejarán de ser cuerpos, sino porque se sustentarán y perseverarán en el espíritu que los vivifica", remata en XIII, 22.

—Otra pregunta ingenua, Eugenio: ¿quién habita en la Ciudad de Dios?

—La Ciudad de Dios está habitada por Dios y sus ángeles, y será habitada por los cuerpos resucitados, espiritualizados, de los santos, cuerpos ahora inmortales e incorruptibles, como se describe en el libro XXII de la obra.

—¿Y qué harán tales cuerpos?, pregunto.

—Lo único que harán los cuerpos resucitados de los santos en la Ciudad de Dios —nos dice este Padre de la Iglesia— será contemplar a Dios con el alma (intuitivamente) y con los ojos del cuerpo. En esto consiste su bienaventuranza, como la de los ángeles.

—No sé, pero esa actividad me parece muy aristotélica.

—¿Y cuál será el movimiento que tendrán allí estos cuerpos?

—Esa pregunta también se la hizo el santo y la contestó muy cándida, aunque honestamente, en XXII, 30, con estas palabras: “No me atrevo a definirlo, por no poder imaginarlo”.

—Creo, utópicos, que el Paraíso de san Agustín es el de un teólogo con cierta formación filosófica.

— Tal vez tengas razón, Menipo, pero no deja de ser un entrometimiento tuyo decir tal cosa. Muchachos, apuren sus vasos porque yo voy a hablar de Mahoma y al Profeta no le gusta el alcohol.

—Salud, Eugenio.

—Salud, Eulogio.

—Salud, Eutimio.

*

—¿Lo has llamado *profeta*, Eulogio? ¿Los profetas no vivieron en el Antiguo Testamento, solamente?

— Has oído bien, Eutimio. Mahoma, que vivió entre 570 y 632, fue, y sigue siendo para sus creyentes, profeta soberano, legislador, reformador de las costumbres y del modo de ser del pueblo árabe. Su obra el *Corán* es para el musulmán la palabra divina, el libro que encierra el *summum* del saber y que debe ser base de todo sistema político, moral y religioso. Le fue dictado al Profeta por el arcángel Gabriel. Escrito en prosa rimada, contiene las verdades de los libros revelados antes que él y es la definitiva, inalterable y completa religión del Islam que afirma la unicidad absoluta de Dios.

—En otros términos -si me prestas la palabra, Eulogio-, el único dogma del Islam es *el libro*, por eso sus seguidores desde un principio fueron llamados “las gentes del libro”. Si bien se es libre de obedecer los mandatos de Alá que se manifiestan en el *Corán*, el deber esencial del creyente es cumplir la voluntad divina. Aquellos que la siguen son llamados creyentes frente a los infieles. No se contemplan otros dogmas ni sacramentos ni clero, sólo una serie de obligaciones rituales, cuya forma pública quedó fijada a fines del siglo VII.

—Muy bien has hablado, Eugenio. La primera de las obligaciones del creyente es la oración, practicada según cierto ritual cinco veces al día. El segundo deber es el ayuno en el mes de Ramadán. El tercero, la limosna legal. La peregrinación a La Meca –al menos una vez en la vida- para besar siete veces la piedra negra de la Kaaba es otro deber. El musulmán también debe seguir una serie de normas menores, como la circuncisión o la abstinencia del alcohol o la carne de cerdo.

—Hasta aquí, mi querido amigo, el Islam se presenta como cualquier otra religión para uso personal, pero la vocación del Islam, incluso en vida de Mahoma, fue la expansión, cosa que heredaron de los cristianos, pero no de los judíos. En efecto, el Profeta enfrentó con las armas a todos los que no aceptaban su doctrina, llevando la guerra a las ciudades de La Meca y Medina. Su actividad expansionista continuó hasta la fecha de su muerte, momento en que el Islam se había

convertido en un poder predominante en toda Arabia. La fuerza de tan enorme y rápida expansión se explica por el precepto de la Guerra Santa, otro deber del fiel -más o menos vigente según las épocas, aunque tú no lo has mencionado-, y es lo que explica la aparición y éxito del Estado islámico, hoy, pues recluta con gran facilidad soldados creyentes en todo el mundo. Según este precepto, cualquier creyente en lucha contra el infiel alcanzará el Paraíso coránico, la mansión de los bienaventurados y sus delicias.

—Bueno, no hablé de la Guerra Santa porque me parece el concepto más terrible acuñado por el Profeta.

— Se parece mucho, utópicos, a una *cierta* traducción que se hace del pasaje de Lucas 2,11, donde dice, literalmente, que los ángeles cantaban "gloria en las alturas a Dios y sobre la Tierra paz, entre los hombres buena voluntad (*eudokía*)", se entiende 'haya'. La traducción que objeto dice: "y paz a los hombres de buena voluntad". Si dijera eso el pasaje de Lucas, donde se narra el nacimiento de Jesús, Dios de amor, habría que entenderlo como un *grito de guerra* del llamado Estado Islámico: paz a los hombres que tienen buena voluntad, es decir, que están conmigo, y a los otros, muerte.

—Esa traducción la haces tú, Menipo, pero concede que el pasaje es uno de los más hermosos que aportaron los Evangelios para la convivencia entre los hombres.

Pero volvamos al *Corán* para recordar el Paraíso musulmán, que es su utopía. Casi desde el comienzo del libro (II, 23), le dice Gabriel al Profeta: "Anuncia a los que creen y practican las buenas obras que tendrán por morada jardines regados por corrientes de agua. Cada vez que tomen algún alimento de los frutos de estos jardines, exclamarán: 'He aquí el fruto con que nos alimentábamos en otro tiempo', pero sólo tendrán apariencia. Allí hallarán mujeres exentas de toda mancha y allí permanecerán eternamente"

—Utópicos, disculpen la molestia nuevamente. Borges dijo en algún lado que se sabe que el *Corán* es un libro realmente del desierto porque no habla de camellos. Simétricamente se puede decir que el Paraíso islámico es un paraíso del desierto porque es un oasis. Más bien, un motel de cinco estrellas en un oasis... ¡sólo para varones!

—En ese sentido, pero sólo en ese sentido, provoca volverse musulmán, ja, ja, ja. Pero no hay que blasfemar. Y ya que está Menipo presente, pidámosle otra ronda que aquí hace mucho calor.

—Pidamos.

*

—Gracias, Menipo. Necesitábamos un refrescamiento. ¿Dónde quedamos?

—Ya llegamos al Renacimiento, cuando el pensamiento utópico también renace.

—¿Qué tiene de nuevo este tiempo, que valga la pena para cambiar el mundo?

—Bueno, a lo mejor hay algo. Veamos qué se puede aprovechar.

Consideremos dos rasgos. El primer rasgo común de todas las grandes utopías de esta época: *Utopía* (1516), *La ciudad del sol* (1623) y *La nueva Atlántida* (1629), es su aislamiento frente al mundo. Lo perfecto y ejemplar sólo puede existir realmente a condición de estar clausurado para los extraños y ser prácticamente imposible el acceso y el contacto cultural con sociedades imperfectas e injustas. Tal contacto seguramente sólo tendría como resultado la corrupción y destrucción de la perfecta sociedad utópica, sin que las otras sociedades hubieran mejorado ostensiblemente.

—Utópicos, ¿no creen que ése ha sido una de las razones del éxito de los tiranos de Cuba?

—Sin duda, Menipo.

—Un segundo rasgo común de estas utopías es el inmovilismo, como el de Cuba y el de la República de Corea del Norte. Ese inmovilismo deriva de la misma idea de la creación utópica. Ésta sólo es posible en la creencia platónica en un ideal absoluto e inmutable, junto con otros dos supuestos: a) que existen métodos racionales para determinar de una vez para siempre cuál es el ideal, y b) cuáles son los mejores medios para su obtención.

—Lo que critica acertadamente K. Popper a la ingeniería utópica, mi utópico Eulogio, es su propósito de reconstruir la sociedad en su integridad, provocando cambios de vasto alcance cuyas consecuencias prácticas son difíciles de calcular debido al carácter limitado de nuestra experiencia. Todos estos argumentos citados a favor de la ingeniería utópica dejan entrever un prejuicio tan difundido como insostenible, y es éste el de que los experimentos sociales deben realizarse “en gran escala”, abarcando la totalidad de la sociedad, si se quiere trabajar en condiciones reales y auténticas. Tanto Platón como Marx, por ejemplo, sueñan con la revolución apocalíptica que habrá de transfigurar radicalmente todo el mundo social. “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*”, según reza la Tesis 11 sobre Feuerbach.

Este radicalismo extremo de la concepción platónica (y también de la marxista) se halla relacionado con un esteticismo, es decir, con un universo que no sólo sea algo mejor y más racional que el nuestro, sino también que se halle libre de toda fealdad; no se trata de remendar mal que bien sus viejos harapos, sino de cubrirlo con una vestidura enteramente nueva y hermosa (*Rep*. 500e-501a).

—Definitivamente, Platón era un artista.

—Por otro lado, es interesante observar la íntima relación que media entre el extremo radicalismo platónico, con su exigencia de medidas drásticas, y su esteticismo. Deben borrarse las instituciones y tradiciones existentes. Se debe purificar, purgar, expulsar, deportar y

matar o liquidar, como se dice en la actualidad. La idea de la sociedad que tienen muchas gentes que hablan de “nuestro sistema social” y de la necesidad de reemplazarlo por otro “sistema” es muy semejante al caso de un retrato pintado sobre un lienzo y que debe ser totalmente borrado para poder pintar otro nuevo. Pero aun inspirados por las mejores intenciones de traer el cielo a la tierra, sólo conseguiremos convertirla en un infierno, ese infierno que sólo el hombre es capaz de preparar para sus semejantes (POPPER, 1985: cap. IX).

—Son ciertas algunas cosas que has dicho, Menipo. Tengo que admitirlo. Pero volvamos al Renacimiento. Podemos considerar la obra de dos escritores del tiempo de los Tudor y de la primera época de los Estuardo —Tomás Moro (1478-1535) y Francisco Bacon (1561-1626— como fuera de la corriente general del pensamiento político en Inglaterra. El espíritu humanista del Renacimiento influye, profundamente, en ambos, en unión de los descubrimientos geográficos, trazando la imagen de comunidades ideales, a la manera de Platón.

Moro disiente de las tendencias materialistas y absolutas de su tiempo; satiriza los males de la vida social de Inglaterra y describe un país imaginario en donde se halla remedio a tales calamidades. Moro es opuesto a la guerra y a la intolerancia religiosa. La raíz de los males de la sociedad, según él, se encuentra en la institución de la propiedad privada. Por eso pinta una nueva sociedad donde reina la paz y la abundancia bajo la tutela del comunismo. Con respecto al gobierno, su utopía se desarrolla en el sentido de un Estado nacional, organizado democráticamente, con una autonomía amplia de las entidades locales.

Ya lo decía Vespucio: “Viven sin rey y sin ninguna clase de soberano y cada uno es su propio dueño”.

Utopía es una isla. Su capital Amauroto está, como Londres, a orillas de un río que la pleamar vuelve salobre. Se diría que ese “lugar que no hay” es un país superpuesto, en el sueño, con el doble perfil prometedor del cuarto creciente, diagrama de la intersección de dos mundos. Un lugar que no hay porque está en dos lugares, en Inglaterra y en América; en dos mundos, el Viejo y el Nuevo, es decir, en todas partes como el universal deseo utópico.

—Sí, es tan feliz UTOPÍA (1987), que para viajar a donde a uno le daba la gana debería pedir permiso a la autoridad y señalar fecha de regreso. Amenazaba Moro: si “se aventura por su propia cuenta más allá de sus términos y es sorprendido sin el permiso del Jefe, es tratado afrentosamente, reconducido como fugitivo, castigado con dureza y reducido a esclavitud en caso de reincidencia” (p. 91). ¿Y qué decir de la esclavitud que todavía rige en la “República de los utópicos”, en el régimen perfecto de Moro, para que los “ciudadanos” puedan ser virtuosos, pues “los esclavos se encargan /.../ de los trabajos más bajos y trabajosos”? (p. 88).

—Nada es perfecto, Manipo

—Es verdad, Eugenio. La utopía de Bacon difiere radicalmente de la concebida por Moro. Alguien la llamó *Contrautopía*. Bacon parte de la base de los descubrimientos científicos y de la prosperidad material, sin dejarse llevar por un comunismo ético. El esplendor del período de la expansión territorial y de las explotaciones comerciales destruye y ahoga la idea de igualdad. Bacon se inclina por la monarquía fuerte y por una sociedad regular y organizada.

—¿ Y eso es todo?

—Hay más. El italiano Tomás Campanella (1568-1639) contribuye al desarrollo de las ideas políticas de la época con una doctrina original. Su pensamiento ofrece una mezcla singular del paganismo humanista, el materialismo de Maquiavelo y los conceptos rígidos de la teología cristiana. Campanella combina la concepción de Platón y los ideales monásticos sobre la organización social. Piensa que los fenómenos de la historia y de la naturaleza se explican por los tres principios del poder, la inteligencia y el amor, y que la autocracia del Papa es la forma ideal de organización política. Su concepción utópica, escrita en forma dialogada, describe una comunidad descubierta un navegante genovés. Gobierna este país el Sol, un monarca absoluto elegido por un colegio de magistrados. Sus funciones son a la vez políticas y religiosas. Como principales ministros del Sol existen la Potentia, que tiene a su cuidado la guerra y la diplomacia; la Prudentia, que dirige lo referente a las artes, educación y trabajos públicos; y el Amor, que se encarga de la perpetuación y mejoramiento físico del pueblo. “Las cuestiones de la generación pertenecen a la religión por ser cuestiones del bien común y no del privado”, pues si no hay armonía de los cuerpos, mal puede haber virtudes. Por esta razón se impone la organización meticulosa de la procreación.

Se reúnen dos asambleas: una, compuesta por los sacerdotes-magistrados, y otra que incluye a todo el pueblo. Los ciudadanos se dividen en tres clases, tienen su vida en común, no reconocen la propiedad privada ni la vida en familia y están sometidos constantemente a la vigilancia rigurosa del Estado.

*

—Algunas malas lenguas dicen que esta *idea* de *una república filosófica* inspiró a los jesuitas en sus experimentos comunistas del Paraguay

-¿Experimentos de los jesuitas en Paraguay, Menipo? Explícame, Eulogio, lo que está diciendo el mesero.

—Bueno, sí, es verdad. Aunque la Compañía de Jesús es la última orden religiosa autorizada a pasar a la América española después de los franciscanos, dominicos y mercedarios, sin embargo adquiriría más renombre que todas las otras órdenes juntas por su acción en el Río de

la Plata. Las famosas reducciones comienzan con la fundación de San Ignacio Guazú, en 1609, por el Padre español Marcial de Lorenzana.

Claro que es del todo imprescindible preguntarse sobre qué características tenían los jesuitas para realizar la obra misional considerada ejemplar, para algunos autores, en los treinta pueblos misioneros. La respuesta puede estar relacionada con una fe inquebrantable, un sentido de la obediencia y de la disciplina al máximo, una conducta intachable, pero, sobre todo… con los conocimientos (de la época) de que eran portadores. En efecto, entre aquellos misioneros había profesores, teólogos, filósofos, arquitectos, maestros de obras, botánicos, militares, astrónomos, pintores, escultores, musicólogos, maestros de artes y oficios, enfermeros y boticarios…

—¡Guau!

—Así es, Eutimio. Y Menipo me concederá el hecho de que los jesuitas no usaron la fuerza en su trabajo de reducción y de evangelización. Los historiadores, en general, están de acuerdo en señalar que no hubo casos de rebeldía de individuos ni colectivos contra los Padres en los treinta pueblos misioneros de proporciones tales que complicaran su desarrollo. El poder de persuasión de los misioneros jesuitas debió de ser grande, sobre todo si consideramos que en cada pueblo había *solamente* un Padre y un Hermano, pocas veces más. En 1768, año de la expulsión, había 77 jesuitas en las misiones. Y el número total, en ciento cincuenta y nueve años, fue poco más de 400. Ahora bien, pregunto yo, Menipo: ¿cómo es posible que grupos humanos de tres mil y más indios guaraníes, procedentes de una sociedad neolítica primitiva, obedecieran a los misioneros? No sólo obedecieron sino que, bajo la dirección de los Padres, llegaron a construir verdaderas comunidades socializadas caracterizadas por el orden y el trabajo, por una producción agrícola a gran escala, por el ejercicio de oficios y artes, la construcción de templos, casas y calles con sentido urbano. Se han dado muchas explicaciones del fenómeno, pero el hecho fue ése, mi mordaz crítico.

—¡Guau, guau, guau!

—Yo puedo ayudar en su aclaración, utópico Eulogio. Si entendemos cómo era la vida diaria de cada pueblo, podemos tener parte de la respuesta a la pregunta anterior. “Al amanecer —dice el Padre BRUXEL S.J. (1991:195-196)—, despertaban los indios con el repique de campanas y a tambor batiente. Delante de la iglesia, los niños recitaban en dos coros el catecismo y las oraciones que sabían, y luego asistían a misa, con la libre participación de muchos adultos. El trabajo no pasaba de seis horas diarias. En cuanto los hombres se ocupaban en la labranza o en talleres, y las mujeres, en casa, ejecutaban su tarea de hilar la lana y el algodón, los niños desde los siete años se entregaban a la comunidad tanto para el trabajo como para las tres comidas diarias. Algunos niños, especialmente los hijos de caciques, iban a las clases de música, canto y danza, o a los talleres, en cuanto a la gran mayoría

trabajaba en las labranzas comunes. Los adolescentes extirpaban con un hueso de buey (el omóplato) las malezas que crecían en los algodonales, arrastraban leña de arbustos y árboles pequeños para llevarlos a los hornos de hacer tejas y ladrillos y barrían las calles, las niñas recolectaban algodón, quedando para los más jóvenes la divertida ocupación de espantar los loros y otros pájaros que atacaban los maizales. Al toque de la campana, al mediodía, todos paraban por dos horas para el almuerzo y volvían al trabajo. A las cinco o seis de la tarde, la campana llamaba a los niños para el catecismo seguido del rosario en el que igualmente participaban muchos adultos. Los niños tomaban la cena, las mujeres recibían la carne y la yerba mate para la familia y todos regresaban para casa. Poco después, al anochecer, el pueblo quedaba en silencio".

—¿Y esos indios no se divertían nunca? ¿Sólo rezar y trabajar?

—Voy a contestarte yo, utópico Eutimio, pues Leopoldo LUGONES (1988: 132) nos ha dejado una descripción muy viva de un día de fiesta. "Todo era, naturalmente, religioso —escribió—. Los recamados ornamentos resplandecían al sol; aguas perfumadas servían en las ceremonias. Había profusión de incienso y de repiques; y sobre todo, esta suprema vinculación de la gratitud primitiva con la religión que ocasionaban los festejos; aquél era un día de banquetear y sentirse bien. Familias enteras se envanecían con el roquete y los zapatos de un monaguillo. El pueblo aplaudía entusiasta a las comparsas de los niños, que trajeados de ceremonias recitaban loas y danzaban, componiendo con sus figuras cifras místicas, al compás de estrepitosas orquestas. Petardos, cajas, clarines y cascabeles que propagaban su sonoro escalofrío en el temblor de las gualdrapas, subían hasta lo delirante la fanfarria clamorosa. Simulacros militares encendían el atavismo bélico de la sangre aún montaraz; corridas de sortijas, autos en guaraní, toscas comedias, enteraban el programa, todo ello rematado por la general comilona al aire libre, bajo las galerías que rodeaban la plaza".

—¡Ah qué fiestón!, diría yo. ¿Qué normaba las vidas en las misiones, Eulogio?

—Las normas más importantes que regían la vida interna en los pueblos misioneros y sus relaciones externas no eran, estrictamente hablando, reglas jesuíticas, como tiene que concederme Menipo. Procedían de las Leyes de Indias y de las Cédulas y Órdenes Reales, Por ejemplo, a los indios agrupados en pueblos no se les quitaban las tierras, que no se mezclaban con las de los españoles; los pueblos misioneros debían estar separados de las villas y ciudades españolas; no estaban autorizados tampoco para vivir fuera de los pueblos misioneros; los españoles, por su lado, tenían muy restringida la entrada a las misiones. Está demostrada la importancia de las Leyes de Indias como inspiradoras de los pueblos misioneros guaraníes, no sólo en la orientación de muchos aspectos para su localización, instalación y organización, sino -lo que debe considerarse más importante- su

cumplimiento también: en los treinta pueblos misioneros las leyes se acataban y... se cumplían.

—La u-ni-for-mi-dad, casi matemática, en el cumplimiento de todas las recomendaciones y orientaciones recibidas, desde los planos urbanísticos, los quehaceres diarios de la vida religiosa de los misioneros y de la comunidad hasta los pequeños y grandes detalles de tipo político, social, económico y artístico, es piedra angular del poder y de la idea política de las reducciones.

—Es cierto, Menipo. Pero también es cierto que la autoridad civil -que seguía el modelo municipal castellano- estaba en manos de los indígenas, que eran Corregidores, Alcaldes, Regidores, Alféreces, Mayores… aunque siempre bajo las directrices y estrecha vigilancia de los Padres, concedo.

Otros factores que debieron de ser decisivos para organizar y mantener aquel sistema político de gobierno fueron los caminos entre los Pueblos, la coordinación, las reuniones por grupos de misioneros, las Cartas Annuas, las visitas -muy frecuentes- entre los misioneros con motivo de las fiestas religiosas, y , sobre todo, el Libro de Órdenes, en el cual se debían anotar los principales hechos ocurridos: censos, elecciones anuales y recomendaciones hechas en las visitas de las Padres Superiores y Padres Visitadores e, incluso, la contabilidad.

—Concedo lo dicho, pero no se conocen informaciones sobre posibles convocatorias para reuniones en las que tomaran parte los Corregidores y principales Caciques de la totalidad de los treinta pueblos, lo que debe interpretarse como índice de la poca importancia del poder indígena en la discusión de los problemas y en la toma de decisiones. Y es que el paternalismo de los Padres era militante. Frecuentemente los misioneros jesuitas hablan de la “eterna niñez” del guaraní y de su “falta de inteligencia”, que no deja de ser un encubrimiento defensivo y de acomodo de la realidad.

—No cabe duda de que este paternalismo reconocido por todos los historiadores –como tú dices- contribuyó a frenar el sentir y el comportamiento de aquellos “guaraníes infantiles” que los jesuitas encontraron, agruparon y organizaron en los pueblos misioneros. “Sin embargo, a pesar de estar frecuentemente influenciados por la sensibilidad importada de los misioneros, los indios marcaron con una impresión digital las obras que produjeron. La sensibilidad indígena queda marcada en ellas, surge aquí y allá de forma indirecta, clandestina” (TREVISAN, 1991:261).

—¿Qué pasó después con las reducciones guaraníes?, porque hoy no las tenemos ¿o sí?

—No, no las tenemos. Lo que nos queda son ruinas…

—…que explota muy bien el gobierno paraguayo en la promoción turística del país.

—Está en su derecho, porque las misiones son parte de su historia. Contestando a tu pregunta, Eutimio, no se sabe muy bien qué razones

tan poderosas obligaron a Carlos III a cambiar de parecer en la estima de los jesuitas, hasta el extremo de expulsar de sus dominios a la Compañía de Jesús en 1768, y, posteriormente, pedir su disolución al Papa Clemente XIV, disolución que se verifica entre 1773 y 1814. Históricamente no han quedado aclaradas las causas de tal cambio experimentado por este Borbón.

—¿Y podemos saber cuáles son la apreciaciones que se han hecho sobre el experimento jesuítico, Eulogio?, porque yo no sé qué decir.

—Con gusto, Eutimio. La UNESCO (1985:102-103) ha declarado las ruinas de los Treinta Pueblos Misioneros (que están en territorio de Argentina, Brasil y Paraguay) del Río de la Plata "patrimonio cultural de la Humanidad", porque "representan una experiencia económica y sociocultural sin precedentes en la historia de los pueblos".

—¡Guau, guau, guau!

—Destaquemos que no se habla de una experiencia *política*. La apreciación de Leopoldo Lugones puede sintetizarse en el título de su obra: "Imperio Jesuítico", pues aunque los jesuitas denominaban a sus misiones "República cristiana", la palabra 'república' apareja -según el sentir del escritor argentino- un concepto democrático, enteramente distinto, que no le cuadra a la organización estudiada. Para esa organización los Padres tomaron como base de organización social la de su propio Instituto, que lógicamente les parecía la mejor, e hicieron de las reducciones una gran *Compañía*, en la cual no faltaban ni el comunismo reglamentario ni el silencio característico.

De la ascendencia de los Padres sobre los indios, LUGONES (1988:86) dice lo siguiente: "La vida que los PP. hacían, así como su situación moral con respecto a los indios, mantenía entre unos y otros una distancia verdaderamente inmensa. Más que amos, estaban en una relación de semidioses con sus subordinados. Estos no tenían relación con el mundo, sino por su intermedio. Ni los caciques sabían leer ni hablar otra cosa que el guaraní. Trabajaban, pero no poseían; y todo, desde la alimentación al vestido y desde la justicia al amor, les era discernido por manos de los PP. Carecían de cualesquiera derechos, puesto que la voluntad de aquellos reglaba la vida entera; mas en cambio se les imponía deberes: situación de esclavitud real que sólo se diferenciaba de las encomiendas, porque siendo más inteligentes, resultaba mucho más templada /.../ El Padre director era la encarnación viva del Dios que se les predicaba, y esto sin duda aligeró en gran parte su situación de servidumbre; pero sacerdote o laico, el amo nunca provocó la fusión de razas y continuó siendo amo a pesar de todo"

Según Lugones, los jesuitas realizaron en sus reducciones una teocracia perfecta, ideal político de la Edad Media: "una religión en un imperio dirigido por una sola cabeza" (p. 242). En síntesis, este clásico de las letras hispanoamericanas no duda del resultado adverso del experimento, porque los indios no fueron capaces de vivir en el estado de civilización, "como lo demuestra de sobra el fracaso de las

reducciones al ponerse en contacto con el mundo, pues su organización fue en el fondo un salvajismo atenuado cuyos efectos aún perduran (1903) en el Brasil y en el Paraguay" (p. 231).

—Pero, mi querido Menipo, esa es *una* apreciación. Hay otras voces. Para S. PALACIOS y E. ZOFFOLLI (1991), el concepto de "utopía" referido a los treinta pueblos misioneros no tiene sentido, sobre todo en la acepción que significa "algo que no ocurre en ningún lugar". Para estos autores "aquellos Pueblos misioneros fueron una realidad tangible, en beneficio de mejor vida y supervivencia del indio guaraní" (p. 55), pues los jesuitas "consiguieron con unos hombres primitivos crear una sociedad ejemplar en producción, bienestar social y evangelización más avanzada y original del mundo español y misionero que existió entonces" (p. 99).

—¡Guau! ¡Alguna poesía en un mundo tan prosaico!

*

— Y pregunto yo, que aunque soy de 'buen carácter' también soy buen ignorante: ¿sólo ha habido utopías católicas?

—No, querido Eutimio. También ha habido entre los protestantes, por ejemplo, entre los puritanos, que hasta tuvieron una revolución en el siglo XVI y un gran teórico: Harrington, que, como ningún otro, defendió el republicanismo como consecuencia de la evolución económica y social. Pensador político de vigor e independencia desusados, fue el único observador de la Revolución Puritana que tuvo una apreciación filosófica de las causas sociales que había tras ella.

—Aunque republicano convencido y declarado, era aristócrata por nacimientos y por el medio en que vivió, pues fue íntimo amigo de Carlos I, a quien sirvió, acompañándole hasta el momento mismo en que el monarca entregó su cabeza al verdugo

—Concedo, Menipo, pero la disyuntiva entre gobierno monárquico y republicano no parece haber desempeñado un papel importante en ninguna etapa de la Revolución Puritana. Aunque también tengo razón cuando digo que James Harrington defendió como ningún otro el republicanismo

La obra de Harrington que conservará por siglos su memoria –y que nos puede servir para nuestro propósito reformista- fue *Oceana*, publicada en Londres en 1656 y que pertenece al grupo de las utopías políticas. En ella se describe la formación de un nuevo gobierno para la república de *Oceana*. Este gobierno se pinta con muchos detalles fantásticos, pero hay muy poco en el pensamiento de Harrington que puede ser calificado de utópico *per se*.

*Oceana* era sin duda Inglaterra. Tampoco hay ninguna duda respecto de quiénes son las personas reales o los acontecimientos históricos a los que se refiere Harrington. El libro está dedicado a Oliver

Cromwell y quería ser una obra de las circunstancias; la ficción bastante complicada y fatigosa fue, tal vez, un medio de eludir la censura.

—¿Cómo es eso?

—Harrington percibió claramente que el gobierno está determinado en su estructura y funcionamiento por las fuerzas económicas y sociales subyacentes. Su época fue tiempo de intensos rencores de partido y secta. Cada partido explicaba el desorden civil por la estupidez o maldad de sus adversarios. Harrington adoptó una actitud científica…

—…"científica" como la de Marx; dilo, Eulogio.

—…científica al presentar seriamente un gobierno, aunque imaginario, pero como plan de construcción política. El pensamiento que subyace en la teoría de Harrington es el de que la forma de gobierno que es posible con caracteres de permanencia en un país depende de la propiedad, y en especial de la propiedad de la tierra. Cualquiera que sea la clase que posea un "equilibrio" o "balanza" preponderante de la tierra –por ejemplo, tres cuartas partes- tiene por pura necesidad económica que poseer el control de gobierno.

Por consiguiente, en lugar de extenderse acerca de los vicios de los monárquicos o republicanos, Harrington presentó una teoría económico-histórica de las guerras civiles. Derivó en parte la teoría de la idea aristotélica de que la causa principal de las revoluciones son las desigualdades de propiedad y, en parte también, en la creencia de Maquiavelo –de quien era un gran admirador- de que una nobleza poderosa es incompatible con el gobierno popular. Harrington observaba que el Florentino no había percibido la causa económica, pero completándola con la del Estagirita, encontraba la clave de una teoría correcta. El número de propietarios de tierra es fundamental; si una gran parte de la tierra está en manos de la nobleza, el estado llano tiene que depender económicamente de aquélla y, por ende, políticamente también.

Así, pues, para Harrington el resultado de las guerras civiles era una conclusión prevista de antemano; no se trataba de justicia o injusticia abstracta, sino de causas sociales. A juicio de Harrington, la propiedad que realmente cuenta en un arreglo político es la de la tierra.

—Sin duda, utópico, exageró el peso político de la propiedad de la tierra, subestimando la influencia de la manufactura, el comercio o las finanzas.

—Es válida la crítica, Menipo. Concedo. Basándose en su teoría de la balanza de la propiedad de la tierra, Harrington hace su propia clasificación tripartita de las formas de gobierno: monarquía absoluta, monarquía mixta o feudal y la república (*commonwealth*). Su república trataba de aproximarse todo lo posible a modelos antiguos tales como Atenas, Esparta, Roma y el Estado judío, a todos los cuales consideraba como gobiernos populares dentro del significado que atribuía a este término.

—¿Cómo conseguiría ese fin?

—Bueno, la piedra angular del sistema tiene que ser el modo de evitar cambios importantes en la distribución de la tierra y, en caso de la república, impedir que aquélla se concentre en pocas manos. De ahí la preponderancia de la "ley agraria". Explico.

Cuando una república tiene por cimientos una ley agraria, el arte político ofrece tres medios para hacer que el gobierno responda a la voluntad popular. El primero es la rotación en los cargos, que Harrington compara con la circulación de la sangre. Los magistrados deben ser elegidos por términos breves, por lo general de un año, prohibiéndose la reelección inmediata. En segundo lugar, para conseguir que los electores decidan libremente, la elección debe ser secreta; para ello siguió procedimientos que habían sido utilizados en Venecia. Tercero, al crear un gobierno libre, consideraba esencial una separación de poderes, que no corresponde con la que posteriormente postulará Montesquieu.

No contento con los principios señalados para su "república igual" (*equal comonwealth*), procedió Harrington a elaborar una constitución para la Gran Bretaña dando a sus principios una aplicación detallada. Esta elaboración ha sido la causa principal por la que se considere a Harrington un utópico.

—Tuvo, sin duda, un placer infantil en delinear los detalles del cuadro. Piensen que llegó incluso a señalar las fechas y horas en que deberían reunirse las asambleas y las vestiduras que tenían que usar los funcionarios.

—Es cierto, pero a pesar de la forma fantástica de la república harringtoniana, Menipo, su autor combinó en ella un número sorprendente de los artificios que más tarde han llegado a ser considerados como típicos del gobierno liberal. La constitución escrita, la elección de los magistrados, el sufragio secreto, los mandatos de corta duración con rotación en los cargos, la separación de poderes, las garantías de la libertad religiosa y la educación popular a expensas del erario público son unos cuantos ejemplos de ello.

—Sin embargo, Harrington no era un demócrata, Eulogio, ni por lo que se refiere a los fines ni a la teoría, pues a su juicio la dirección de la república debía estar en manos de los hidalgos terratenientes y consideraba como axiomática la superioridad de esta clase... El ideal político de Harrington era la antigua república bajo los auspicios de la aristocracia, aunque a este respecto coincide con todos los republicanos de su época.

—Nadie es perfecto, Menipo criticón. Y tráenos otra ronda que Eugenio quiere hablar de los anabaptistas… que de ellos sabe mucho.

*

—Pero antes de eso, debo dar un rodeo. Es cierto que desde sus orígenes se relaciona el Cristianismo con las ideas del socialismo…

—…palabra fea… tramposa…

—…porque mantiene la igualdad de todos los hombres y concede un alto valor espiritual a los votos de pobreza. En la Edad Media, el Cristianismo advierte en la propiedad privada como una consecuencia de la caída del hombre, y considera un ideal la comunidad de bienes. Algunas órdenes ascéticas intentan llevar a la práctica este ideal, pero sin resultado práctico. Diferentes sectas heréticas incluyen, entre sus creencias, esta propiedad en común. Los Waldenses en el siglo XII, y los Apostólicos en el XIII, proporcionan ejemplos de esta naturaleza. En estos casos se sostiene la tesis de que se trata de aplicar los principios de la Iglesia primitiva.

Las doctrinas de Wyclif y Huss fueron asimiladas con facilidad por las clases sociales que se habían unido al comunismo, descontentas con las condiciones económicas de la sociedad; las rebeliones de los campesinos en Inglaterra y en Bohemia, en el siglo XIV, ofrecen un aspecto claramente democrático y socialista. Desde el siglo XII en adelante, las sectas comunistas se componen, principalmente, de tejedores. El carácter de este oficio ejerció, sin duda alguna, poderosa influencia en la creación de uniones de trabajadores que tuvieron su propiedad en común.

El movimiento comunista se extiende de Bohemia a Germania, donde se explotaba a los campesinos con tributos y exacciones feudales...

—… y eclesiásticas…

—…y a los obreros de las ciudades por las poderosas organizaciones de las guildas y de las corporaciones capitalistas (Hacia 1437 aparece el notable libro *La reforma del emperador Segismundo*, con un esbozo de transformación social: pide la abolición de la servidumbre y la destrucción de los capitalistas; queda a cargo de los trabajadores determinar las condiciones del trabajo, salarios y precios). El descontento económico, que se había manifestado antes de manera esporádica, culmina más tarde con las doctrinas de Lutero, dando origen a la guerra de los campesinos. Faltos de armas y sin ninguna organización, los campesinos sufren la derrota frente a los soldados expertos y bien equipados de los príncipes. Las ideas comunistas, con una fuerte base religiosa, perduran en los dogmas de la secta conocida por los Anabaptistas. En los Países Bajos abundaron los adheridos a esta secta. Se consideran heréticas sus doctrinas y se les acusa de prácticas licenciosas. Como consecuencia de esto se les persigue con toda dureza.

Hacia 1526 emigran los Anabaptistas en grandes masas a Moravia, donde sostienen una organización comunista durante una centuria. Desprecian la ciencia y conservan en estimación el trabajo manual. Disfrutan en común la propiedad, y proscriben la vida de familia. Organizan la sociedad en grandes agrupaciones domésticas, integradas por varios cientos de personas. Los jefes de estas comunidades conciertan los matrimonios entre sus miembros y se priva a los niños,

desde muy pequeños, de la potestad de sus padres para ponerlos bajo un régimen severo de educación colectiva. El gobierno de la comunidad es eminentemente democrático; actúa una junta de ancianos, en nombre de la misma. Desde el punto de vista económico esta experiencia fue un verdadero éxito y se advirtió en la comunidad cierta prosperidad, hasta que fue destruida por el imperio de las armas. Muestra esta organización bastante parecido con la *República* de Platón y la *Utopía* de Moro.

—¿Pero cuál era su sistema político?, que es lo que nos importa.

—Bueno, Eutimio, los Anabaptistas consideran al Estado como un mal necesario: la obediencia es firme, en tanto no surja un conflicto entre las leyes y los dictados de la conciencia. Rehúsan prestar un juramento en los tribunales o desempeñar un cargo público, por creer que la participación en la vida pública se opone a la igualdad cristiana y a la fraternidad de los hombres. Se oponen a la guerra y se niegan, con frecuencia, a empuñar las armas. En distintos puntos de Europa sobrevivieron a la persecución grupos de Anabaptistas que abandonaron, gradualmente, algunos de los principios más peligrosos de su ideario. No pocos emigran de Holanda a la parte oriental de Inglaterra. En el siglo XVII, los Quákeros y los Independientes resucitan sus doctrinas.

Una facción de los Anabaptistas, llamada Menonitas, vive, entre otros lugares en Manitoba, tierra baja de Bolivia. Con sus carros tirados por caballos, granjas de césped bien cuidado y campos sembrados hasta el horizonte de soya y sorgo, el asentamiento parece una versión tropical de Ohio o la Pensilvania tropical.

—Esa plácida impresión, queridos utópicos, dura hasta que los agricultores locales empiezan a hablar de los temores por los planes de reforma agraria del presidente Evo Morales. Y es que a la izquierda le gusta la utopía, pero… la *suya*.

—No hagas caso de la crítica, Eugenio. Has hablado muy bien. Y esto merece un nuevo brindis.

—Salud, Eulogio.

—Salud, Eugenio.

—Salud, Eutimio.

—

*

—¿Por qué se dice que Saint-Simon era un utópico? ¿Me lo puedes explicar tú, Eulogio?

—Con gusto, Eutimio.

—No sin decir yo antes algo, utópicos empedernidos.

—Sin abusar, Menipo, que tú estás a nuestro servicio.

—Haz que no he oído, Eulogio. Claudio Enrique, Conde de Saint-Simon (1760-1825), pertenecía a la más elevada aristocracia de Francia. Él mismo comenzó su autobiografía con esta oración: “Soy descendiente

de Carlomagno”. Verdadera o falsa, tal idea determina en él un rasgo de naturaleza psicopática, tienen que concedérmelo. En su obra se puede constatar, al mismo tiempo, el poeta, el místico, el reformador religioso. Con razón fue llamado el Fausto francés.

—Ahora sigo yo, Menipo. Siendo muy joven, prestó servicios en la guerra de independencia de los Estados Unidos. Después viaja a España, donde con el conde de Cobarrús, director del Banco de San Carlos, elabora un plan para unir Madrid con el mar a través de un canal. Luego de la revolución francesa de 1789, con la que estuvo de acuerdo, viaja y realiza mil experiencias…

—…*extravagantes* en las que dilapidó su fortuna. Dilo también, Eulogio

—Concibe, entonces, el proyecto de reorganizar las ciencias y reconstruir el orden social. Según el proyecto, la sociedad debe estar gobernada por científicos y artistas: los primeros para procurar el bienestar material; los artistas serán los encargados de promover el desarrollo mental, así como los placeres y satisfacciones de índole emocional.

Su segundo gran proyecto, por el que será recordado, es la escuela llamada *industrial* porque pretendía, por medio de la industria, mejorar el futuro de la humanidad y, sobre todo, de las clases populares.

—Pero el hombre que deseaba llevar la esperanza a los desheredados él mismo está desesperado. La noche del 9 de marzo de 1823 intentó suicidarse… aunque el tiro solamente le sacó un ojo.

—Concedo, pero al cabo de una semana, sin embargo, ya estaba fuera de peligro para seguir con sus proyectos. Y es que los verdaderos propagadores de su sistema van a ser sus discípulos, en cuyos brazos muere.

—Además de los proyectos nombrados, ¿de qué trata su doctrina?

—Bueno, el saintsimonismo busca destruir todo privilegio de nacimiento, principalmente el que se refiere a la propiedad y a la herencia. Su máxima fundamental era: ‘A cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras’.

— ¿Y por qué se lo pone entre los comunistas?

— Porque el municipio (esto es, la *commune*) sería el único propietario del suelo y le proporcionaría a cada individuo -según su capacidad- los instrumentos y los capitales que requería para trabajar. El trabajador, por su parte, se queda en propiedad con los frutos de su industria. Es de advertir que el jefe de la comuna está investido del poder suficiente para apreciar las capacidades y decidir, por tanto, las vocaciones y merecimientos de cada individuo.

—Pero diles, Eulogio, que lo más interesante estaba en el orden religioso.

—Es cierto. Saint-Simon imaginó una especie de teocracia universal. Pareciéndole que el origen de la mayor parte de los males humanos era la división entre lo espiritual y lo temporal, pensó que convenía

depositar en las mismas manos ambos elementos. Por ello propuso la elección de un Padre que fusionara las influencias y la autoridad. La emancipación de la mujer y la igualdad de los sexos son dos principios que deben unirse, al no haber separación entre lo espiritual y lo material.

—Y a partir de las locuras del maestro, los saintsimonianos concluyeron que el ascetismo cristiano, la abnegación de sí mismo y el desprecio por los placeres de la tierra eran la consecuencia de la separación del elemento ideal y el elemento positivo, entre el espíritu y el cuerpo.

—Demasiado ascetismo para mi gusto, Eulogio. Parece muy bueno para los maoístas de la Revolución Cultural.

—A partir pues del Padre, la sociedad queda dividida y va a ser orientada por tres grandes clases: los sabios, los artistas y los industriales. El poder de estos jefes se derivaría, no de sus investiduras, sino del reconocimiento de sus obras. Esto es, el nuevo lazo social de este régimen será el afecto, el amor y no el miedo. Con esta jerarquía, cada hombre tomaría su lugar según su capacidad y cada capacidad sería ordenada en relación con sus obras. La humanidad no sería desde entonces más que una misma y única familia, y la tierra, un campo cultivado en común, pero cuyos frutos serían repartidos entre los cooperadores según una ley de justicia distributiva, quedando de este modo todo a decisión de los más *capaces*.

—¿Y qué sucedió con esa doctrina? ¿Se llevó a la práctica?

—No con Saint-Simon. De 1830 a 1833 sus discípulos intentaron llevar a la práctica las doctrinas del maestro, predicando en una pequeña iglesia de París donde representaban la más ridícula mascarada. Por una interpretación cerebral de la rehabilitación del principio sensual, los saintsimonianos llegaron a la moral más extravagante. No pudieron sobrevivir a sus escándalos y tuvieron que dispersarse bajo silbidos y gritos de desprecio.

—Definitivamente, Saint-Simon no es mi tipo, que diría una devota.

*

—Pero de seguro que lo es un contemporáneo de él, Eutimio.

—¿Quién?

—Bueno, antes de decírtelo, permíteme un rodeo. Y es que hacia 1835 se veía cada día en París a un pulcro viejito, de corbata blanca y levita negra, abandonar su humilde habitación de la calle Saint-Pierre de Montmartre y dirigirse hacia un café del Palais Royal. Allí se sentaba, leía los periódicos y tomaba apaciblemente un café. Su cabeza socrática, sus ojos azules que desprendían una extraña luz inteligente, su nariz aguileña desviada hacia la izquierda y su manía de escribir en la mesa apenas llamaban la atención. Quien tenía el privilegio de observarlo

advertía que el anciano abandonaba su café y sus periódicos poco antes del mediodía y se dirigía con cierta prisa a la calle de Montmartre.

— ¿Y por qué el ritual? ¿Y la prisa?

—Porque desde 1826 había citado a esa hora en su casa a alguno de los cuatro mil mecenas posibles que, según él, podían financiar la primera asociación de su invención: *el falansterio para la felicidad*. El falansterio era la primera asociación que como un reguero de pólvora hubiese impulsado a todos los demás humanos a seguirla. Pues, ¿quién no desea vivir en la voluptuosidad y la riqueza? Con ese propósito había escrito al emperador Napoleón, a los ministros de la Restauración y a los de Luis Felipe. Ninguno de ellos acudió a la extraña llamada. Tampoco acudieron Chateaubriand, Bolívar, Lady Byron, George Sand, el presidente Boyer de Santo Domingo ni el príncipe boyardo Scherematov...

— ¿Bolívar dijiste? ¿El Libertador?

—Así es.

—Ciertamente, Eutimio, BOLÍVAR (1985) puede incluirse en las listas de los utópicos, aunque no de los socialistas. Y no porque aquellos lo esperaban para echar a andar el falansterio ni por sus éxitos militares. Pero si ojeamos el *Discurso de Angostura*, pieza oratoria pronunciada por el libertador caraqueño en febrero de 1819, podemos leer, no me cabe duda, ilusos utópicos, de que Bolívar es uno de los de ustedes. Eso de “que la historia nos sirva de guía en esta carrera” de construir Estados nuevos no tiene desperdicio.

—Habrá que analizar más despacio lo que dices, Menipo. Ahora mismo no te puedo responder como merece el tema. Pero sigamos con lo que venía diciendo antes de que me interrumpieras.

—Antes de continuar, explícame mejor qué es eso de *socialismo*, porque se usa tanto el término que no sé qué se entiende con él. ¿En qué sentido lo usas tú?

—Yo te lo explico, Eutimio, porque el término es como la marihuana: un alucinógeno, una medicina de enfermedades incurables o ‘una sustancia prohibida’, como quiere la policía. (Nunca mejor usado el término ‘sustancia’).Tengo para mí, Eutimio, que el término puede entenderse de tres maneras (seguramente hay unas cuantas más). Socialista es (1) aquel que defiende un sistema de organización social que pospone los derechos individuales a los de la colectividad, de la cual supone derivados aquéllos;(2) el que atribuye al Estado la potestad de ordenar las condiciones de la vida civil, económica y política, y (3) el que postula la propiedad colectiva de los medios de producción junto con la organización colectiva del trabajo (para hacer menos o nada). No hay que ser de izquierda para ser socialista, pero si lo eres serás más aceptado porque serás tomado como un luchador de la justicia social. Y eso significa mucho en el imaginario de los “humildes”. En fin, ‘socialismo’ es el nombre contemporáneo del Caballo de Troya.

—Bueno, volviendo al cuento. El anciano era Fourier, el descubridor de la Armonía y el profeta de radicales transformaciones sociales que, en 1808, a sus 35 años había escrito: “Yo solo he conseguido confundir veinte siglos de imbecilidad política y las generaciones actuales y futuras sólo a mí deberán la iniciativa de una inmensa felicidad. Antes de mí, la humanidad ha desperdiciado varios miles de años luchando locamente contra la Naturaleza. Yo, el primero, me he doblegado a ella al estudiar la atracción, órgano de sus decretos; y ella se ha dignado sonreír al único mortal que le rindió culto y me ha entregado todos sus tesoros. Poseedor del libro de los Destinos, vengo a disipar las tinieblas políticas y morales, y sobre la ruina de las ciencias inciertas elevo la teoría de la Armonía universal”.

—Tienes razón, Eugenio. Fourier me está resultando simpático.

—Carlos Fourier, fundador de la escuela societaria y falansteriana de economistas reformadores, nació en Besançon en 1768 y murió en París en 1837. La máxima de este reformador era ‘A cada uno según su capital, su trabajo y su talento’

—Vas a tener que aclarar, porque así ya no me gusta tanto.

—Sí te va a gustar, Eutimio. Fourier buscaba una refundición completa de la sociedad basada en la asociación, pues actualmente descansa sobre el fraccionamiento y la rivalidad de las fuerzas individuales. Las asociaciones se efectuarían en el Falansterio, especie de monasterio de hombres y mujeres, compuesto por unas dos mil personas, y al que se entra voluntariamente.

La Falange, de donde el Falansterio toma su nombre, se divide en series, las series en grupos, los grupos en subgrupos, siguiendo la división del trabajo al que las personas se dedican por afición. Según Fourier, hay que aprovechar y utilizar la vocación especial de cada individuo; para ello hay que dejarle en entera libertad en la elección de cualquier clase de trabajo. Es obvio que el sexo no sería nunca más una causa de incapacidad en el estado societario. Un maestro señala y dirige todas las funciones del Falansterio, desde los niños de pecho que serán mecidos por máquinas, hasta la cocina en donde los niños hacen girar siete asadores.

— ¿Por qué siete?

—¿La verdad? no lo sé. Tal vez porque es número mágico, según algunos.

Para Fourier el gran mal de la sociedad moderna resulta del hecho de que las pasiones que mueven a los hombres son contrariadas y oprimidas sin cesar. Los crímenes, los vicios y las degradaciones de los individuos no son sino el producto de la resistencia que encuentran. En consecuencia, el amor libre será la ley del Falansterio; en otros términos, comunidad de hombres y de mujeres. Esto, a su vez, produce un control sobre el crecimiento de la población, pues si, en vez de unirnos en parejas y favorecer la fecundidad por medio de la exclusión, nos

prostituimos todos, se está logrando el equilibrio demográfico. Amor libre es amor estéril.

—¡Definitivamente, Fourier es muy simpático!

—Los frutos del trabajo deben ser repartidos entre los tres grandes agentes directos de la producción: el capital, el talento y el trabajo. En esta división, el trabajo tiene preferencia sobre el talento, y el trabajo mejor retribuido es el que tiene formas más rudas y más repugnantes.

—Por esa razón yo soy crítico y no ustedes. Pero, volviendo a lo serio, ¿cómo se mantendrá la paz y el orden en una organización falansteriana? ¿Por qué medios se evitarán las frecuentes querellas que deben nacer del amor libre, Eugenio? ¿Cómo hacer que la gente se ocupe voluntariamente de los trabajos viles y repugnantes? ¿Por qué secreto será cada uno justo con los demás en el reparto final de las ganancias, o estará satisfecho con la parte que le corresponda?

—Toda esta magia, Menipo, será producida por las nuevas pasiones: *Papillone*, *Cabaliste* y *Composite*. *Papillone* tiende a satisfacción de todas las pasiones y, por consecuencia, a la variedad de goces. *Cabaliste* crea la emulación entre los distintos grupos para que rivalicen entre sí, excita e impele al trabajo. *Composite* es la más romántica de las pasiones, la más irreflexiva, y es la que resulta de muchos placeres del alma o de los sentidos, experimentados simultáneamente. Por esta pasión sentimos el entusiasmo hacia lo bello. Con estas tres pasiones “mecanizantes”, vendrá una nueva era para la humanidad. Cada individuo amará ardientemente a los demás, la ambición desaparecerá, lo celos mezquinos serán ahogados en el inmenso bienestar que resultará del régimen armónico; en fin, la benevolencia será universal.

—¡Bravo, Eugenio.

—Todavía no he dicho todo, Menipo. Déjame terminar. Después hablas tú. Concibe Fourier aldeas, capitales y una metrópoli universal con sus respectivos jefes, como el Unarca, que gobierna el Falansterio, o el Omniarca, emperador del planeta: un mundo completo poblado por una sociedad completa.

—¡Y yo, ignorante de mí, por mal de mis pecados sin saber del Falansterio!

—En Brasil hubo dos grandes experimentos socialistas europeos. Alrededor de 1840, el médico francés Jean-Benoit Mure enrola a no menos de 500 personas, en buena parte obreros de su nativa Lyon, con el propósito de fundar un Falansterio en Palmetar, Estado de Santa Catherina. Pero las disensiones internas hacen que el grupo se divida en dos. Una parte seguirá a Mure y fundará un Falansterio en la Península de Saí; el otro grupo irá con Michel Derrion. En 1846 las fracciones se reconcilian y queda una sola colonia que ocupa una superficie de dos leguas cuadradas.

De parecidas condiciones, fue el experimento de la colonia socialista Cecilia, fundada por Giovanni Rossi en Brasil el 20 de febrero de 1890, cuando el primer grupo de habitantes se embarca en Génova

para instalarse en el Municipio de Palmeira, en el Estado de Paraná, en un territorio desierto, en tierras vírgenes de una región aislada.

—Pero echa el cuento completo, Eugenio. Rossi consideró que gran parte del fracaso de Cecilia se debía a la “contaminación” que traían los europeos, quienes, por esa razón, no podían vivir en una comunidad libertaria como la que él planteaba. Por eso en una carta a A. G. Sanftleben del 23 de noviembre de 1896 argumenta sobre la conveniencia de elegir para la futura colonia a indias salvajes, que no están contaminadas como las europeas por la civilización, y aceptarán sin prejuicios el amor libre que preconiza en los territorios de la frontera del Estado de Matto Grosso. Eso es historia, desubicados utópicos.

*

—Otro contemporáneo, que vale la pena recordar, fue Roberto OWEN (1771-1858), uno de los más grandes capitalistas de la Inglaterra de entonces. Propuso un nuevo plan de asociación que llama sociedad cooperativa. Su sistema es denominado *racional*, pues en él la nueva sociedad tiene todo previsto, desde los dogmas filosóficos hasta la forma de las construcciones agrícolas.

Concibió sus aspectos principales administrando un vasto establecimiento industrial en New-Lanark, donde obtuvo brillantes resultados tanto en interés de su fortuna como en el de las poblaciones que dirigía

—Su error consistió en atribuir a sus ideas filosóficas lo que era debido principalmente al hombre, a su paciencia, a su empleo y a su hábil dirección.

—Como punto fundamental de su doctrina, Owen estableció el principio de la irresponsabilidad humana y de la igualdad más absoluta. Para Owen tal principio se deriva de la consideración de que el hombre no es libre, de la consideración de que es bueno o malo, fatalmente, por la educación que haya recibido, por el medio en que vive y por las necesidades que padece.

El sistema racional destruía toda y cualquiera desigualdad de condición. Los talentos y las capacidades no se valorarían como en la sociedad saintsimoniana. No habría ninguna propiedad particular, sino entera semejanza en el vestir, en el modo de vida, de alimentación y de morada para todos los miembros de la sociedad cooperativa.

—Los jerarcas de la Revolución Cultural lo copiaron al pie de la letra y así le fue al pobre pueblo chino...

—Este sistema, apoyado en una buena educación de la juventud, debía tener más vigor para la regeneración de los hombres —según el reformador— que las prisiones y las torturas del régimen habitual. La imposibilidad de adquirir bienes y elevarse por encima del nivel general debía estancar la fuente del egoísmo y el espíritu de la rivalidad y, en

consecuencia, todos los crímenes que resultan de ellos. Pues, ¿qué interés tendrían los hombres en ser malos cuando todos participan por igual y el reparto estaba señalado de antemano?

—Eso es verdad, pero también ¿qué interés tendrían en ser buenos? ¿Dónde se encontrarían los móviles para las grandes acciones? ¿Quién sería el sabio que se extenuara sobre los libros para estudiar la naturaleza y arrancarle sus secretos? ¿Quién promovería los grandes descubrimientos, puesto que el ignorante tendría los mismos honores y ventajas? Y sin elevar tanto la mirada, ¿quién lograría que el perezoso abandonase su ociosidad, en un sistema donde todos tienen asegurada su vida con anterioridad?

—Cállate, Menipo. El socialista inglés era, al mismo tiempo, hombre teórico y práctico. En el primer aspecto fue una de las más grandes inteligencias del siglo, según dijeron sus contemporáneos. En el segundo...

—... debe ser colocado en la categoría de los pensadores mediocres.

—Con la experiencia de New-Lanark, tuvo la feliz idea de fundar, gracias a ilimitadas disposiciones favorables, la colonia más feliz y ejemplar que haya existido sobre la tierra: New Harmony, en Indiana, Estados Unidos. Sus dos mil obreros gozaban de los efectos benéficos de un régimen patriarcal, lleno de bondad y de sistemática tolerancia.

—Lo cual no fue óbice para el más estrepitoso de los fracasos.

— ¿No te vas a callar nunca, Menipo?

*

—Por eso, la realización utópica tiene que ser experimental, científicamente experimental. Quien, en América, vio esto con toda claridad fue Plotino C. RHODAKANATY (1986). “El sistema societario descubierto por Fourier —dice el discípulo y propagador en México— y propuesto por la *escuela societaria*, sea bueno o malo, justo o falso, esto no impide que nos ocupemos relativamente a la propagación que hacemos en la sociedad actual, la posición más legítima posible, puesto que no aspiramos a imponerla, ni tampoco a una aplicación general, sino a un ensayo local, a una experiencia práctica, para que la sociedad pueda juzgar, dejando la generalización de nuestro sistema a la espontánea y voluntaria acción de la humanidad, que si lo encuentra superior al sistema actual no dejará de apropiárselo, tan luego como vea sus beneficios y consoladores resultados.

“Fourier y su escuela —continúa P. Rhodakanaty— proceden a la manera de los sabios e ingenieros, que hacen un descubrimiento y piden que se pruebe su bondad ensayándolo, y no a la manera de los reformadores políticos, que han obrado o pretendido obrar sobre la sociedad, formulando leyes, creencias y obligaciones, derechos y

deberes nuevos e imponiendo reformas por una legislación apasionada y espuria las más veces”.

A modo de ensayo se fundaron en América, a partir de 1830, una serie de colonias experimentales en las que se proponía el ideal socialista. La propiedad en común de los bienes de producción, el reparto comunista al consumo, o el amor libre, para dar algunos ejemplos, parecían más factibles en las soledades americanas que en el anquilosado mundo de control social europeo. Sólo en Estados Unidos, entre 1841 y 1848, hubo nada menos que treinta y siete comunidades de inspiración fourierista, además de la comunista, emprendida por E. CABET (1788-1856) y continuada por sus discípulos.

—Eso que dices, Eulogio, hay que tenerlo siempre en cuenta, al menos para no irse de bruces como los leninistas. En Iberoamérica, como recuerdas, hubo muchos experimentos de comunidades socialistas, pero no estoy seguro de que hayamos aprendido algo de ellas.

—Tienes razón, Eugenio, pero claro que hemos aprendido. Todos los experimentos tuvieron dos características comunes que deben enseñarnos mucho. En primer lugar, los componentes eran extranjeros, esto es, europeos en América, aunque no españoles y…

—…extranjeros como los médicos cubanos en Venezuela, porque los nacionales no querían saber de Revolución bonita…

—Y, en segundo lugar, eran gente muy particular, creo yo. En la “petición a la República de México”, en 1828, “con el carácter de ciudadano del mundo”, Robert Owen “pide que se ceda libremente la provincia de Texas y de Cohauila a una sociedad que se formará con el fin de realizar este cambio radical en la raza humana”. La segunda consideración que hacía dice, entre otras cosas: "Que esa provincia, colocada bajo el régimen de esta sociedad, se poblaría pronto con gente de costumbres, educación e inteligencia superiores... Que el progreso que se iniciará en este nuevo Estado con la introducción en él de gran número de individuos, escogidos por su superioridad en industria, habilidad e inteligencia, contribuiría a que se hicieran también rápidos progresos en las ciencias y en el verdadero saber en todos los Estados de la República de México y en las Repúblicas vecinas suyas”

—Simón RODRÍGUEZ (1975:352, t. 1) apuntó con sorna en Lima allá por 1842: “Y usted, señor don Juan, ¿qué dirá usted de estos agricultores? Según noticias, entre ellos hay dinamarqueses, suecos y hasta lapones, que vienen a enseñar a cultivar camotes, caña dulce, algodón, ¡y sobre todo el cacao!, que se da tan frondoso en las riberas del Báltico”

—Bueno, entre 1881 y 1886, A. K. Owen (no Robert) firma con el gobierno mexicano unos contratos para fundar la colonia de Topolobampo, a la que llegan los primeros 300 colonos embarcados en Nueva York en el último año. Esta población original fue recibiendo nuevos aportes humanos hasta 1895, pero, además de que tuvo grandes

deficiencias de capital, padeció grandes epidemias que diezmaron a sus habitantes.

—Sin embargo, el menor de sus yerros no fue, sin duda, el que Topolobampo tuviera escasos adherentes mexicanos. Topolobampo fue siempre un enclave extranjero. Lo dijo muy claramente Víctor Considerant, en 1865, utópicos incorregibles, en carta al Mariscal Bazaine: “Se discute este tema, se incita a la emigración, se pretende atraerla por todos los medios: el gobierno nombra comisiones para promoverla y apresurarla. Por lo tanto, se siente muy claramente en la prensa progresista y en el gobierno, que ni civil, ni política, ni económicamente, desde ningún punto de vista, excepto el del número, existe un Pueblo en México. Tiene urgencia de formar uno; y lo piden… al extranjero. Que se desee en México una numerosa población de trabajadores europeos, que se quiera atraer una corriente de inmigración tan grande, tan profunda y tan poderosa como sea posible, está muy bien y soy el primero en aplaudirlo. Pero ¡caramba! si se quiere hacer un pueblo mexicano, ¿por qué no se piensa primero o por lo menos al mismo tiempo, en los propios mexicanos?”

—Es cierto. Esa lección debe ser aprendida.

—Una pregunta: ¿hubo experiencias comunistas en Iberoamérica en el siglo XIX?

—Seguro, en 1852 S. Arcos Arlegui proponía en Chile: “Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres. Es necesario quitar sus ganados a los ricos para distribuirlos entre los pobres. Es necesario quitar sus aperos de labranza a los ricos para distribuirlos entre los pobres”. Definitivamente, estas ideas venían de Europa, pues se puede hablar de un verdadero comunismo en muchos socialistas utópicos. Ya vimos la proposición de Fourier de una ‘prostitución generalizada’. G. Rossi intentó llevar a la práctica el ‘amor libre’ en la colonia Cecilia, en Brasil. Pero, ¿qué decir del comunismo económico? Probablemente el texto más claro en este sentido sea un pasaje del *Viaje por Icaria* que te leo:

“Todos los bienes muebles de los asociados, en unión con todos los productos de la tierra y de la industria, componen un solo Capital social.

“Este dominio y este capital sociales pertenecen indivisiblemente al pueblo, que los cultiva y los explota en común, que los administra por sí mismo o por sus mandatarios, y que participa igualmente de todos los productos /…/ Así que la República o la Comunidad se considera como única propietaria: ella es la que organiza sus obreros y quien hace construir sus talleres y almacenes; ella es también quien hace cultivar la tierra, construir casas y fabricar todos los objetos necesarios para el alimento, el vestido, la habitación y el mueblaje; ella es, en fin, quien alimenta, viste, aloja y provee de muebles a cada familia y a cada ciudadano”.

—Pero no aprendieron nada, incorregibles. En el siglo XX volvieron a hacerlo con resultados más desastrosos todavía.

*

— ¿Puedes hablar un poco más de Cabet que casi no se oye de él? Porque, según recuerdo, fue Cabet quien popularizó la palabra y el concepto de comunismo con su famoso folleto *Cómo soy comunista y mi credo comunista* en 1841

—Con gusto amplío lo dicho. Cabet, que vivió entre 1788 y 1856, es el caudillo del último movimiento utópico. Influido por Owen, publica su famosa novela *Voyage en Icarie*, en donde traza las líneas de un sistema de colonias agrícolas y talleres nacionales. Se declara partidario de los impuestos progresivos sobre la renta, de la abolición de la herencia y de la libertad en la educación. Sus ideas produjeron un gran entusiasmo en Francia y sirvieron de fundamento a la creación de una colonia comunista bajo su dirección personal. Como Fourier, se dirige principalmente Cabet a los sentimientos altruistas de los hombres y sostiene una concepción optimista respecto a la posibilidad de reformar la naturaleza humana a través de la educación.

—Que reforma tan lentamente que nos moriríamos de hambre si esperáramos comer de la harina de ese molino. Freud *dixit*.

—En los proyectos utópicos acabados, en los que se pasa por todas las fases del principio al fin, del nacimiento a la muerte, hay dos momentos de máxima libertad de imaginación, tal vez los de máxima belleza. Una utopía primeramente se sueña, alguna vez se escribe, pocas veces se diseña y casi nunca se construye. Por eso los escasos procesos que han agotado todas las fases, como el icariano, tienen algo de ejemplar, una singular grandeza, y también…

—… una gran decepción por haberse agotado la magia.

—*Viaje por Icaria*, de Esteban Cabet, es sólo uno de los momentos de la aventura utópica, aventura completa, acabada en todas sus fases. En primer lugar, realiza el sueño imaginario de su autor que había nacido en la escasez y la sufrió lo suficiente para poder comprender la miseria de otros que comenzaba casi al final de sí mismo. Por eso el *Viaje por Icaria* está atravesada por el deseo de igualdad.

—Hobbes dijo que los hombres eran iguales… para hacerse daño los unos a los otros, además de que siempre lo desean.

—Icaria es un sueño comunista, que el autor identifica con el verdadero cristianismo, el de los primeros tiempos. Por eso quiere persuadir a otros de que tal circunstancia es posible. Lo único que se requiere es ser bueno. Y “ser bueno” quiere decir que hay que convertirse a la verdadera religión, el cabetismo, basada en la comunidad de bienes y la fraternidad universal. Por ello pregunta y contesta:

“¿Cuál es vuestra ciencia? – La Fraternidad.

“¿Cuál es vuestro principio? – La Fraternidad.

“¿Cuál es vuestra doctrina? - La Fraternidad.

“¿Cuál es vuestro sistema? - La Fraternidad.

—Al final, todo se reduce a la fraternidad. ¿La de Caín y Abel? Ja, ja, ja.

—En otros términos, la utopía se alcanza con la renovación espiritual del hombre, o como decían ellos: “Queremos una sociedad fundada en la Fraternidad, y, por consiguiente, queremos la Caridad Organizada, esto es, el Comunismo”.

—Claro que para que tal sociedad fuera vista como posible, había que añadir al proyecto ciertas dosis de racionalidad tecnológica al uso. Podía seguirse soñando en el Edén de la humanidad, pintarlo de Fraternidad universal, fingir bellos climas, tierras feraces y generosos vecinos en las llanuras tejanas, podría fantasearse el viaje con el relato de Lord Carisdall, imaginar ríos navegables, ignorar la malaria, la rudeza del trabajo, la distancia de los lugares... Pero en medio del sueño, Cabet y los suyos tuvieron que recurrir a los números, a los precios, a las finanzas, al mercado. Y es aquí donde la paradoja termina ahogando la utopía.

Mientras se trataba de recoger entre los amigos los fondos para preparar una expedición de vanguardia, todo fue relativamente bien: la caridad hermosamente predicada, aunque no organizada, superó todos los obstáculos. Hubo algunas decepciones pero los trámites seguían adelante. Ahora bien, había que comprar las tierras, pues la imaginación de los cabetistas no consiguió imaginarse unas tierras de nadie. Y aquí comienzan los males icarianos: como una burla del mercado y de la especulación vergonzante a los que tuvieron que enfrentarse. Cabet se convirtió en el primer parcelista notable engañado. Se le ocurrió comprar un millón de acres a una compañía que buscaba colonos. Lo creyó, por el precio y por la calidad de las tierras, casi un regalo. Pero cuando, tras mil peripecias que pusieron a prueba su férrea voluntad utópica, los hombres de la “Vanguardia” llegaron a las llanuras tejanas, comenzaron los problemas de la interpretación del contrato. Cabet, utópico o ingenuo, pagó por un millón, pero firmó por... ¡cien mil acres! Y otra cosa: los cien mil acres no constituían una extensión continua. Y es que el estado de Texas había parcelado en forma de tablero de ajedrez. Las parcelas, pues, se tocaban sólo por los vértices. Y más: para facilitarse las ventas, la compañía dividió cada uno de los cuadrados en dos rectángulos iguales, muchos de los cuales estaban vendidos... Resultado: el proyecto de crear una comunidad se veía así burlado por la racionalidad del orden social que pretendían burlar. Ni siquiera conseguían un buen lugar y con suficiente extensión para fundar una ciudad.

—Cabet hizo lo que pudo, Menipo. Si lo hubiera montado de otra manera, tal vez hubiera pasado a la historia como un exitoso ranchero o barón del petróleo, pero no como un inspirador de un movimiento utópico. Claro que los resultados finales no son para ser muy optimistas.

Hubo de todo: discusiones internas, lucha por el reparto de los bienes y las tierras, querellas judiciales, acusaciones de malversación de fondos... Ni el mismo Cabet se salvó. A duras penas consiguió mostrar su indudable inocencia. Muchos de los compañeros optaron por buscar un patrón en la ciudad más próxima y, perdida la ilusión, salvar al menos la salud y la vida.

—Tal vez hubiese sido preferible que no hubieran intentado realizar la utopía, que hubieran seguido criticando el mal social desde su ideal utópico. Así habrían tenido razón, pues siempre tiene razón quien apuesta por la belleza y la justicia.

—Véanlo como quieran. El asunto es que la fe sufrió un duro golpe y más de uno volvió de nuevo a sospechar que el error, todo error, estaba en haber ingenuamente pensado que el mal es cien por ciento social, sin concederle su parte a la naturaleza humana; en otras palabras, en haber soñado que a la naturaleza humana le son propias la armonía y la piedad. Claro que esto es como decir que el error del proyecto utópico consistió en que era utópico...

— Muchos sin embargo, Menipo, siguieron durante varias décadas, de tierra en tierra, intentándolo de nuevo, buscando un asentamiento más hermoso, un lugar más adecuado para la utopía, porque *Viaje por Icaria* es la más elocuente expresión de optimismo, y ellos estaban llenos de optimismo...

—Aunque leída hoy la obra, queda muy lejos de contagiarnos... Además, si al realizar el diseño la naturaleza jugó su habitual mala pasada, recordando la miseria por debajo de la miseria, al escribir su relato se desafió al tiempo, a la historia, y ésta también se cobró su revancha. Pues si el *Viaje por Icaria* perseguía hacer posible el optimismo poniendo todos los males como sociales y contingentes, hoy, más de un siglo y medio después, nos damos cuenta de que los males de los cabetistas son, en sustancia , nuestros males. Pues resulta que la mayor parte de los rasgos de la República Comunista de Icaria —fundada realmente en 1848 en Texas y llevada posteriormente a Nauwoo (Illinois) en los EE.UU.— que se proponen como ideales, han sido ya realizados en nuestra civilización. Y ésta los ha realizado con generosidad y exceso respecto del sueño cabetiano. Que un trabajador o un actor de cine pueda ser presidente; que haya un sistema de alcantarillado en las ciudades y cuartos de baño en las casas; que en las ciudades se comuniquen por “caminos de hierro”; que llegue a haber excedentes de bienes; que la jubilación sea a los 65 años... Todo eso, y muchísimo más, está realizado, utópicos sinremedio

El tiempo, la historia, ha jugado una mala pasada a la “ciudad ideal” icariana. Admítanlo, utópicos. Por eso, leer hoy *Viaje por Icaria*, asistir a la reivindicación de esa utopía, produce una amarga sensación de pesimismo. ¿Qué les pasa a ustedes, de qué están hechos?

—Es cierto, Menipo, pero siempre es posible decir que, si bien se ha realizado en sus rasgos materiales, no así en los otros, en lo referente a

la igualdad, la fraternidad, la piedad, la libertad... Esa utopía está aún por realizarse.

—Casi todas las sociedades utópicas son hijas de un padre de la utopía. Esto es muy patente en *Viaje por Icaria*. Ícaro es el padre. Y ustedes, además de sus hijos, como decía Borges de los peronistas, "son incorregibles". Porque no sólo fracasó Cabet, sino que muerto en 1856 en Saint Louis, Misouri, los icarianos alentaron las comunidades de Nueva Icaria, en Cheltenham (Iowa), y por último, en Corning, hasta 1895. Todo un desperdicio, utópico Eutimio. Todo un desperdicio.

*

—Amigos, debo confesar que el relato sobre el final del proyecto cabetiano me dejó muy triste.

—Mucho más triste te va a dejar el final del nuevo Caballo de Troya que se construyó como "socialismo científico". ¿No es así, Eulogio?

—¿A qué se refiere Menipo?

— A que en los abundantes escritos de Carlos MARX (1818-1883) se condensa la exposición clásica y típica del llamado "socialismo científico".

—Si ese socialismo es "científico", yo soy sobrino del Buda Gautama. Es así que yo no soy ni pariente de Sidarta Gautama, luego ese socialismo no es científico. Modelo de silogismo hipotético en *modus tollens*. Sé que el razonamiento es falaz, pero a veces un *argumentum ad hominem* es lo más conveniente. Los economistas han vapuleado tanto las tesis económicas del marxismo que no ha quedado de ellas ni un grano sin triturar.

— En su obra se nota la influencia de las corrientes intelectuales que imperan en su tiempo en Alemania y de las doctrinas de los radicales franceses, de Proudhon sobre todo…

—…contra quien no le impidió escribir su *Miseria de la filosofía*…

—Por otro lado, Marx sigue, de manera especial, la inspiración de los economistas y socialistas ingleses; se destacan, en este sentido, los nombres de A. Smith, D. Ricardo y W. Thomson.

—Y esa es la razón por la que algunos lo tienen por "economista", como Thomas PIKETTY (2013). Pero digo yo: si un economista no sabe cómo darle de comer a sus hijos para que tres se le mueran de hambre, ¿qué es lo que sabe de la 'administración de la casa'?

—Pero, Menipo, ¡ése sí es un *argumentum ad hominem*!

—Sí y no. Sí, estrictamente hablando; no, porque es una derivación pragmática. Pero sigamos.

—Es cierto, Marx menospreciaba el socialismo utópico, pues piensa que lleva a cabo en su obra una rehabilitación de la economía clásica. El

socialismo, en Marx, adquiere una categoría internacional o cosmopolita, frente al industrialismo nacional o al asociacionismo de sus antecesores.

Por otro lado, el socialismo marxiano adquiere un aspecto muy materialista, diferenciándose en este sentido muy marcadamente de los primeros socialistas que creen en la bondad innata del hombre. Con mucha energía se manifiesta en contra de las instituciones y de los Estados actuales, rechazando la creencia del predominio del bien y de la justicia en la humanidad. En su opinión, la evolución social corre en los lomos de las fuerzas económicas y materiales. Marx destaca la importancia de los intereses de clases y de la lucha entre las clases sociales. En este punto piensa que su doctrina está en armonía con las teorías de la evolución biológica que ha desarrollado su contemporáneo C. Darwin. En la etapa actual de la historia, apunta Marx, existe una lucha encarnizada entre el capital y el trabajo, con la consiguiente explotación de éste por aquél, pues el trabajo crea una plusvalía de la que se aprovecha el capital.

—Dijiste la palabreja, Eulogio: 'plusvalía'. ¡Ya pensaba que no ibas a decirla nunca! 'Plusvalía' hace referencia al descubrimiento del economista clásico David Ricardo del que impúdicamente hacen uso y abuso marxistas, marxólogos y marxianos, según feliz expresión de Ludovico Silva.

Plusvalía, en el marxismo, significa explotación del hombre por el hombre, que tanto llena sus fauces. Pero resulta que a los hombres les gusta ser explotados, porque de otro modo no comen ni beben ni se divierten.

—Sigo. En la etapa actual de la historia, apunta Marx, existe una lucha encarnizada entre el capital y el trabajo, con la consiguiente explotación de éste por aquél, pues el trabajo crea una plusvalía de la que se aprovecha el capital. Pero el capital, a su vez, va concentrándose en pocas manos; mientras que el proletariado aumenta constantemente. Vaticina, entonces, Marx que esta lucha se intensificará con caracteres universales, hasta la aparición de la revolución política y social. En su momento, las masas trabajadoras adquirirán la posesión de los medios de producción y asumirán el poder político y económico. En el nuevo régimen, bajo el dominio del proletariado, se centralizará el capital en manos del Estado; se pondrá a la agricultura y a la industria bajo la misma dirección; se declarará la obligatoriedad del trabajo, y la libertad en la educación. En esta etapa desaparecerán para siempre las clases sociales.

Para llegar ahí, señala, no se debe dejar exclusivamente este proceso a la evolución natural de las fuerzas económicas; es preciso completarlo, de una manera directa y enérgica, por medio de la organización y actividad de las clases obreras. Marx ve en la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en 1864, el instrumento adecuado para llevar a efecto la revolución del proletariado y se declara, francamente, partidario de la agitación y de la formación de un gran

partido político. En la lucha encarnizada que sobreviene después entre los defensores del marxismo y del sector anarquista de la Asociación, dirigido por M. Bakunin, queda destruida la Internacional. A partir de esa fecha, se vincula, prácticamente, en los partidos nacionales la dirección del movimiento obrero.

—No deja de ser sintomático, utópicos recalcitrantes, que un hombre que escribió miles de páginas, que un revolucionario como pocos, apenas nos haya dejado unas cuantas líneas sobre lo que él pensaba cómo debería ser el mundo después de la revolución. Y, más sintomático aún, es el hecho de que esas pocas líneas fueron escritas como crítica de una posición largamente adoptada.

—Es pertinente la observación, maliciosa por otro lado, de Menipo. La utopía marxiana está sintetizada en unos comentarios que Marx le hizo a un programa elaborado para el Congreso de Gotha, en 1875, congreso que reunió en Alemania a una serie de organizaciones radicales que fueron el comienzo de un verdadero partido socialista. Como dice Wikipedia: El Programa de Gotha fue el programa político aprobado en el Congreso celebrado en 1875 en la ciudad alemana de Gotha, en el que se fusionaron la lassalleana Asociación General de Trabajadores de Alemania (ADAV) y el marxista Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (SDAP), para dar nacimiento a un nuevo partido, el Partido Socialista Obrero de Alemania (SADP), que en 1891 adoptaría el nombre de Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y que sigue existiendo en la actualidad.

—Diles también, Eulogio, a tus ilusos adoradores que los comentarios de Marx fueron fragmentos muy agresivos, tanto que su amigo F. Engels al darlos a la publicidad en 1891 candorosamente confiesa que “he suprimido algunas expresiones y juicios duros sobre personas, allí donde carecían de importancia objetiva, y los he sustituido por puntos suspensivos”.

—Los objetivos fijados por el Programa de Gotha criticado por Marx fueron criticados en el sentido de que no eran en absoluto socialistas, sino simplemente objetivos de cualquier revolución de clase media: el sufragio y otros derechos políticos. Éstos tienen valor en una sociedad presocialista, pero, en relación con el socialismo, son simplemente “juegos de niños”, decía Marx.

—Las sugestiones de Marx acerca del control de una sociedad predominantemente campesina, como era la alemana de ese momento, por una “vanguardia” proletaria influyeron, evidentemente, en el plan de Lenin de 1905 para una *Dictadura democrático–revolucionaria del proletariado y del campesinado*.

—Pero las notas marginales al Programa de Gotha contenían también la más amplia referencia de Carlos Marx a la transición de una sociedad capitalista a una sociedad socialista, aunque, significativamente, es más una referencia que una definición. La transición se producirá en dos etapas.

La primera etapa es la colectivista. Dice Marx: “En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, inherente a ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente

“/…/De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino de una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad –después de hechas de las obligadas deducciones- exactamente lo que le ha dado. Lo que el productor le ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que ha rendido. La misma cuota de trabajo que ha dado a la sociedad de una forma, la recibe de ésta bajo otra forma distinta.

“Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios habituales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de éstos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

“Por eso, el *derecho igual* sigue siendo aquí, en principio, el *derecho burgués*, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como *término medio*, y no en los casos individuales.

“A pesar de este progreso, este *derecho igual* sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es proporcional al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por el *mismo rasero*: por el trabajo.

“Pero unos individuos son superiores física o intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo más trabajo o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo deja de ser una medida. Este derecho *igual* es un derecho desigual para trabajo desigual/…/ *En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad*

“/…/Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento”.

La segunda etapa es el comunismo, propiamente dicho. Vuelve a escribir el propio Marx: “En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y, con ella, la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos los aspectos, crezcan también las fuerzas productivas en todos los aspectos y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse *totalmente* el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!”

—Utópicos, cuando termino este pasaje, siempre me asombro. Me maravilla cómo gente intelectualmente brillante haya podido tragar esto que no es sino literatura heroica, de *heroína*, se entiende. Y sobre este pasaje heroico se han escrito montañas de basura utópica.

—Y escribió Marx más adelante: “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que *la dictadura revolucionaria del proletariado*”.

—Es obvio que las notas de Carlos Marx al Programa de Gotha, así como otras observaciones encerradas en otros escritos, contienen el germen de lo que expresó posteriormente Lenin, en 1917, en su opúsculo sobre el *El Estado y la revolución*. También es obvio que el concepto apenas esbozado de “dictadura revolucionaria del proletariado” será la bandera que Lenin, Trostky y Stalin van a enarbolar para someter a pueblos e individuos en la más grande estafa histórica de que se tenga memoria. Con el desplome de la URSS se vino abajo también el “socialismo científico” de Marx-Engels, para quedar en lo que siempre fue: Un Caballo de Troya de cartón piedra.

Utópicos incorregibles, lo que hay que decir de Marx y su pandilla de socialistas, amigos y enemigos, ya lo dijo en Chile Simón RODRÍGUEZ (1975: 118, t. II) en 1834 “a los jóvenes que piensan tomar parte en los asuntos públicos: ¡Adviertan que muchos hombres de juicio, después de

grandes estudios sobre la sociedad, han desacreditado su discernimiento *por dar gusto a la imaginación*!”

—Menipo, cállate la boca y tráenos otra ronda. Esta, ahora, no para brindar, sino para llorar todo lo que el mundo ha perdido.

—Sí, sí, otra ronda.

—¡Que sea doble!

*

— ¿Y no hay utopías en el siglo XX?

—Seguro que sí, y en el XXI. Recuerda que Utopía nació cuando el hombre que vagaba por la sabana africana levantó la cabeza y observó el horizonte.

—Y seguramente el sol le dio de frente en la cara y lo deslumbró, ja, ja, ja.

—Retomando una utopía de H. D.Thoreau: *Walden o la vida en los bosques*, de1854, B. F. SKINNER (1909-1990) presentó en 1948 su *Walden dos*, posiblemente la utopía más representativa de estos tiempos.

—Tiempos de destrucción sistemáticamente científica de hombres y de utopías socialistoides.

—Dijo Skinner: “Me decidí a escribir una narración sobre la forma en que yo concebía que un grupo de unas mil personas resolviese los problemas planteados por su vida diaria con ayuda de unas técnicas de la conducta... Yo había pensado que era posible aplicar a los problemas prácticos un análisis experimental de la conducta, pero no lo había demostrado. Frazier, el protagonista, insiste en que la nueva vida está al alcance de una ciencia de la conducta de tipo especial, capaz de ocupar el puesto de la sabiduría y del sentido común y de obtener mejores resultados. Y lo que ha venido ocurriendo en los últimos años (1976) ha aumentado la plausibilidad de su aserto: una comunidad en la cual los problemas más importantes de la vida diaria, así como determinados aspectos relacionados con la economía y el gobierno, quedan resueltos”.

—Eso ya lo había demostrado la gente de la utopía izquierdista leninista-stalinista-maoísta-kimilsumista-castrista… para esclavizar a sus pueblos.

—No oigan los improperios, chicos. No ofende quien quiere sino quien puede, y tú eres un pobre mesero, Menipo. Sigamos.

Walden Dos fue un experimento piloto. Si queremos averiguar cómo puede vivir la gente sin pelearse, cómo puede producir las cosas que necesita sin tener que trabajar demasiado o cómo puede criar y educar a sus hijos con mayor eficacia, partamos de unidades de dimensiones manejables antes de pasar a problemas de mayor cuantía.

—Yo, Eulogio, pienso igual que Skinner. Muchos proyectos actuales que se ocupan de nuevas fuentes de energía y de nuevas formas de la agricultura parecen idealmente adecuados para el desarrollo de las

pequeñas comunidades. Una red de pequeñas ciudades o de Walden Dos tendría unos problemas propios, pero lo sorprendente es que sabría resolver mejor muchos de los más básicos con los que se enfrenta el mundo de hoy. Si una comunidad pequeña no revela “la humana naturaleza en toda su bondad esencial” (romántico sueño que jamás han defendido las pequeñas ciudades), permite en cambio disponer de “unas contingencias de reforzamiento” más efectivas de acuerdo con los principios de un análisis de la conducta aplicada...

—Es cierto, Eugenio. Para inducir a la gente a adaptarse a unas nuevas formas de vida menos devoradoras y por tanto menos contaminadoras, no necesitamos hablar de frugalidad ni de austeridad como quien habla de sacrificio. Hay contingencias de reforzamiento en las que la gente sigue persiguiendo la felicidad (e incluso llega a alcanzarla), consumiendo mucho menos de lo que ahora consume.

Por otro lado, estudios básicos han demostrado cuán importante es para todo el mundo, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, no ya solamente recibir unos bienes sino también participar en su producción.

— Sí, sobre todo, en Venezuela. El cementerio de cooperativas permite constatar la aseveración del señor Skinner y las de ustedes, utópicos incorregibles. Ja, ja, ja.

—Según Skinner los niños constituyen nuestro recurso más válido y, en cambio, es una vergüenza que se encuentren sumidos en el olvido. Durante los primeros años pueden conseguirse cosas portentosas de un niño y sin embargo lo dejamos en manos de gente cuyos errores se escalonan desde el abuso a la protección excesiva y al derroche del afecto cuando la conducta no es la apropiada. Brindamos a los niños escasas oportunidades de establecer unas buenas relaciones con sus compañeros e incluso con los adultos, especialmente en aquellos hogares donde se encuentran custodiados solamente por su padre o por su madre, circunstancia que está dándose cada vez más. Todo esto presenta un cariz completamente diferente cuando los niños, desde el principio de su vida, forman parte de una comunidad más amplia.

—¡Ah que vuelvan los falansterios!

— Con ello creo yo, Eulogio, que solventaríamos muchos de los problemas que nos plantea el crimen y la delincuencia si nos fuera dado modificar el ambiente primero donde vivieron los ofensores. No es preciso ser un alma en pena para afirmar que muchos de los jóvenes de hoy en día no han sido preparados ni por sus familias ni por la escuela para llevar una vida ordenada y conforme con la ley.

—Tienes razón, Eugenio. De acuerdo con Skinner, una cultura debe reforzar positivamente a aquellos que la sustentan y ha de evitar la creación de unos reforzadores negativos, de los que escaparían sus miembros mediante deserción. El mundo que los artistas, compositores, escritores y actores han hecho tan hermoso tiene el mismo derecho a la supervivencia que el mundo que satisface unas necesidades biológicas

—¿Y por qué será, utópicos incorregibles, que en Walden Dos hay que evitar la acción política?

—Porque la vida política realmente no nos daría la oportunidad que deseamos.

—Sí, ustedes no se ocuparían de la política, pero los políticos se ocuparían de ustedes.

—Mira, Menipo, *queremos* hacer algo, *queremos* investigar qué le pasa a la gente, por qué no puede vivir junta sin estarse peleando todo el tiempo. *Queremos* saber exactamente qué es lo que quiere la gente, qué es lo que necesitan las personas para ser felices y cómo pueden conseguirlo sin robar a nadie.

Skinner pensaba que lo que se necesita no es un nuevo líder político ni un nuevo tipo de gobierno sino un mayor conocimiento de la conducta humana y unas nuevas formas de aplicar este conocimiento a la planificación de unas prácticas culturales.

—La acción política no es buena para construir un mundo mejor. Los hombres de buena voluntad saldrían ganando usando medios que no fueran políticos. Cualquier agrupación de personas podría asegurarse la autosuficiencia con ayuda de la tecnología moderna y de los conocimientos sicológicos y sociales, digo yo, Eulogio.

— ¿Y dónde quedaba Walden Dos?

—Estaba a unos 45 kilómetros de la ciudad más grande del Estado.

—Ay utópicos sinremedio, las utopías *siempre* quedan lejos, aunque estén cerca. Los vecinos de Cuba, por ejemplo, nunca se enteraron de que el hermoso sueño comunista se había materializado en la puerta de sus casas.

—Su único gobierno era el Consejo de Planificadores. El nombre databa de los días en que Walden Dos existía sólo sobre el papel. Había seis Planificadores, normalmente tres hombres y tres mujeres. Los sexos tenían tanta igualdad allá que nadie mira con envidia la igualdad. Pueden servir durante diez años, pero no más.

Toda la responsabilidad recae sobre los Planificadores. El éxito de Walden Dos depende de ellos, por eso dictan normas, revisan el trabajo de los Administradores y vigilan el estado de la comunidad, en general. También desempeñan ciertas funciones judiciales. Se les otorgan seiscientos créditos por años de servicio, lo que representa dos créditos diarios. Otro por lo menos debe ganarse con trabajo estrictamente físico.

—¿Créditos?

— Sí, la moneda de pago por el trabajo realizado.

— ¿Y cómo eligen los Planificadores?

—El Consejo elige como sustituto a una de cada dos personas propuestas por los Administradores.

— ¿Los miembros de la comunidad no votan?

— No.

—No parecen muy democráticos en eso. ¿Qué funciones tienen los Administradores?

— La que su nombre indica: especialistas encargados de los departamentos y servicios de Walden Dos. Había Administradores de Alimentos, Salud, Ocio, Artes, Odontología, Productos Lácteos, Industrias varias, Abastecimiento, Escuela de Jardineras, Educación Superior y muchos más. Solicitaban trabajadores de acuerdo con sus necesidades, y su oficio era la función administrativa, la cual subsistía incluso después que habían delegado en los demás todo el trabajo posible. Realizaban, verdaderamente, el trabajo más duro. Quien buscaba y conseguía un puesto de Administrador tenía que ser un individuo excepcional. Debía poseer gran habilidad y un interés real por el bienestar de la comunidad. Por esa razón no podían ser elegidos por todos los miembros.

—En otras palabras, los miembros no tienen ni voz ni voto, como objetaba Eutimio

—Ni necesitan una ni otro. La comunidad funciona con Planificadores, Administradores, Trabajadores y Científicos. Cada uno cumple su función. En Walden Dos no hay clase ociosa ni ancianos prematuros, imposibilitados, borrachos, criminales, ni mucho menos, enfermos.

— ¿Y cómo se consigue tanta maravilla, utópico iluso?

— Con un gobierno basado en la ciencia de la conducta. El defecto de los anarquistas es que confiaban demasiado en la naturaleza humana. Lo que está surgiendo en este crítico momento de la evolución de la sociedad es una tecnología conductista y cultural basada únicamente en el refuerzo positivo.

*

—Ahora sí comprendo esa maravillosa utopía del siglo XX. Realmente asombrosa. ¿Y en el nuevo siglo? ¿No tenemos nada?

—Sí tenemos: el socialismo del siglo XXI, que se ve también estupendo, aunque según dicen sus teóricos, es un concepto que está en construcción (HERNÁNDEZ, 2006). Pero promete mucho.

—No lo dudo: destrucción completa, utópicos.

*

—Hemos hablado todo el día, pero no hemos arreglado nada, amigos.

—Pero hemos hecho un largo viaje por Utopía y regresado con una buena borrachera, Eugenio.

—Creo que tienes razón, Eutimio. Pero el asunto merece que lo abordemos en otro momento… cuando estemos un poco más despejados ¿Qué dices tú, Eulogio?

—Estoy de acuerdo contigo. Esto merece un último brindis, Menipo.

## Bibliografía mínima


AAVV (1977). *Utopismo socialista (1830-1893*). Caracas: Biblioteca Ayacucho. Compilación y Prólogo de Carlos M Rama.

ABREU E LIMA, J.: *O socialismo*, Recife, l855, en AA.VV.: *Utopismo socialista*.

ARCOS ARLEGUI, S (1977). "Carta a Francisco Bilbao", en AA.VV.: *Utopismo socialista*.

BAKUNIN, M. (1977a). *Obras*. Gijón (España): Ediciones Júcar,

____ (l977b).*Obras Completas*. Madrid: Las ediciones de la piqueta.

____ (l978). *Escritos de filosofía política*, compilación de G.P. Maximoff. Madrid: Alianza (dos tomos).

BILBAO, F.(l988).*El evangelio americano*, Biblioteca Ayacucho, t. 129, Caracas,

BOLÍVAR, S. (1985). *Escritos políticos*. Barcelona, Orbis.

BRUXEL, A.(1991) .*Os trinta povos guaraníes*. Porto Alegre, 1978. Citado en *Gloria y tragedia de las Misiones Guaraníes*, pp. 195-196. Bilbao: Mensajero,

CABET, E.(1985). *Viaje por Icaria*. Barcelona: Orbis (dos tomos).

CONSIDERANT, V.(1977). *"Carta al Mariscal Bazaine",* en *Utopismo socialista*, pp. 207-213

CROMBIE, I.M. (1988). *Análisis de las doctrinas de Platón*, Madrid: Alianza

FOURIER, Ch.(1974). *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*. Barcelona: Seix Barral,

GETTEL, R.G.(1979). *Historia de las ideas políticas* México: Editora Nacional (10ª).

GRANADA, M.A.: "La filosofía política del Renacimiento: Maquiavelo y la utopías", en AAVV.: *Historia de la ética* (1), Crítica, Barcelona

HERNÁNDEZ, M. (2006). "¿Qué es el socialismo del siglo XXI", *El Nacional*, A/7, Caracas, 14 de diciembre.

HOBBES, T. (l966). *Del ciudadano*. Caracas: Instituto de Estudios Políticos, UCV.

LOPEZ PALMA, J.(l989). *Simón Rodríguez, utopismo socialist*a. Caracas: UCV,

LUGONES, L. (1988). *El Imperio jesuítico.* Barcelona: Orbis,

MAHOMA (1966). *El Corán*. México Editora Nacional. Traducción de Joaquín García-Bravo.
MARX, C. y ENGELS, F. (1978). *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
MORO/*CAMPANELLA*/BACON (l987). *Utopías del Renacimiento*. México: FCE.
OWEN, R.(1977). *"Petición a la República de México",* en *Utopismo socialista*, pp. 183-187.
PALACIOS, S. Y ZOFFOLI, E.( l99l). *Gloria y tragedia de las misiones guaraníes*. Bilbao: Mensajero.
PIKETTY, T. (2013). *Le capital au XXe siécle.* Paris*:* Editions du Seuil.
PLATÓN (l980-l983). *Obras Completas*. Caracas: coedición de la Presidencia de la República y la Universidad Central de Venezuela. Traducción y notas de J.D. García Bacca. 12 volúmenes.
POKROVSKI, V.S. et. alii (l981). *Historia de las ideas Políticas*. México: Grijalbo.
POPPER, K.R.(l985).*La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós,
RAMA, C. M.(1977) "Introducción" a *Utopismo socialista*, p. XVIII
RHODAKANATY, P.C.(1977) "Cartilla socilista", p. 127, en *Utopismo socialista*
RODRIGUEZ, S. (l975). *Obras Completas*. Caracas: Universidad Simón Rodríguez, colección 'Dinámica y siembra' (dos tomos).
SABINE, G.H. (l984). *Historia de la filosofía política*. México: FCE.
SAINT SIMON, C.H. (1985). *Catecismo político de los industriales.* Barcelona: Orbis.
SAN AGUSTÍN (1985). *La ciudad de Dios*. Barcelona: Orbis,
SKINNER,B. F.(1985). *Walden II.* Barcelona: Orbis,
TREVISAN, A.(1991). *Os sete povos das missioes*. Citado en *Gloria y tragedia de las misiones guaraníes*, pág. 261.
UNESCO (1985): *Guía del patrimonio universal*, pág.102-103.

Diálogo 3

# Juegos de Autoayuda

**(O si no puedes cambiar el mundo, múdate tú)**

Para  Juan José Rosales Sánchez

*Dramatis personae*

**Ágata, Calandria, Calíope y Calixto**, que son niños buenos; **Zoilo** y **Aristarco**, malos. Todos juegan a la rayuela, a decir mentiras, al hospital, a prácticas de fuerza, a la candelita y a la gallina ciega.

—Vengan, chicos. Ágata, Calandria y Calixto, vengan. Juguemos a la rayuela, que Zoilo y Aristarco son unos malvados. Siempre hacen trampas al escondite.

—Aquí estamos, Calíope.

—A ver, Calandria, ve marcando los cuadros. Y tú, Ágata, marca los números. Que se vea bien el 'cielo'.

—Sí, porque el cielo es el límite.

—¡Pero el gran Goethe dijo aquello de quien quiere lo grande tiene que limitarse! En sus palabras: "La grandeza es el límite!" ¿Cómo se come entonces lo que tú afirmas?

—Tú no entiendes Aristarco, nunca entiendes. Se trata de motivación para la autoayuda. Me lo dijo muy claro la profesora Elsa Espinoza cuando se lo pregunté: "No entiendo bien la inclusión de la Autoayuda como teoría de la práctica. Como Psicóloga creo que valdría la pena ir a los orígenes de la Autoayuda que no es otra que una revisión de la Motivación, de la Psicología Social y desde allí, de los avances y hallazgos de la Psicología Positiva. Uno de autores e impulsores de la Psicología Positiva, Martin Seligman, viene de la formación citada. Los

estudios, investigaciones e intervenciones terapéuticas provenientes de la motivación, las necesidades y los reguladores sociocognitivos han reconocido y fortalecido aspectos de la conducta humana como el autoconcepto, la autoestima, la identidad del yo, la autodeterminación, la autorregulación, el autocontrol y la resiliencia. La autoayuda con sus recetas, fórmulas y soluciones mágicas se ha nutrido de estos términos psicológicos para formular sus propuestas".

—Sí es así, me rindo, Ágata, pero sin compartirlo. Tal vez en el juego ustedes me convenzan.

—Seguro que sí. Pero para alcanzarlo se precisa nuestra transformación. La transformación es la capacidad y la voluntad de vivir más allá de nuestra forma.

—Aristarco, a los autores de autoayuda no les gusta la forma que uno tiene.

—La verdad, Zoilo, que también yo estoy harto de que todo el mundo quiera "transformarme". Políticos, curas y pastores, psicólogos, médicos y otros escultores chamánicos quieren mi transformación, quieren despojarme de lo que soy, de aquello en que me he constituido. Y me dicen que ese pensamiento de que yo quiera ser yo mismo debe ser abandonado ¿Por qué?

—Porque todo pensamiento negativo retarda la transformación personal. Si estás lleno de negatividad, te será imposible alcanzar cotas más altas y más plenas de felicidad.

—Desde que Aristóteles afirmó que todos buscamos *eudaimonía*, muchas tonterías se han seguido diciendo.

—No hagan caso, chicos, de un ser tan negativo. Y tú, Calandria, ve terminando los cuadros.

Vean un ejemplo de pensamiento transformador. Me traslado a un sitio tranquilo y con los ojos cerrados visualizo una luz en tono pastel. Cualquier pensamiento que interfiera es apartado sin concesiones por el poder de la luz. Cuando me relajo veo una luz blanca en medio de un campo en tono pastel y noto que cada vez me acerco más y más al color blanco. Cuando al final consigo atravesar esa luz, la sensación es muy parecida a la descrita, la de dejar el cuerpo al otro lado de la puerta. Mi energía se revitaliza y siento que me controlo a mí mismo y a lo que me rodea. La mejor definición que se me ocurre para hablar de este lugar es el de "paz exquisita". Al final estoy tan descansada como si hubiera dormido ocho horas.

—Este ejemplo de pensamiento transformador lo es más bien de cómo nutrir el imaginario. Pero si ustedes se alimentan de eso…

—Ya está. Fíjense en lo que puse en el cielo dicho por la profesora Espinoza de esta obra que estamos construyendo y del autor.

— Vamos a ver qué escribiste: "Este libro es una clase de Filosofía, sumamente accesible, ameno y con referencias al mundo, a la realidad, que le dan mucha claridad al texto. Por lo demás muy bien escrito y bien documentado.

“El tejido del discurso a través del cual conjuga y diferencia posturas teóricas, es muy preciso e ingenioso y a la vez toda una experiencia para aprender a través de los diálogos. Agregaría que es una invitación para el aprendizaje: retomar, revisar, exponer, discutir, relacionar, oponer y descubrir conceptos, autores y posturas teóricas con una visión crítica y además a "aprender a enseñar" a través de los diálogos.

“Recordando a Deleuze, la Filisofía es una disciplina creadora y para crear hay que tener ideas, inventar," hacer "conceptos... Esto se revela en el libro.

“En todo caso, ¡felicitaciones al profesor Jorge por ese logro”

—Seguro que el autor se siente muy agradecido por palabras tan gentiles. Lo llevan al cielo directamente. ¿No es verdad, Zoilo?

—Agradecido y conmovido… pero no convencido.

—¿Qué más debemos hacer, Ágata?

—Por encima de todo, uno tiene que ser amable y comprensivo con uno mismo, sobre todo si nos comportamos de un modo que disgusta. Háblense con amabilidad. Ténganse paciencia cuando descubran lo mucho que les cuesta ser una persona "santa". Se necesita mucha práctica, tanto como la que necesitaron para desarrollar sus costumbres neuróticas y negativas. Concédanse el perdón.

—Me toca lanzar a mí, Ágata.

—Adelante, Calandria. Tú puedes hacerlo muy bien. Tienes experiencia. Nútrenos de ella.

—Consideren la producción de pensamientos como una visualización interior sin ninguna limitación de orden físico.

Apliquen la noción de los pensamientos entendidos como cosas que participan en la adquisición de riqueza. Si se imagina nadando en la abundancia, si se mantiene esa imagen fija en su mente a pesar de las barreras con las que choca, y si permite que la riqueza les aguarda, entonces ustedes actuarán impulsados por esta imagen. Ella se convertirá en la imagen primordial de su mundo mental. Efectuarán quince llamadas al día en vez de las tres o cuatro que solían hacer. Se encontrarán ahorrando algún dinero de su sueldo y, de este modo, empezarán a pagarse a ustedes mismos. Tal es el primer paso en la adquisición de riqueza. Se rodearán, entonces, de personas que les animarán en la consecución de sus proyectos. Asistirán a clases sobre temas trascendentales que darán color a la misión que esta vida les ha encomendado, siempre se hallará en un estado de mejora continua. Buscarán el conocimiento y la experiencia de quienes, perteneciendo al mismo campo, han conocido el éxito.

—Pero no yo nunca tendré éxito porque todavía no conozco cuál es mi misión en la vida.

—Debes, entonces, leer biografías de personas de origen humilde que llegaron a triunfar. Toda tu vida girará en torno de una cosa muy simple, un pensamiento: la imagen de nadar en la abundancia

—Yo, Calandria, siempre me digo a mí misma que todo lo que visualizo ya está aquí. Recuerdo lo que Einstein nos enseñó sobre el tiempo: el tiempo no existe en el mundo lineal; es como una creación del hombre motivada en su visión limitada y su necesidad de compartimentarlo todo. No existe cosa semejante a lo que llamamos tiempo. Por tanto hay que estar dispuesto a todo para alcanzar lo visualizado. *Disposición* es la clave del éxito. Olvídense de la perseverancia, virtud de obsesivos. Hay que darse cuenta de que el fracaso no existe.

—Nosotros lo creamos todo, incluyendo las personas que forman parte de nuestra vida. Y lo que tiene todavía un peso mayor es nuestro modo de permitir o anular nuestras reacciones.

—Chicas, Calixto, vengan. Dejen el juego. Vean lo que encontré del Dr. Wayne DYER (1992:91 ss). Es un maravilloso programa semanal para convertirse en un soñador despierto. Dice así:

1. *Domingo*: El tiempo no existe.
2. *Lunes*: No hay causa ni efecto. (Usted puede ser cualquier cosa que desee, a pesar de lo que la gente diga o haga, y a pesar de lo que usted haya o no haya hecho antes. Hoy, lunes, intente no ser el efecto de nada, sino el creador de lo que ha imaginado que puede ser).
3. *Martes*: No hay principio ni final. Intente vivir este día como si la eternidad ya estuviera aquí.
4. *Miércoles*: Cada obstáculo es una oportunidad. (Hoy reciba con beneplácito cualquier comportamiento escandaloso o desagradable que vaya dirigido a usted por parte de otras personas, y considérelo una oportunidad para recordarse que ellos sólo le están hablando a su forma).
5. *Jueves*: Usted crea todo lo que necesita para su sueño.
6. *Viernes*: Las reacciones son reales, los personajes son ilusiones. (Hoy es el día de renacer en un sentido transformacional).
7. *Sábado*: La única forma de saber que está soñando es despertarse. (Hoy puede practicar el despertarse, es decir, el morir mientras está vivo, y echar una ojeada a todo lo que antes consideraba hacer en su vida. Comience a comprender que todo lo que experimenta es un pensamiento).

—¿No les parece maravilloso? ¡Tan sencillo y al alcance de todos!

*

—Zoilo, nosotros vamos a jugar a decir mentiras. Ven. Siéntate a mi lado que estos niños buenos están diciendo demasiadas verdades y no nos dejan jugar con ellos.

—¿Qué juego es ese, Aristarco?

—Es aquel del tipo “por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas”.

—No lo conocía.

—Entonces, aprende, Calíope. Tú empiezas, Zoilo.

—¿Y de dónde las saco?

—Bueno, eso es lo que más abunda, pero puedes sacarlas de donde las estaban sacando estos, del Dr. Wayne DYER (1992).

—Ahí va la primera: “Tú puedes ser un líder”.

—Es buena, pero esta de la abundancia es mejor. Dice el famoso doctor que el primer paso hacia la consecución de una mentalidad liberada de la visión de la escasez consiste en estar agradecido por todo lo que somos y poseemos. Sí, sí, dar las gracias plenamente convencidos y apreciando el gran milagro que todos constituimos.

—Yo creo que tiene razón, Aristarco, vivimos de milagro.

—Esto sigue, Calíope. No te quejes y da gracias porque no te falta nada. Naturalmente, ¿cómo podía faltarte algo en un universo perfecto? Cuando comiences a dar las gracias por lo que te ha sido concedido: el agua que bebes, el sol que te calienta, el aire que respiras y todo lo que supone un don de Dios, estás poniendo en funcionamiento todos tus pensamientos (toda su esencia) para centrarte en tu humanidad y en la abundancia.

—¿Y eso es una mentira? Cuando vives y respiras prosperidad bajo la creencia de que todo existe en grandes cantidades y crees tener el derecho de llegar a poseer todo lo que desee, entonces empiezas a comportarte contigo y con los demás según este principio. Este convencimiento se aplica a la adquisición de riqueza, la felicidad personal, la salud, los logros intelectuales y todo lo demás.

—Yo no lo hubiera dicho mejor, Calíope. Veo que te gustó el juego.

— Pero ¿cómo puedes *tú* sintonizar con la abundancia que constituye todo el universo?

—El doctor Dyer sugiere que comiences examinando y contestando estas tres preguntas: 1. ¿Cuánto crees que vales? 2. ¿Qué crees que mereces? 3. ¿Qué crees que se halla a tu disposición?

—Aquí van, chicos, algunas ideas que pueden ayudarles a superar la conciencia de escasez que predomina en sus vidas. Escuchen con atención:

-¡No estén en contra de nada! Hagan un esfuerzo para expresar en términos positivos todo lo que sienten y desechar los términos negativos a los que tan acostumbrados se hallan.

-Esfuércense por ser personas agradecidas por lo que tienen y por lo que son cada día.

-Tómense un tiempo cada día para analizar cómo utilizan su mente.

-Comprométanse a hacer lo que aman y a amar lo que hagan. ¡Empiecen hoy mismo!...

—¡Qué cursi ese uso del verbo amar! En castellano se dice ´querer’ o ‘gustar’.

—Calla, Aristarco, y escucha.

-Cuando piensen que ha llegado el momento de recibir una compensación en su vida no duden en decirse “Me lo merezco”.

-Poco a poco vayan repitiéndose la frase “No puedo poseerlo todo”
-Cuando sientan la tentación de dar menos a los demás, intenten dar la vuelta y ofrézcanles más de lo que desean en el fondo.
-Conviertan la positividad en parte de su vida. La abundancia es un principio universal, el cual una gran parte de nosotros no experimentamos porque lo malinterpretamos.

—Esta mentira es muy buena, Aristarco, oye: Decide cómo quieres vivir cada uno de los días de tu vida. No estás atado a nada: ni a cosas, ni a personas, ni al pasado, ni a tu cuerpo, y a las ideas y a tener la razón, ni al dinero

—Estoy de acuerdo, Zoilo. Hegel no lo hubiera dicho mejor.

—Pero sí más enredado. Hablaría de que somos libertad absoluta y negatividad absoluta, entre otras cosas.

La mentira de la sincronía es muy buena. Escuchen. Alguien sugiere un mundo al que nos hemos mostrado bastante indiferentes por culpa de nuestra experiencia basada exclusivamente en la forma: el mundo de las ideas, el mundo del pensamiento, ese algo sin forma denominado pensamiento…

—Pregunto: ¿Y no tiene la forma de las palabras con que lo formulamos?

—…que se origina con la persona y que a la vez es la persona. El pensamiento se halla aquí dentro y allí fuera. Está en todas partes. ¿Es energía? Tal vez. ¿Una resonancia? Quizá. ¿Una cadena formada por la unión de campos morfogenéticos? Quién sabe. ¿Invisible? No hay duda. ¿Algo de lo que no se puede escapar? Sí. Intenten dejar de pensar por unos minutos y se percatarán de que el pensamiento es algo que está estrechamente unido a ustedes.

—No veo la mentira en lo dicho, Aristarco.

—Aquí viene, Calíope. Cuando aceptes que el pensamiento puede existir fuera de ti, te encontrarás en camino de comprender la sincronía. El vínculo de unión que existe entre acontecimientos aparentemente desconectados es, en realidad, el lazo de unión de los pensamientos, la esencia de nuestro universo, la energía vibratoria que no podemos ver ni definir. Del mismo modo, el nexo de unión entre tus pensamientos y los de otras personas resulta más fácil de considerar ahora, si partimos de la base de que el pensamiento es energía y fluye por el universo sin restricción alguna, y no sólo por un individuo. Esas situaciones que parecen coincidencias se prestan perfectamente para aquellas cosas en que sintonizamos con la dimensión del pensamiento.

—A mí me cuesta mucho imaginarme como una batería o una pila, Aristarco.

—A mí, también, Zoilo. Pero fíjate en esto otro. El doctor de marras dice que ha podido experimentar una serie de acontecimientos sincrónicos que algunas personas, ajenas a su comprensión, podrían calificar de milagros. En su opinión son sencillamente el resultado de haber creído en la inteligencia universal…

—¿El *nous* de Anaxágoras?

—...que sostiene toda la forma y de haber permitido que se desarrollara en perfecta armonía. Dice el doctor: “Cuando alguien me comenta, por ejemplo, ‘Venga, Wayne; sea un poco más realista’, suelo contestar: ‘Yo soy realista; por eso espero los milagros” (p. 252)

—Creo que Wayne participa de la idea griega de *anagké.*

—En cierto sentido, sí. El piensa que todo lo que ha sucedido tenía que ocurrir. Todo lo que tiene que ocurrir no puede ser detenido. A partir de ahora ustedes pueden utilizar lo que les acabo de exponer en beneficio de su vida diaria. Una vez saben que todo lo que se cruza en su camino, todo lo que ustedes piensan y sienten, todo lo que hacen, forma parte de la sincronía del universo y de ese mismo instante en el que ustedes viven, entonces no tienen otra alternativa que deshacerse de todas las trabas que afectan a su vida. Comprenderán, así, que todos los pasos que dan en su vida se hallan sincronizados.

— Pero se me ocurre, Aristarco, que de alguna manera el individuo que no elimina esas trabas de sincronía causa un desbarajuste en el universo. Eso lo denunció en su momento el loco Schreber.

—Supongo que muchos lo dicen de ti y de mí, Zoilo.

—Continúo con la mentira. Una vez acepten esta sincronización del universo, todas las coincidencias que parecían imposibles son admitidas en una asentamiento de la cabeza y un conocimiento interior, y no con una actitud de incredulidad. Pero antes de conseguir que este principio funcione sin restricción alguna, deben eliminar sus viejas creencias.

—Pero entonces no es tan *anagké* la cosa, pues depende de nuestro conocimiento y de nuestra aquiescencia.

—Así me parece también a mí, Zoilo. ¿Tienes alguna mentira más que quieras contar?

—Bueno, sí, la del perdón, que, en primer lugar, debe ser de uno mismo. (Yo no puedo negar que esta mentira me agrada, lo mismo que alcanzar el cielo, que se sigue del perdón). Y asociada con el perdón está la idea de la rendición: el último acto.

—¿Puedes explicar eso?

—La idea de rendición no implica que tú le concedas el control de tu vida a otra persona, organización o conjunto de ideas. Al referirse a la rendición, Dyer alude al hecho de confiar en las fuerzas y principios que siempre funcionarán en este universo perfecto, al igual que tú día tras día te rindes ante los principios que te convierten en una unidad de trabajo basada en el amor, sin llegar a poner en duda, luchar, demandar o incluso preguntarte si son plenamente comprendidos por tu ser. Y del mismo modo puedes rendirte ante los grandes principios que gobiernan el universo y todos los seres vivos que contiene.

—En otros términos, se llega a donde habíamos partido. La idea de Bacon: para mandar a la naturaleza hay que obedecerla. ¡Tanto nadar para venir a morir a la orilla!

*

—Chicos, díganse con frecuencia: “En la infinitud de la vida, donde estoy, todo es perfecto, completo y entero... Todo está bien en mi mundo” (HAY: 1989).

—Comienza, tú, Calíope.

—En la infinitud de la vida, donde estoy, todo es perfecto, completo y entero... Todo está bien en mi mundo.

—Ahora tú, Calandria.

—En la infinitud de la vida, donde estoy, todo es perfecto, completo y entero... Todo está bien en mi mundo.

—Tu turno, Calixto.

—En la infinitud de la vida, donde estoy, todo es perfecto, completo y entero... Todo está bien en mi mundo.

—A ustedes, Zoilo y Aristarco, no les digo nada porque ustedes están enfermos y primero deben sanarse.

—¡Ah qué bien!, Ágata. Se me ocurre que podemos jugar al hospital. Sí, ya tenemos los enfermos; nosotros podemos ser médicos y enfermeros.

—Me parece muy bueno. Y a ustedes, chicos malos, les ruego que no se menosprecien por estar donde están. El hecho mismo de que nos hayan encontrado, de que anden con nosotros, significa que están preparados para introducir en su vida un cambio positivo. Reconózcanse el mérito, que no es nuestro.

—Nosotros estamos bien así. Nos quedamos de enfermos, ¿verdad, Zoilo? Hagan ustedes de doctores y sanadores y, sobre todas las cosas, ¡conserven su humildad! Esta gente de la autoestima no tiene problemas con la modestia y mucho menos con la humildad, je, je, je.

—Es verdad, Aristarco, no tienen problemas, ji, ji, ji. ¡A paseo, virtudes de la modestia y de la humildad, que estorban!

—Cada uno de nosotros decide encarnarse en este planeta en un determinado punto del tiempo y del espacio. Hemos escogido venir aquí para aprender una lección determinada que nos hará avanzar por el sendero de nuestra evolución espiritual. Escogemos nuestro sexo, el color de nuestra piel y luego buscamos los padres que mejor reflejen la pauta que traemos a esta vida para trabajar con ella. Después, cuando hemos crecido, es común que les apuntemos con un dedo acusador, clamando: "Mira lo que me hiciste". Pero en realidad, los habíamos escogido porque eran perfectos para el trabajo de superación que queríamos hacer.

—Es cierto, Ágata. Yo he comprobado que cuando realmente nos amamos, es decir, cuando nos aceptamos y aprobamos exactamente tal cual somos, todo funciona bien en la vida. Es como si por todas partes se produjeran pequeños milagros. Nuestra salud mejora, atraemos hacia nosotros más dinero, nuestras relaciones se vuelven más satisfactorias, y empezamos a expresarnos de manera más creativa. Y parece que todo

esto sucediera sin que lo intentásemos siquiera... Aprobarse y aceptarse a sí mismo en el ahora es el primer paso hacia un cambio positivo en todos los ámbitos de la vida.

—A mí me ensañaron un ejercicio constante de amor especular. Consiste en lo siguiente: tomen un espejito, miren a los ojos, pronuncie su nombre diciendo: "Te amo y te acepto exactamente tal como eres".

—¡Qué bello, Calixto! Todos empezamos a cambiar en el momento, el lugar y el orden adecuados para nosotros. Yo no empecé hasta después de los cuarenta. Pero antes de eso, hay que hacer una limpieza de la casa mental. Ahora es el momento de examinar un poco más nuestro pasado, de echar un vistazo a algunas de las creencias que han venido rigiéndonos (y limitándonos)... Por ejemplo, en mi caso, ¿qué fue lo que encontré? Esto:

CREENCIA LIMITATIVA: "Yo no sirvo para nada"

¿DE DÓNDE PROVIENE? De un padre que me repitió insistentemente que era una estúpida.

CREENCIA LIMITATIVA: Falta de amor a mí misma.

¿DE DÓNDE PROVIENE? Del intento de obtener la aprobación del padre.

CREENCIA LIMITATIVA: La vida es peligrosa.

¿DE DÓNDE PROVIENE? De un padre asustado.

CREENCIA LIMITATIVA: No sirvo…

¿DE DÓNDE PROVIENE? De sentirme abandonada y descuidada…

—Si entiendo la tesis, nosotros elegimos a nuestros padres que forjan nuestra mente.

—Así es, sea cual fuere el problema, proviene de un modelo mental, pero *¡los modelos mentales se pueden cambiar!* Si de niños nos enseñaron que el mundo es un lugar espantoso, aceptaremos como válido para nosotros todo lo que refleje esa creencia. Lo mismo se puede decir de frases como: "No te fíes de los extraños", "No salgas de noche" o "La gente te engañará". En cambio, si de pequeños nos enseñaron que el mundo es un lugar seguro, nuestras creencias serán otras. Nos será fácil aceptar que hay amor en todas partes, que la gente es amistosa y que siempre tendremos lo que necesitamos. Si de pequeño te enseñaron que todo era culpa tuya, pase lo que pase irás por el mundo sintiéndote culpable. Y esta convicción te convertirá en alguien que andará continuamente pidiendo disculpas.

—Yo, Ágata, asumo mis miserias. Y no pido disculpas

—A ver, si entiendo bien lo que dices: Si uno lo cree, ¿parece verdad? Es decir, si queremos una vida jubilosa, ¿debemos tener pensamientos jubilosos? Si queremos una vida próspera, ¿debemos tener pensamientos de prosperidad? Si queremos una vida llena de amor, ¿debemos poner amor en nuestros pensamientos?

—Eso es. Aquello que, verbal o mentalmente, enviemos hacia fuera, será lo que de la misma forma vuelva a nosotros.

Vamos a hacer el ejercicio ‘yo estoy dispuesto a cambiar’. Vamos a usar la afirmación ‘estoy dispuesto a cambiar’. Repítanla con frecuencia

reiteradamente. Mientras dicen "estoy dispuesto a cambiar", tómense la garganta.

—‘Yo estoy dispuesto a cambiar’

—‘Yo estoy dispuesto a cambiar’

—‘Yo estoy dispuesto a cambiar’

—Muy bien. En el cuerpo, la garganta es el centro energético donde se produce el cambio. Al tocársela, ustedes reconocerán que se encuentran en un proceso de cambio. Inténtenlo, enfermos Zoilo y Aristarco. Su problema es el problema de la resistencia al cambio. ¿Cómo cambiar? Hay varios principios con los deben que trabajar, a saber: 1. Alimentar la disposición a renunciar; 2. Controlar la mente; 3. Aprender hasta qué punto nos liberamos perdonando y perdonándonos.

—Dinos, ahora, Ágata, cómo se construye lo nuevo.

—Muy sencillo. La tierra es la parte subconsciente de su mente. La afirmación nueva es la semilla. La nueva experiencia está, en su totalidad en esa semillita. Ustedes la riegan con afirmaciones, dejan que se bañe en el sol de sus pensamientos positivos, limpian la maleza del jardín arrancando las ideas negativas que se les ocurren. Y cuando ven por primera vez una mínima prueba de que algo está creciendo, no la pisoteen, quejándose de que eso no es bastante, sino que la miran y exclaman jubilosos: “¡Oh, qué bien! Ya está saliendo. ¡Esto funciona!”

¿Cómo crear nuevos cambios me preguntaste, Calixto? Para empezar, a la lista de pensamientos negativos que hayas anotado puedes darle la vuelta de la siguiente manera:

-Quiero liberarme del modelo mental que creó todas estas condiciones

-Estoy en el proceso de hacer cambios positivos

-Tengo un cuerpo sano y esbelto

-Dondequiera que voy, me quieren

-Tengo una vivienda perfecta

-Me estoy creando un estupendo trabajo nuevo

-Ahora me organizo muy bien.

-Todo lo que hago me da placer

-Me amo y me apruebo sin reservas

-Confío en que el proceso de la vida me dé lo que es

-mejor para mí

-Me merezco lo mejor, y ahora mismo lo acepto.

De este grupo de afirmaciones provendrán todas las cosas que ustedes quieren cambiar en su lista. Al amarse y aprobarse se creará un espacio de seguridad y confianza en que la aceptación de sus méritos permitirá que su peso corporal se normalice. Estas afirmaciones generarán la organización en su mente, crearán en su vida relaciones de amor, le atraerán un trabajo nuevo y un nuevo lugar donde vivir. Es milagroso cómo crece una tomatera. Es milagrosa la forma en que podemos hacer que nuestros deseos se manifiesten.

—Yo propongo, si me lo permites, Ágata, un ejercicio de afirmaciones diarias que hice algunas veces, aunque no muchas, por lo que no pude ver los resultados. El ejercicio es éste: hay que tomar un par de afirmaciones y escribirlas de 10 a 20 veces por día. Léanlas en voz alta, con entusiasmo. Compongan después una canción con ellas, y cántenla con alegría. Dejen que su mente se concentre durante todo el día en estas afirmaciones. Las afirmaciones que se usan en forma constante se convierten en creencias, y siempre producirán resultados, a veces de manera que no podemos ni siquiera imaginar. Por la noche, cuando se acuesten, cierren los ojos y agradezcan todo lo que hay de bueno en su vida. Su gratitud les traerá más bendiciones. No escuchen las noticias por la radio ni las vean en la tele antes de acostarse. No contaminen sus sueños con una lista de desastres. Al soñar hacemos un importante trabajo de limpieza, y ustedes le pueden pedir al mecanismo del sueño que les ayude con cualquier cosa en la que esté trabajando. Con frecuencia, a la mañana siguiente recibirán una respuesta.

—Definitivamente, Calíope, el ejercicio de las afirmaciones diarias es muy gracioso. A lo mejor no resulta –como te pasó a ti- pero uno se entretiene mucho. ¡Hasta cuando dormimos!

—No te burles, Zoilo.

—Ya, niño malo. Veamos el asunto de la prosperidad que a todos preocupa, aunque a ustedes dos parece que no. Pero igualmente les enseño los pasos:

1. *Limpieza general*

Sí, hagan lugar para lo nuevo. Vacíen la nevera. Tiren todos esos restos envueltos en papel aluminio. Limpien los armarios, deshágánse de todo lo que no hayan usado en los últimos seis meses. Y si hace un año que no lo usan, decididamente eso está de más en su casa, así que véndanlo, cámbienlo, regálenlo o quémenlo (mejor).

2. *Visualización de la abundancia*

Su conciencia de la prosperidad no depende del dinero; es el dinero que hacia ustedes afluye lo que depende de su conciencia de la prosperidad.

3. *Abrir los brazos*

Por lo menos una vez al día, me siento con los brazos extendidos a los costados y digo: ‘Estoy abierta para todo el bien y toda la abundancia del Universo’. Eso me da una sensación de expansión.

4. *Reconocer la prosperidad*

Empiecen a reconocer la prosperidad allí donde la vean, y a alegrarse de ella... Permítanse sacar placer de toda clase de mansiones suntuosas, bancos, grandes almacenes, establecimientos de lujo... y, ¿por qué no?, también yates. Reconozcan que todo eso es parte de su abundancia, y recuerden que ustedes están incrementando su conciencia para poder participar de esas cosas si así lo desean. Si ven gente bien vestida, díganse: ‘¡Qué maravilla que tenga semejante abundancia. Realmente, hay de sobra para todos!’

—¡En la imaginación, Ágata, en la imaginación! Que te desbocas, porque ¡tú te desbocas y te desubicas, Ágata!

—"¿Quiere contarme brevemente algo de su infancia?" Esta es una pregunta que he formulado a muchos clientes, y no porque necesite saber todos los detalles, sino porque quiero tener una visión general de su origen. Si ahora tienen problemas, los modelos mentales que los crearon se iniciaron hace largo tiempo.

Cuando yo tenía un año y medio, mis padres decidieron divorciarse. No recuerdo que aquello fuese tan malo, pero lo que sí recuerdo con horror es el hecho de que mi madre empezara a trabajar en una casa, haciendo trabajos domésticos, y me dejara a cargo de una familia amiga. Según cuentan, me pasé tres semanas llorando sin parar, y como las personas que me cuidaban no sabían qué hacer, mi madre tuvo que venir a buscarme y disponer las cosas de otra manera. Hoy admiro cómo consiguió salir adelante sin respaldo alguno, pero entonces lo único que sabía, y que me importaba, era que no me prestaba la afectuosa atención a que yo estaba acostumbrada.

Jamás he podido saber si mi madre amaba a mi padrastro, o simplemente se casó con él para que ella y yo pudiéramos tener un hogar.

—¿Y cómo pasó tu madre del divorcio a que tú tengas un padrastro?

—Cállate, Zoilo, que eso no importa. Lo que importa es que la decisión no fue acertada. Aquel hombre se había criado en Europa, en un hogar muy germánico…

—¿Heideggeriano?

—…y con mucha brutalidad, y nunca llegó a entender que hubiera otra manera de llevar adelante mi familia. Mi madre volvió a quedar embarazada y después, cuando yo tenía cinco años, sobrevino la depresión de 1930 y las dos, junto con mi hermana, nos encontramos confinadas en una casa donde reinaba la violencia.

Para completar el cuadro, fue también por aquella época cuando un vecino, un viejo borracho, me violó. Al hombre lo sentenciaron a quince años de prisión, y a mí me repitieron insistentemente que "la culpa era mía"

—¿*Lapsus* en la frase, Ágata/Hay?

—No interrumpas, Aristarco, que esto es muy serio.

—¿Tan serio que lo aireas por todo el mundo?

—Chitón. Déjala hablar.

—Me pasé muchos años temiendo que cuando lo dejaran en libertad vendría a vengarse de mí por haber tenido la maldad de enviarlo a la cárcel.

La mayor parte de mi niñez la pasé aguantando malos tratos físicos y sexuales

—Además del vecino, ¿te violaba el padrastro?

—… y haciendo además los trabajos más duros. Mi imagen de mí misma se deterioró cada vez más, y no parecía que hubiera muchas

cosas que me fueran bien. Por cierto, empecé a expresar esa misma pauta en el mundo exterior.

Estando en cuarto grado, hubo un incidente típico de lo que era mi vida. Un día tuvimos una fiesta en la escuela, y se sirvieron varios pasteles. La mayoría de los niños, salvo yo, eran de familias de clase media, de posición desahogada. Yo andaba mal vestida, con el pelo mal cortado y unos viejos zapatos negros, y olía a ajo: todos los días tenía que comer ajo crudo, "por las lombrices". En casa jamás comíamos pasteles, porque no podíamos permitírnoslo. Había una anciana vecina que todas las semanas me daba diez centavos, y un dólar el día de mi cumpleaños y en Navidad. Los diez centavos iban a engrosar el presupuesto familiar, y con el dólar me compraban en las rebajas ropa interior para todo el año.

Pues bien, aquel día de la fiesta en la escuela había tantos pasteles que algunos chicos de los que podían comer pastel casi todos los días se sirvieron dos o tres porciones. Cuando la maestra llegó finalmente a donde yo estaba (y naturalmente fui la última), ya no quedaba nada, ni una sola porción.

Ahora veo claramente que era "mi creencia confirmada" en que yo no servía para nada y no me merecía nada lo que me puso al final de la cola y me dejó sin pastel. Ese era *mi modelo mental*, que no hacía más que reflejar mis creencias.

A los quince años ya no pude seguir soportando los abusos sexuales…

—¿Del padrastro? Dilo, Ágata, que me tienes en ascuas. ¿Del vecino? ¿De los dos?

—…y me escapé de casa y de la escuela.

Encontré un trabajo como camarera que me pareció mucho más llevadero que todo lo que había tenido que lamentar en casa.

Como estaba ávida de amor y afecto, y mi autoestima no podía ser más baja, de buena gana pagaba con mi cuerpo cualquier bondad que alguien pudiera demostrarme, y apenas cumplidos los dieciséis años di a luz una niña. Sentí que era imposible quedarme con ella, pero pude encontrarle un hogar bueno y afectuoso, un matrimonio sin hijos que estaba ansioso por tener un bebé. Durante los últimos cuatro meses viví en su casa, y al ingresar en el hospital anoté a la niña a nombre de ellas.

En semejantes circunstancias, jamás disfruté de las alegrías de la maternidad; de ella sólo conocí la pérdida, la vergüenza y la culpa. Aquello fue sólo una época de humillación que había que pasar lo más pronto posible. Lo único que recuerdo de la niña son los dedos de los pies, grandes, exactamente iguales a los míos, y estoy segura de que si alguna vez nos encontrásemos, la reconocería si pudiera vérselos. La cedí cuando tenía cinco días.

—Ágata, eso que cuentas es un culebrón.

—Pero es verdad: es *mi* culebrón. Inmediatamente regresé a casa a decirle a mi madre, que seguía siendo una víctima. “Vamos, no tienes

por qué continuar soportando esto. Yo voy a sacarte de aquí”. Y se vino conmigo, dejando con su padre a mi hermanita de diez años, que siempre había sido la mimada de él.

Después de haberle ayudado a conseguir trabajo como mujer de limpieza en un hotel pequeño, y de dejarla instalada en un apartamento donde estaba segura y cómoda, sentí que ya había cumplido con mis obligaciones y me fui con una amiga a Chicago, con la intención de estar un mes... pero no volví hasta pasados treinta años.

En aquellos primeros tiempos, la violencia de que había sido objeto en mi niñez, unida a la sensación de inutilidad e insignificancia que me había creado, atraía a mi vida hombres que me maltrataban e incluso me golpeaban.

Podría haberme pasado el resto de mi vida execrándolos, y probablemente hoy seguiría teniendo las mismas experiencias. Sin embargo, poco a poco, gracias a mis actividades laborales positivas, mi autoestima fue en aumento y ese tipo de hombres fue desapareciendo de mi vida. Estaba abandonando mi viejo modelo mental, mi convicción inconsciente de que yo me merecía esos abusos. No se trata de que justifique su comportamiento, pero si mi modelo mental no hubiera sido aquél, ellos no se habrían sentido atraídos hacia mí. Ahora, los hombres que abusan de las mujeres ni se enteran de que yo existo; nuestros modelos mentales respectivos ya no se atraen

—¿Atraen los modelos mentales o los hechos reales?, pregunto y… no espero respuesta.

—Después de algunos años en Chicago, haciendo labores domésticas, me fui a Nueva York y tuve la suerte de llegar a ser modelo de alta costura. Sin embargo, ni siquiera trabajar para los grandes diseñadores me ayudó a aumentar en mucho mi autoestima; sólo me dio recursos adicionales para encontrarme defectos. Me negaba a reconocer mi propia belleza.

Durante muchos años seguí en la industria de la moda. Conocí a un caballero inglés, encantador y educado, y me casé con él. Viajamos por todo el mundo, conocimos personajes importantes, incluso de la realeza, y hasta llegamos a cenar en la Casa Blanca. Yo era modelo y estaba casada con un hombre maravilloso, pero mi autoestima siguió siendo baja hasta años después, cuando inicié el trabajo interior.

Un día, después de catorce años de matrimonio, él me dijo que deseaba casarse con otra, precisamente cuando yo estaba empezando a creer que las cosas buenas podían ser duraderas. Sí, fue un golpe aplastante. Pero el tiempo pasa, y sobreviví. Podía sentir cómo cambiaba mi vida, y una primavera me lo confirmó un numerólogo, diciéndome que un suceso muy pequeño cambiaría mi vida en otoño.

—¿También vas a meter profetas en el culebrón?

—Tan pequeño fue el suceso que no lo reconocí hasta varios meses después. En forma totalmente casual había ido a una reunión celebrada en la Iglesia de la Ciencia Religiosa, una secta protestante, en Nueva

York. Su mensaje era nuevo para mí, y una voz interior me dijo que le prestara atención. Así lo hice, y no sólo concurrí a los servicios dominicales, sino que empecé a ir a unas clases semanales que daban.

El mundo de la belleza y de la moda estaba perdiendo interés para mí, y me preguntaba durante cuánto más podía seguir pendiente de mis medidas corporales o de la forma de mis cejas. Tras haber abandonado la escuela secundaria sin haber estudiado jamás nada, me convertí en una estudiante ávida que devoraba todo lo que cayera en sus manos referido a metafísica y sanación.

—Ahora sí me va gustando. Sigue. Estás entrando en el papel, Ágata.

—Aquella iglesia neoyorquina se convirtió en mi nuevo hogar. Aunque en términos generales mi vida no cambió, mis nuevos estudios empezaron a ocuparme cada vez más tiempo. Tres años más tarde, casi sin haberme dado cuenta, estaba en condiciones de examinarme para ser uno de los sanadores autorizados por mi iglesia. Pasé las pruebas y así fue cómo empecé, hace muchos años, mi actividad actual.

—En otros términos, ¡hiciste un curso de taumaturgia, de milagrera! ¡Bravo por ti! ¿Y cómo siguió el culebrón?

—Fueron comienzos pequeños. Durante aquella época me inicié en Meditación Trascendental. Como en mi iglesia no iban a darse aquel año los cursos de formación que me interesaban, me decidí a hacer algo más por mí misma y me anoté para estudiar seis meses en la MIU (*Maharishi's International University*), en Fairfield, Iowa.

En aquel momento ése era el lugar perfecto para mí. Todos los lunes por la mañana empezábamos con un tema nuevo: cosas de las que yo apenas había oído hablar, como biología, química, incluso la teoría de la relatividad…

—Chicos, tengan presente que todos los libros de autoayuda toman su optimismo de la ciencia y de la religión. La iglesia de la Ciencia Religiosa es una perfecta síntesis de tal origen. Así que a estudiar y a rezar con ganas.

—Todos los sábados por la mañana se nos hacía una prueba, el domingo era el día de descanso, y el lunes por la mañana volvíamos a empezar.

Allí no había ninguna de las distracciones tan típicas de mi vida en Nueva York. Después de la cena, todos nos íbamos a nuestras habitaciones a estudiar. Yo era la mayor de todos, y aquello me encantaba. No se permitía fumar, beber ni consumir ninguna droga, y meditábamos cuatro veces al día. Cuando me fui, en el aeropuerto, creí que iba a desmayarme por el humo de los cigarrillos.

De regreso en Nueva York, reinicié mi vida de siempre. Pronto empecé los cursos de formación de sanadores en mi iglesia, y también participé activamente en sus actividades sociales. Comencé a hablar en las reuniones de mediodía y a tener clientes…

—… ¿de modo que esos “milagros” no son gratis?

—Se amplía la síntesis, Aristarco: ciencia, religión y comercio.

—Así parece, mi amigo Zoilo. ¡Y yo que estaba pensando que debía creer en algo. Definitivamente el viejo Marx tuvo una buena razón para empezar *El Capital* por la mercancía: todo se compra y se vende en esta *formación social*, como la llama él.

—… de modo que no tardé en verme embarcada en una carrera de dedicación exclusiva. A partir del trabajo que estaba haciendo, se me ocurrió escribir un pequeño volumen, *Sane su cuerpo*, que empezó siendo una simple lista de causas metafísicas de enfermedades físicas. Comencé a viajar y a dar conferencias y clases.

Entonces, un día, me diagnosticaron cáncer.

—¿Otra vez lagrimeo, Ágata? Abusas, abusas…

—Con mis antecedentes de haber sido violada a los cinco años, y con los malos tratos que había sufrido, no era raro que el cáncer se manifestara en la zona vaginal.

—… y abusas.

—Como cualquiera a quien acaban de decirle que tiene cáncer, fui presa de un pánico total. Sin embargo, después de todo mi trabajo con los clientes, yo sabía que la curación mental funcionaba, y ahí se me ofrecía la ocasión de demostrármelo a mí misma. Después de todo, yo había escrito un libro sobre los modelos mentales, y sabía que el cáncer es una enfermedad originada por un profundo resentimiento, contenido durante tanto tiempo que, literalmente, va devorando el cuerpo. Y yo me había negado a disolver la cólera y el resentimiento que, desde mi niñez, albergaba contra "ellos". No había tiempo que perder, tenía muchísimo trabajo por delante.

La palabra ‘increíble’, tan aterradora para tantas personas, para mí significa que esa dolencia, la que fuere, no se puede curar por medios externos, y que para encontrarle curación debemos ir hacia adentro. Si yo me hacía operar para librarme del cáncer, pero no me liberaba del modelo mental que lo había creado, los médicos no harían otra cosa que seguir cortándole a Louise hasta que ya no les quedara más Louise para cortar. Y esa idea no me gustaba.

Si me hacía operar para quitarme la formación cancerosa, y además me liberaba del modelo mental que la provocaba, el cáncer no volvería. Si el cáncer (o cualquier otra enfermedad) vuelve, no creo que sea porque "no lo extirparon del todo", sino más bien porque el paciente no ha cambiado de mentalidad, y se limita a recrear la misma enfermedad, quizás en una parte diferente del cuerpo.

Yo creía, además, que si podía liberarme del modelo mental que había creado aquel cáncer, ni siquiera necesitaría la operación. Entonces procuré ganar tiempo, y, a regañadientes, los médicos me concedieron tres meses más cuando dije que no tenía dinero.

Inmediatamente, asumí la responsabilidad de mi propia curación. Leí e investigué todo lo que pude encontrar sobre las maneras alternativas de colaborar en mi proceso curativo.

—Eso es lo que yo me digo: ¿para qué tantos gastos en investigación sobre el cáncer, el sida o el ébola? Lo que tenemos que desarrollar son métodos para que las células nos obedezcan, y también los virus y las bacterias.

—Guárdate las ironías, Aristarco, que nadie te las ha pedido.

Siguiendo con mi cuento, me fui a varias tiendas de alimentación naturista y me compré todos los libros que encontré sobre el tema del cáncer. Acudí a la biblioteca para leer más. Trabé conocimiento con la reflexoterapia y la terapia del colon, y pensé que ambas me beneficiarían. Parecía que algo me encaminase hacia las personas adecuadas. Después de haber leído libros sobre reflexoterapia, decidí buscar a algún experto en el tema. Una noche asistí a una conferencia, y aunque generalmente me siento adelante, esa vez sentí que tenía que quedarme atrás. No había pasado ni un minuto cuando a mi lado se sentó un hombre… que casualmente era un reflexoterapeuta y visitaba a domicilio. Durante dos meses vino a verme tres veces por semana, y me ayudó muchísimo.

Yo sabía, además, que tenía que amarme mucho más a mí misma.

—*¿Quererte* más? El querer es más íntimo que el amor.

—En mi niñez me habían expresado muy poco amor, y nadie me había enseñado que estuviera bien sentirme contenta conmigo misma. Yo había adoptado aquellas mismas actitudes de estar continuamente pinchándome y criticándome, y se habían convertido en mi segunda naturaleza.

Durante mi trabajo había llegado a darme cuenta de que no sólo estaba bien que yo mismo me amara y me aprobara: era esencial. Y, sin embargo, seguía postergándolo, como se va dejando estar esa dieta que siempre vamos a empezar mañana. Pero ya no podía postergarlo más. Al principio me costaba muchísimo hacer cosas tales como ponerme frente al espejo y decirme: "Louise, te amo; de verdad te amo". Sin embargo, al ir persistiendo descubrí que en mi vida se daban varias situaciones en las que antes me habría censurado ásperamente, pero ahora, gracias al ejercicio del espejo, ya no lo hacía. Es decir, estaba progresando.

Entendía que tenía que liberarme de los modelos mentales de resentimiento a que me había venido aferrando desde mi infancia. Era indispensable que dejara del cultivar resentimientos.

—Es decir, los hechos no importan. ¿Importan solamente ‘los modelos mentales’? ¿Será por lo del placebo de Peter: “una onza de imagen vale una libra de desempeño”?

—Sí. Yo había tenido una niñez muy difícil y había padecido muy malos tratos, mentales, físicos y sexuales. Pero de eso hacía muchos años, y aquello no era excusa para la forma en que yo misma me trataba en ese momento. Estaba, literalmente, devorando mi cuerpo con un crecimiento canceroso porque no había perdonado.

Ya era hora de que dejara atrás aquellos incidentes y de que empezara a entender qué experiencias podían haber llevado a mis padres a tratar de aquella manera a una niña.

—Al menos, mal que bien te criaron, porque tú regalaste la tuya. Y si te he visto, ni me acuerdo.

—Es curioso que en ningún momento se acuerde Louise/Ágata de su verdadero padre, sólo de su padrastro. ¿Qué le dio éste? ¿Más violación? ¿No será que no le perdona a su padre que prefiriera a su hermana?

—Posiblemente, Zoilo.

—Digan lo que quieran que yo también digo lo mío. Con ayuda de un buen terapeuta, expresé toda la vieja cólera acumulada, aporreando almohadones y aullando de rabia. Eso me hizo sentir más limpia. Después empecé a reunir fragmentos de los relatos que les había oído contar a mis padres...

—¿ Y cuándo nos vas a decir algo de tu padre?

—...sobre su propia infancia, y a tener una imagen más clara de su vida. Con creciente comprensión, y desde un punto de vista adulto, comencé a sentir compasión por su sufrimiento, y el resentimiento empezó lentamente a disolverse.

Además me busqué un buen dietista que me ayudara a purificar mi cuerpo y a desintoxicarlo de toda la basura que había comido durante años. Aprendí que la mala comida se acumula en el cuerpo y lo intoxica. Y los "malos pensamientos" se acumulan y crean condiciones tóxicas en la mente. Me dieron una dieta muy estricta, con muchísimas verduras de hoja y no mucho más. Incluso me hice un tratamiento de limpieza de colon tres veces por semana, durante el primer mes.

Y aunque no me sometía a ninguna operación, como resultado de esa limpieza a fondo, tanto en lo mental como en lo físico, seis meses después del primer diagnóstico conseguí que los médicos me confirmaran lo que ya sabía: ¡que ya no tenía ni rastros de cáncer! Ahora sabía por experiencia personal que la enfermedad se puede curar si estamos dispuestos a cambiar nuestra manera de pensar, creer y actuar.

A veces, lo que parece una gran tragedia termina por ser lo que mejor nos ha pasado en la vida. Fue mucho lo que aprendí de aquella experiencia; entre otras cosas, a valorar de otra manera la vida. Empecé a tener en cuenta lo que realmente tenía importancia para mí, y finalmente me decidí a abandonar esa ciudad sin árboles que es Nueva York, y sus temperaturas extremas. Algunos de mis clientes me rogaron insistentemente que me quedara, diciéndome que "se morirían" si yo los dejaba, pero les aseguré que dos veces por año volvería a vigilar sus progresos, y les recordé que por teléfono se puede hablar con cualquier lugar del mundo. De manera que cerré el negocio y me fui tranquilamente en tren a California, decidida a hacer de Los Ángeles mi punto de partida.

—¡Qué bueno, Ágata, que contigo no funcionan las leyes de Murphy! Pero deberías, cuando menos, tener en cuenta el postulado de Boling:

“Si usted se siente muy bien, no se preocupe. Ya se le pasará” (BLOCH: 23)

—Por más que hubiera nacido allí, muchos años antes, ya no conocía a casi nadie, a no ser mi madre y mi hermana, que vivían en los suburbios. Nunca habíamos sido una familia muy unida ni comunicativa, pero aun así, para mí fue desagradable sorpresa saber que mi madre estaba ciega desde hacía algunos años, sin que nadie se hubiera molestado en decírmelo…

—Ni tampoco *tú* te preocupaste de tu madre. Con ella sí funcionó la primera ley de Murphy según BLOCH (1977):”Si algo puede fallar, fallará”. Para tu madre falló y no estabas ahí para compartir lágrimas siquiera. ¿De qué tanto *amor* estás hablando? Ella, que consiguió salir adelante sin respaldo alguno —según dijiste— tampoco tuvo el tuyo cuando más lo necesitaba.

— Calla. Y como mi hermana estaba demasiado "ocupada" para verme, la dejé en paz y empecé a organizar mi nueva vida.

—¿Acaso tú te habías “ocupado” de ella?

—Mi libro *Sana tu cuerpo* me abrió muchas puertas. Empecé a acudir a todas las reuniones de los movimientos de la Nueva Era de que llegaba a enterarme. Me presentaba, y en el momento apropiado les daba un ejemplar del libro. Durante los seis primeros meses fui mucho a la playa, porque sabía que cuando estuviera más ocupada me quedaría menos tiempo para esos ratos de ocio. Lentamente, fueron apareciendo los clientes. Me pidieron que hablara en distintos lugares, y las cosas empezaron a cobrar forma a medida que me iban conociendo en Los Ángeles. Un par de años después pude mudarme a una hermosa casa.

Mi nuevo estilo de vida estaba separado por un abismo de lo que había sido mi niñez. De hecho, las cosas me iban muy bien, y yo pensaba con qué rapidez puede cambiar por completo nuestra vida.

Una noche recibí una llamada telefónica de mi hermana, la primera en dos años. Me dijo que nuestra madre, ya de noventa años, ciega y casi sorda, se había caído y se había roto la espalda. En un momento, mi madre pasaba de ser una mujer fuerte e independiente a convertirse en una niña desvalida y sufriente.

Al romperse ella la espalda, también se rompió la muralla de incomunicación que rodeaba a mi hermana. Finalmente, empezábamos a establecer contacto. Descubrí que también mi hermana tenía un problema grave en la espalda, que le molestaba para andar y para estar sentada, y que era muy doloroso. Ella lo sufría en silencio, y aunque parecía anoréxica, su marido no sabía que estuviera enferma.

Tras haber pasado un mes en el hospital, mi madre estaba en condiciones de volver a casa, pero como no podía cuidarse sola, se vino a vivir conmigo.

Por más que confiara en el proceso de la vida, yo no sabía cómo arreglármelas con todo aquello, de manera que me dirigí a Dios: "Está

bien, me ocuparé de ella, pero Tú tendrás que ayudarme, y ocuparte de que no me falte dinero".

—Con Dios de tu parte, las cosas son más fáciles ¿no?

—Cállate, Zoilo.

—Para las dos fue un esfuerzo de adaptación. Ella llegó un sábado, y al viernes siguiente yo tenía que ir cuatro días a San Francisco. No podía dejarla sola, pero tenía que ir. Me dirigí a Dios de nuevo: "Ocúpate Tú de esto. Antes de irme tengo que tener la persona adecuada para ayudarme".

El jueves había "aparecido" la persona perfecta, que se mudó a casa para organizarlo todo. Era otra confirmación de una de mis creencias básicas: "Cualquier cosa que necesite saber me es revelada, y todo lo que necesito me llega de acuerdo con el correcto orden divino".

Me di cuenta de que estaba otra vez en un momento adecuado para aprender. Se me daba una oportunidad de deshacerme de residuos de mi niñez.

Mi madre no había sido capaz de protegerme cuando yo era niña, pero ahora yo podía, y quería, cuidar de ella. Entre mi madre y mi hermana se inició para mí una nueva aventura.

Dar a mi hermana la ayuda que me pedía significó también un reto. Me enteré de que muchos años atrás, cuando yo fui a rescatar a mi madre, mi padrastro volcó su furia y su dolor sobre mi hermana, y entonces le tocó a ella soportar sus brutalidades.

Me di cuenta de que lo que había empezado siendo un problema físico estaba sumamente exagerado por el miedo y la tensión, además de la convicción de que nadie podría ayudarla. De manera que ahí estaba Louise, que no quería actuar como salvadora, pero sí dar a su hermana una oportunidad de decidirse a estar bien, a esa altura de su vida.

Lentamente se empezó a desenmarañar la madeja, y en eso seguimos. Vamos progresando paso a paso, y yo me esfuerzo por ofrecerles un clima de seguridad mientras seguimos explorando diversas vías de curación alternativas.

Mi madre, por su parte, reacciona muy bien. Hace ejercicios, lo mejor que puede, cuatro veces al día, y está cada vez más fuerte y más flexible. Le encargué un audífono, y ahora se muestra más interesada en la vida. También logré convencerla de que se operase las cataratas de un ojo, y ¡qué júbilo fue para ella volver a ver, y para nosotras poder ver de nuevo el mundo con sus ojos! Y se siente feliz de ser nuevamente capaz de leer.

Mi madre y yo hemos empezado a encontrar tiempo para sentarnos a charlar juntas como nunca lo habíamos hecho. Entre nosotras hay un entendimiento nuevo, y hoy las dos somos más libres de reír, llorar y abrazarnos. A veces me irrita, pero sé que eso sólo significa que todavía me quedan limpiezas por hacer.

—Ay, Ágata, hay que tener siempre presente la ley de Issawi acerca de la conservación del mal: “La cantidad total de maldad en cualquier sistema se mantiene constante. Por lo tanto, cualquier disminución en una dirección, por ejemplo, una reducción en la pobreza o el desempleo, va acompañada por un aumento en otra, por ejemplo, el crimen o la contaminación ambiental”.

—Mi trabajo sigue abriéndome horizontes. Ahora, con la ayuda de un gran colaborador y amigo, he abierto un centro donde se dan clases y cursos.

Y así es mi vida en el otoño de 1984

—Aplausos a una triunfadora. Pero te recuerdo la segunda ley de Chisholm: “Cuando las cosas están saliendo bien, algo saldrá mal”. ¡Qué lástima que uno esté rodeado de perdedores! Porque ellos, Aristarco, no uno, están sometidos a las leyes del progreso de Issawi, que son:

1°- El rumbo del progreso:
La mayoría de las cosas empeora constantemente.

2° -El camino del progreso:
Un atajo es la distancia más larga entre dos puntos.

3°- La dialéctica del progreso:
Una acción directa produce una reacción directa.

4°- El ritmo del progreso:
La sociedad es una mula, no un automóvil... si se le presiona demasiado, pateará y tirará a su jinete.

—¡Agobiante, Ágata/Louse, agobiante!

*

—Chicos, vamos a los ejercicios de fuerza, porque ese juego de las mentiras me dejó exhausta y no sólo a Aristarco. Necesitamos tonificarnos.

—Estoy de acuerdo contigo, Calandria.

—Primero vamos a jugar en parejas; después, chicas contra chicos. Formen las parejas: Zoilo contra Calixto, Ágata contra Calíope, y yo contra Aristarco. Muy bien.

El primer juego es de pie. Espalda contra espalda del compañero. A una señal, cada uno debe empujar hacia atrás intentando desplazar a su compañero.

El segundo, espalda contra espalda, pero ahora sentados en el piso. Hay que empujar hacia atrás al compañero, pero pueden usar los brazos colocando las manos contra el suelo.

En el tercer juego, vamos a ponernos de pie uno frente al otro. Con los brazos estirados, cada uno coloca las manos en los hombros del compañero. A una señal empujan hacia adelante. No es válido empujar despegando las manos de los hombros. Tampoco hacer cosquillas, chicos malos. Ya.

Calíope va a ser Louise L. HAY (1997), pero en otro juego, con Linda Carwin Tomchin, que va ser Ágata en *El poder está dentro de ti*. ¿Qué les parece?

—Me gusta, Calandria.

—Empiezo, entonces, diciendo que yo no soy sanadora. No sano a nadie. El concepto que tengo de mí misma es el de un peldaño en la senda del autodescubrimiento. Creo un espacio en donde las personas pueden aprender lo increíblemente maravillosas que son, enseñándolos a amarse a sí mismas...

Después de años de asesorar a mis clientes y dirigir cientos de seminarios o talleres y programas intensivos de preparación, a lo largo y ancho de los Estados Unidos y del mundo, he descubierto que sólo hay una cosa que sana todo problema: amarse a uno mismo

La información, que ha formado parte de mis charlas durante los últimos cinco años, es sólo un paso más en la senda de tu autodescubrimiento, una oportunidad de saber un poco más sobre ti y de comprender el potencial que te pertenece por derecho propio.

—¿Hay *verdadero* autodescubrimiento? Es una buena pregunta. Segunda, ¿es posible el ‘conócete a ti mismo’ sin espantarse? Yo, cuanto más me conozco, me reconozco menos recomendable.

—Busca, Zoilo, dentro de ti. Pero pregunta por el origen de tus males. Muchos de nosotros comenzamos a comprender ahora que provenimos de hogares problemáticos. Cargamos con muchísimos sentimientos negativos sobre nosotros mismos y nuestra relación con la vida. Mi infancia estuvo plagada de violencia, incluidos los abusos sexuales. Estaba hambrienta de amor y de afecto y no tenía la más mínima autoestima. Incluso después de haber abandonado mi casa a los quince años, continué sufriendo malos tratos de muchos tipos. Aún no había comprendido que esas pautas de pensamientos y sentimientos que había aprendido de pequeña eran lo que atraían hacia mí los malos tratos.

—¡Ay, no empujes tanto, que me aplastas!

—Recuerda, ¿cuántas veces te has negado a aceptar un pensamiento positivo? Sólo tienes que decirle a tu mente que ahora sí vas a aceptarlo. Decídete a pensar en forma negativa. Con esto no digo que no tengas que luchar contra tus pensamientos cuando desees cambiar cosas. Si surge un pensamiento negativo, dile sencillamente: "Gracias por participar". De esta forma no lo niegas ni tampoco le cedes tu poder. Habla contigo mismo: di que ya no estás dispuesto a tragarte la negatividad, que deseas crearte otra forma de pensar. Y repito, no es necesario que luches contra tus pensamientos negativos. Date por enterado de su presencia y continúa adelante dejándolos atrás. No te ahogues en el mar de tu propia negatividad cuando puedes nadar en el océano de la vida.

—Déjame seguir a mí, Calíope. Recuerdo la primera vez que escuché que yo podía cambiar mi vida si estaba dispuesta a cambiar mis

pensamientos. Me pareció una idea totalmente revolucionaria. En esa época yo vivía en Nueva York y descubrí la Iglesia de la Ciencia Religiosa. A menudo se confunde la Iglesia de la Ciencia Religiosa, o Ciencia de la Mente, fundada por Ernest Holmes, con la Iglesia de la Ciencia Cristiana, fundada por Mary Baker Eddy. Ambas reflejan un "nuevo pensamiento", pero son filosofías distintas.

—¿Y qué tiene que ver la “ciencia” religiosa con la Filosofía?

—Cállate, Aristarco, y escucha. Sí, estoy de acuerdo contigo, Ágata. La Ciencia de la Mente tiene pastores y miembros activos que siguen las enseñanzas de la Iglesia de la Ciencia Religiosa. Ellos fueron las primeras personas que me dijeron que mis pensamientos determinaban mi futuro. Aun cuando no entendía lo que querían decir, este concepto tocó lo que yo llamo la "campanilla interior", ese lugar de intuición que solemos llamar la "voz interior".

Comencé a escuchar lo que decía. Me di cuenta de que era muy crítica conmigo misma y traté de dejar de serlo. Me dediqué a balbucear afirmaciones sin saber muy bien lo que querían decir. Comencé con las fáciles, por supuesto, y empecé a notar ciertos cambios: lograba tener luz verde en los semáforos y encontraba sitios para aparcar, y esto me pareció fabuloso.

Los métodos que yo empleo no son míos. La mayor parte de ellos los aprendí de la Ciencia de la Mente, que es lo que fundamentalmente enseño. Sin embargo, estos principios son tan viejos como el tiempo. En las antiguas enseñanzas espirituales encontrarás los mismos mensajes. He recibido la preparación necesaria para ser ministro de la Iglesia de la Ciencia Religiosa; sin embargo, no tengo iglesia. Soy un espíritu libre...

—En eso te aplaudo, Calíope. Que también aplaudo…

—Una pregunta, Aristarco. Cuando te despiertas por la mañana, ¿maldices el hecho de tener que ir a trabajar? ¿Te quejas del tiempo? ¿Te quejas de que te duele la cabeza o la espalda? ¿Qué es lo que piensas o dices en segundo y tercer lugar? ¿Les chillas a tus hijos para que se levanten?

—Seguro. Hay días en los que tengo que arrancarlos de la cama y después arrearlos al colegio. Como ganado.

—Bien, no haces nada extraordinario. La mayoría de las personas dicen más o menos las mismas cosas cada mañana. Y hacen más o menos las mismas cosas cada mañana. ¿Cómo hace que empiece tu día lo que dices? ¿Es un comienzo positivo, alegre y maravilloso? ¿O es malhumorado y crítico? Si te lamentas, gruñes y maldices, esas son las bases que sentarás para ese día.

¿Cuáles son tus últimos pensamientos antes de dormirte? ¿Son potentes pensamientos curativos, o son de inquietud por tu pobreza? Los pensamientos de pobreza no sólo se refieren a la escasez de dinero; son formas negativas de ver cualquier aspecto de tu vida, cualquier cosa que no fluye libremente en tu vida. ¿Te preocupa el mañana? Soy

consciente de que mientras duermo hago muchísima limpieza que me prepara para el día siguiente.

Me resulta muy útil traspasar a mis sueños los problemas o interrogantes que tenga. Sé que mis sueños me ayudarán a resolver cualquier cosa que suceda en mi vida.

Zoilo, nuestro mundo es en realidad un asunto de enfoque y actitud. Fíjate en la forma en que se expresan las personas solas, desdichadas, pobres, enfermas…

—¿Cómo yo y Aristarco?

—¿Qué palabras emplean? ¿Qué han aceptado como verdad sobre sí mismas? ¿Cómo describen su trabajo, su vida, sus relaciones? ¿Qué esperan de la vida? Presta atención a sus palabras, pero, por favor, no vayas por ahí diciéndoles a personas desconocidas que están arruinando su vida por la forma en que hablan. Tampoco lo hagas con tus familiares y amigos, porque no te lo agradecerán ni valorarán la información. Pero sí usa esta información para iniciar una nueva relación contigo mismo, y llévala a la práctica si deseas que tu vida cambie, porque en el más pequeñísimo plano, si cambias tu forma de hablar, también cambiarán tus experiencias.

—Ah, eso me interesa mucho. ¿Qué hago? ¿Un curso de Oratoria?

—Libera lo malo, hay que liberar lo malo. Cuando hay en mi vida algo que verdaderamente me disgusta, he descubierto que una de las maneras más rápidas de eliminarlo es “bendecirlo con amor”. “Te bendigo con amor y te libero, te dejo marchar”. Esto funciona con personas, situaciones, objetos y cosas. Incluso se puede probar con algún hábito del que uno desea librarse y ver qué sucede. Conocí a un hombre que cada vez que fumaba un cigarrillo decía: “Te bendigo con amor y te libero de mi vida”. Unos cuantos días después, el deseo de fumar era bastante menor; a las pocas semanas el hábito había desaparecido.

—Déjame decirte, Ágata, que sabes poco de fumadores. En cierta ocasión yo conocí a un hombre que esperó fumando sentado la muerte porque, si se hubiera acostado, se le habrían comprimido los pulmones con el propio peso. El “vicio” de fumar (por algo lo llaman así) no se “libera” con unas frasecitas tan cursilonas.

—Cultiven la revelación.

—¿De qué hablas?

—Creo que todo lo que necesito saber se me revela; por lo tanto, es preciso que tenga bien abiertos los ojos y los oídos.

—Es posible que no entiendas por ‘revelación’ lo que yo entiendo. Pero déjame decirte que aunque el diccionario define el término (Del lat. *revelatĭo*, *-ōnis*).

1. f. Acción y efecto de revelar.
2. f. Manifestación de una verdad secreta u oculta.
3. f. por antonom. Manifestación divina.

Yo entiendo otra cosa. Para mí revelación es vuelta a velar, a ocultar, con una “verdad” que tapa los ojos o los oídos aunque los tengas muy abiertos.

—Recuerdo que cuando tuve cáncer pensé que me iría muy bien la reflexoterapia. Una noche asistí a una charla. Generalmente me siento en la primera fila porque me gusta estar cerca del conferenciante; sin embargo, esa noche me sentí inclinada a sentarme en la última fila. Justo cuando acababa de hacerlo se sentó a mi lado un reflexólogo. Empezamos a hablar y me enteré de que incluso hacía visitas a domicilio. No tuve que buscarle, él vino a mí.

—O eres ingenua o piensas que nosotros lo somos. Fuiste a buscar el reflexólogo. En una conferencia sobre esa materia, seguramente debe de haber “especialistas”. Cuando entraste al lugar, lo más seguro es que -sin palabras- ibas gritando: ¡Socorro!, estoy buscando un reflexólogo. ¡Tengo cáncer! Esto suele suceder en situaciones menos dramáticas. Danos otra receta, porque la de la revelación te salió muy salada.

—Mi receta más frecuente es: diálogo positivo y crecimiento interior. Hago muchísimo diálogo interno positivo, mañana, tarde y noche. Procedo de un espacio de amor del corazón, y practico el amor a mí misma y a los demás tanto como puedo. Mi amor está en continua expansión. Lo que hago actualmente es mucho más de lo que hacía hace seis meses o un año. Sé que dentro de un año mi conciencia y mi corazón se habrán dilatado y haré todavía más. Sé que lo que creo de mí se convierte en realidad, de modo que creo cosas maravillosas de mí. Hubo una época en que no pensaba así; sé que he crecido y continuaré trabajando en mí misma.

—Te hace falta, porque con pasmosa facilidad te olvidaste de tu hija y de tu verdadero padre.

—Tómate un momento para pensar en tus propias pautas de comportamiento, en tus problemas y en las cosas que te traban, y observa en cuál de estas categorías entran: crítica, temor, culpa o resentimiento. A estas categorías yo las llamo las Cuatro Grandes.

—Es probable que muchas personas, Calíope, sientan resistencia al mirarse al espejo y repetir las afirmaciones. Sin embargo, la resistencia es el primer paso hacia el cambio. Muchos deseamos que cambie nuestra vida, pero cuando se nos dice que tenemos que hacer algo diferente contestamos: "¿Quién, yo? No quiero hacer eso".

—Ni que uno fuera veleta.

—Zoilo, si siempre has sido una persona crítica que ve la vida con ojos muy negativos, te va a llevar tiempo dar un giro completo para amar y aceptar más. Aprenderás a tener paciencia contigo mismo a medida que te ejercites en eliminar la crítica, que sólo es un hábito, no la realidad de tu ser.

Cuando siento un dolor o una molestia, me quedo en silencio. Sé que mi Poder Superior me hará saber que necesito cambiar en mi vida para estar libre de enfermedades. En estos momentos de silencio

imagino o visualizo los escenarios naturales más perfectos, con mis flores preferidas, que me rodean en abundancia. Puedo sentir y oler la dulce y tibia brisa que sopla y roza mi cara. Me concentro en relajar todos los músculos de mi cuerpo.

Cuando noto que he llegado a un estado de relajación, sencillamente le pregunto a mi Sabiduría Interior: "¿De qué forma estoy contribuyendo a este problema? ¿Qué es lo que necesito saber? ¿Qué aspectos de mi vida necesitan un cambio?" Entonces dejo que me lleguen las respuestas. Es posible que no lleguen en este mismo momento, pero sé que pronto se me revelarán. Sean cualesquiera los cambios necesarios, serán los correctos para mí y que estaré completamente a salvo sea lo que sea que se despliegue ante mí.

—¡Imaginación sola no por favor, Calandria!

—Por ahí se empieza, Zoilo y Aristarco. Aquí les doy las diez maneras de amarnos.

1° *Dejemos de criticarnos.* Este es quizá el punto más importante. Si nos decimos a nosotros mismos que, pase lo que pase, estamos bien y valemos, podemos cambiar con facilidad nuestra vida... Piensen por un momento en las palabras que emplean cuando se regañan. Las más comunes son: estúpido, chico malo, chica mala, inútil, descuidado, feo, bobo, indigno, perezoso, desaseado... ¿Son éstas las mismas palabras que emplean para describirse?

2° *Dejemos de asustarnos.* Muchos de nosotros nos llenamos de miedo con pensamientos aterradores, logrando con ellos hacer las situaciones peores de lo que son. Tomamos un pequeño problema y lo transformamos en un monstruo gigantesco. Es una forma terrible de vivir, siempre a la espera de que ocurra lo peor. Si habitualmente repasas en tu mente situaciones o pensamientos negativos, busca la imagen de algo con lo que verdaderamente te gustaría reemplazarlos...

3° *Seamos amables, cariñosos y pacientes con nosotros mismos...* Piensa en tu mente como si fuera un jardín. Para empezar, un jardín es un trozo de tierra. Puede que en él haya muchas zarzas de odio a uno mismo y piedras de desesperación, rabia y preocupación. Hay un viejo árbol llamado miedo que necesita una buena poda o que lo corten. Una vez hayas limpiado bien el terreno y abonado la tierra, siembra algunas semillas de alegría y prosperidad. El sol brilla sobre tu jardín, y tú lo riegas, lo abonas y lo cuidas amorosamente. Al principio no se ve que suceda gran cosa. Pero tú no te detengas, continúa cuidando tu jardín. Si tienes paciencia, las plantas crecerán y se llenarán de flores. Lo mismo sucede en tu mente: tú seleccionas los pensamientos que vas a cuidar, y si tienes paciencia, verás cómo crecen y contribuyen a crear el jardín de experiencias que deseas.

4° *Aprendamos a ser cariñosos con nuestra mente*. No nos odiemos por tener pensamientos negativos. Podemos considerar que estos pensamientos nos "construyen", y no que nos "derriban". No tenemos por qué culparnos por tener experiencias negativas. Podemos aprender

de ellas. Ser cariñosos con nosotros mismos quiere decir dejar de culparnos, dejar de sentirnos culpables, acabar con todo castigo y con todo dolor. También puede ayudarnos la relajación... En cualquier momento puedes cerrar los ojos, hacer unas cuantas respiraciones profundas y liberar cualquier tensión que lleves contigo. Al espirar, céntrate y di en silencio: "Te quiero. Está bien"... Es muy importante también la visualización... Todo el mundo puede hacer visualizaciones. Describir la casa en la que te gustaría vivir, tener una fantasía sexual, imaginar lo que le harías a una persona que te ha hecho daño, todo esto son visualizaciones. Es asombroso lo que es capaz de hacer la mente.

—Eso me gusta. Hay mucha gente a la que me gustaría torcerle el cuello. Esto también vale ¿no?

—5° *Elogiémonos*. Éste es el paso siguiente, Zoilo. La crítica deprime al espíritu; el elogio lo levanta. Reconoce tu Poder, reconoce a tu yo Dios. Todos somos expresiones de la Inteligencia Infinita. Cuando te desprecias, desprecias al Poder que te ha creado. Empieza por cosas pequeñas. Dite a ti mismo que eres una persona maravillosa. Si lo haces una vez y dejas de hacerlo, no funciona. Continúa, sea un minuto cada vez. Créeme, a medida que lo vas haciendo resulta más fácil. La próxima vez que algas algo nuevo o diferente, o algo que comienzas a aprender y no sabes muy bien cómo hacerlo, proporciónate aliento y apoyo.

6. *Amarnos significa apoyarnos*. Acude a tus amigos y permíteles que te echen una mano. En realidad, es una muestra de fortaleza pedir ayuda. En todas las ciudades hay grupos de apoyo. Existen *Programas de 12 Pasos* casi para todos los problemas

—Uf.

—Los grupos de apoyo se han convertido en una nueva entidad social y son instrumentos muy efectivos para esta compleja época. Muchas iglesias del “nuevo pensamiento”, como la de la Unidad y la de la Ciencia Religiosa, tienen grupos de apoyo que se reúnen semanalmente. En revistas y periódicos de la Nueva Era aparecen listas de grupos. Establecer una red de apoyo es muy importante. Te estimula y te pone en marcha. Sugiero que las personas que tienen ideas similares se reúnan y compartan sus experiencias en forma regular.

7° *Amemos nuestros rasgos negativos*. Todos ellos forman parte de nuestra creación, del mismo modo que todos nosotros formamos parte de la creación de Dios. La Inteligencia que nos ha creado no nos odia porque cometamos errores o porque nos enfademos con nuestros hijos. Esta Inteligencia sabe que hacemos lo mejor que sabemos y nos ama porque todos somos sus creaciones; de igual modo podemos amarnos nosotros... El humor es otro potente instrumento; nos ayuda a liberarnos y a aligerarnos durante las experiencias tensas y agotadoras... Cuando tenía mi consultorio particular solía hacer todo lo posible por conseguir que mis clientes se rieran de sus problemas. Cuando logramos ver nuestra vida como una obra de teatro que tiene un poco de telenovela, de comedia y de drama, conseguimos una mejor perspectiva y estamos

en camino de curar. El humor nos hace capaces de elevarnos por encima de la experiencia y mirarla desde una perspectiva más amplia.

8° *Cuidemos nuestro cuerpo*.

—Alguien preguntó alguna vez ¿y qué vamos a hacer con tantos tontos sanos?

9° *Trabajemos con el espejo*. Siempre insisto en la importancia del trabajo con el espejo para descubrir la causa de un problema que nos impide amarnos (*sic*). Hay varias formas de llevar a la práctica este trabajo. A mí me gusta mirarme al espejo tan pronto como me levanto; es lo primero que hago por la mañana, y me digo: “Te amo. ¿Qué puedo hacer por ti hoy? ¿Cómo puedo hacerte feliz?” Si durante el día te sucede algo desagradable, ve al espejo y di: “Te amo de todas maneras”. También puedes perdonar frente al espejo.

—Siempre es más fácil que hacerlo cara a cara, por aquello de que el espejo no contesta ni reprocha.

—Perdónate y perdona a los demás. Puedes hablar con otras personas mirándote en el espejo, sobre todo si temes hablar con ellas de determinadas cosas. Puedes limpiar y arreglar viejos asuntos pendientes con tus padres, jefes, médicos, hijos, amantes... Puedes decirles todas las cosas que no te atreves a decirles en persona; y acuérdate de finalizar la conversación pidiéndoles su amor y su aprobación, ya que eso es lo que verdaderamente necesitas

10° *Amémonos ya, ahora mismo.* No esperes a haber arreglado las cosas para amarte. La insatisfacción contigo mismo es una pauta habitual. Si logras sentirte satisfecho contigo mismo ahora, si puedes amarte y aprobarte ahora, entonces serás capaz de disfrutar de lo bueno cuando venga. Una vez que aprendas a amarte a ti mismo, comenzarás a amar y a aceptar a los demás... Si mantienes una relación con una persona realmente negativa y que no desea cambiar, necesitas amarte lo suficiente para poder alejarte de ella... No estamos aquí para contentar a otras personas o para vivir según sus directrices. Sólo podemos vivir a nuestra manera y caminar por nuestra propia senda Hemos venido a realizarnos a nosotros mismos y a expresar el amor en su sentido más profundo

—¿Y entonces?

—Y por encima de todas las cosas, tienes que amar al niño interior.

—¿Por qué será que el tema es favorito de muchos autores?

—Juega con tu niño interior. Haz cosas que le gusten a tu niño. ¿Qué te gustaba de verdad hacer cuando eras pequeño? ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste? Con demasiada frecuencia el padre o la madre que llevamos dentro nos impiden divertirnos porque no es cosa de adultos. Así pues, tómate el tiempo necesario y diviértete. Haz las cosas tontas que hacías cuando eras niño, como saltar sobre montones de hojas o pasar corriendo bajo el chorro de agua de la manguera. Observa a los niños cuando juegan. Te traerá recuerdos de los juegos que jugabas.

Si deseas más diversión en tu vida, comunícate con tu niño interior y actúa desde ese espacio de espontaneidad y alegría. Verás cómo comienzas a divertirte más, te lo prometo.

Me parece que es muy bueno inventar una meditación para hacer que el niño interior se sienta a salvo. Como fui una niña que sufrió incesto (es medio verdad), he inventado una maravillosa imagen para mi pequeña.

En primer lugar, tiene un hada madrina idéntica a la Billie Burke de *El mago de Oz*, porque eso es lo que a ella le gusta. Sé que cuando no estoy con ella, está con su hada madrina y está siempre segura. Vive en un ático muy alto y tiene un portero y dos perros grandes, de modo que sabe que jamás nadie le volverá a hacer daño. Cuando logro hacer que se sienta absolutamente segura, entonces yo, como adulta, puedo ayudarle a liberar y olvidar las experiencias dolorosas.

—Bueno, chicos, ahora vamos al juego de la soga: chicas contra chicos, unos contra otras en una prueba de fuerza. Los chicos creen que ganan, pero habrá que verlo.

Hay que marcar la soga con una línea central. Así. Ahora dos metros de cada lado del centro de la línea.

Cada equipo comienza con la línea central directamente sobre una línea marcada en la tierra a tirar de la cuerda , y una vez comenzado el tirón, intentan jalar al otro equipo hasta que la marca más cercana al equipo oponente cruce la línea central, o cuando cometan una falta (cuando un miembro del equipo cae o se sienta).

—Entendido. Empezamos con la comunicación con nuestros padres.

Mis años de adolescente fueron los más difíciles de mi época de crecimiento. Tenía muchos interrogantes, pero no quería escuchar a aquellos que creían tener todas las respuestas, en especial los adultos.

Sentía una especial animosidad contra mis padres, porque fui una hija maltratada. Me era imposible comprender cómo mi padrastro podía abusar de mí de aquella forma, y tampoco comprendía cómo mi madre podía tolerarlo y hacer como que no se daba cuenta. Me sentía engañada e incomprendida, y estaba segura de que concretamente mi familia y, en general el mundo, estaban contra mí.

—Pero eso ya lo dijo Ágata. ¿También te ocurrió a ti, Calíope?

—Un jalón para aceptar la prosperidad. No tiene fórmula, pero una de las maneras de atraer dinero a tu vida es contribuir con el diezmo. Contribuir con el 10 por ciento de los ingresos es un principio instaurado hace muchísimos años; a mí me gusta considerarlo como una “devolución a la Vida”… Sin embargo, si aportas tu diezmo con el único fin de “tener más”, es que no has entendido de qué va la cosa. Lo que se da ha de darse libremente o no funciona

—Otra manera de hacer buenos negocios es que tengan a la autora como modelo. Ella les dice qué cambios hay que hacer, cómo y cuándo. No cabe duda de que ha sido una empresaria exitosa. ¿Pero podrán serlo ustedes?

—Sí, porque si no te alcanzan tus sentidos, puedes obtener poderes extrasensoriales.

—Me interesa.

—Y a mí también.

—Se dice que sólo utilizamos el diez por ciento de nuestro cerebro: ¡sólo el diez por ciento! ¿Para qué está el otro noventa por ciento? Yo creo que las dotes psíquicas…

—Eso que afirmaste es un mito… de la misma calaña que el de beber diariamente ocho vasos de agua para no deshidratarnos. El primero lo atribuyen unos a Wiliam James y otros a Albert Einstein. Sin duda alguna, si fue del segundo, era un gran chiste. Por cierto que en ese mito se basa la película *Lucy* protagonizada por la bella Scarlett Johansson.

Respecto del segundo mito, en los años 40, un investigador del Consejo de Alimentación y Nutrición de Estados Unidos recomendó el consumo de 1 ml de agua por cada caloría de comida consumida. En una dieta de 2.000 calorías, esto equivale a ocho vasos de agua. El investigador, sin embargo, estaba hablando del consumo total de agua, incluyendo el agua que está en la comida. Nuestros alimentos contienen mucha agua. Una papa está formada por un 75% de agua. Entonces, incluyendo el agua que está en nuestra comida, necesitamos tomar mucho menos de ocho vasos de agua al día. Los periodistas que reportaron este hallazgo lo malentendieron. Informaron que era necesario beber ocho vasos de agua. La publicidad para jugos y agua embotellada hizo el resto…

—… yo creo que las dotes psíquicas de la telepatía, la clarividencia y la clariaudiencia son capacidades normales y naturales. Lo que sucede es que no nos permitimos experimentar estos fenómenos. Tenemos todo tipo de motivos para no experimentarlos o para no creernos capaces para ello. Con cierta frecuencia los niños pequeños tienen muchas dotes psíquicas. Por desgracia los padres les dicen en seguida: “No digas eso”, “Es sólo tu imaginación”, “No creas en esas tonterías”… El niño va inevitablemente desconectando esas capacidades.

—Creí que era otra cosa porque esto ya se lo había oído a Rousseau. “Todo está bien al salir de las manos del autor de la naturaleza; todo degenera en manos del hombre”, dijo al comienzo del *Emilio*. Tan degenerado era él que según iban naciendo sus hijos los iba arrojando en el orfanato. Pero hablando en serio, no hay ninguna sociedad que enseñe el mal. En realidad, ‘bueno’ y ‘malo’ son valores sociales que el individuo hace propios.

—Ese asunto lo discutimos después. Sigamos con el que traía.

—Esta gente, Zoilo, no tiene capacidad de diálogo. Vive alucinando. Por eso no te contestan.

—Eso creo yo, Aristarco.

—Sigo. Creo que la mente es capaz de cosas increíbles. Estoy segura de que yo podría ir perfectamente de Nueva York a Los Ángeles sin avión

si supiera desmaterializarme y luego volverme a materializar allí. Aún no sé cómo, pero sé que es posible

—Definitivamente, la autora ha visto mucha TV. Flash, Superman, Spiderman y otros héroes voladores le han confundido la cabeza.

—Pero para obtener los supersentidos debemos cambiar. Cambiar significa liberarnos de los sentimientos de aislamiento, separación, soledad, rabia, temor y dolor; significa crearnos una vida llena de paz, en donde podamos relajarnos y disfrutar de las cosas tal como se nos presentan sabiendo que todo va a ir bien. A mí me gusta emplear la afirmación siguiente: "La vida es maravillosa; todo está bien en mi mundo, y siempre avanzo hacia un bien mayor". De esa forma no importa qué dirección tome mi vida porque sé que va a ser maravillosa. Por lo tanto, puedo disfrutar de toda suerte de circunstancias y situaciones.

Existe la costumbre de hacer buenos propósitos cuando empieza un año, pero muy pronto se abandonan porque no van acompañados de ningún cambio interior. "No volveré a fumar", dice alguien. De entrada, esta frase es negativa y no le dice al subconsciente lo que ha de hacer. Esta persona podría decir mejor: "Todo deseo de cigarrillo me ha dejado y estoy libre".

—A veces las cosas empeoran antes de mejorar, Calíope. Acuérdate de la Ley de Murphy: “Si algo puede salir mal, saldrá mal»

—Es cierto, pero eso no es malo; eso está bien porque quiere decir que se está iniciando el proceso. Los viejos hilos comienzan a desenredarse, de modo que tienes que deslizarte con ellos. No te asustes ni pienses que tus esfuerzos no dan resultado. Sencillamente continúa trabajando con tus afirmaciones y las nuevas creencias que estás sembrando.

—No sé, Calíope, pero a mí me parece que ese es el camino del desastre seguro. ¿Qué dices tú, Aristarco?

—Escucha a la loca ésta. Dale un poco de cuerda y verás cómo se caen todas de espaldas.

—Pienso que cuanto más pronto dejemos de lado nuestros prejuicios y trabajemos por una solución positiva a la crisis, más pronto sanará todo el planeta. Sin embargo, no podemos sanar el planeta si permitimos que sufra la gente. En mi opinión, el sida forma parte de la contaminación del planeta. ¿Sabías que los delfines de las costas de California están muriendo de enfermedades de inmunodeficiencia? Yo no creo que eso se deba a sus prácticas sexuales. Hemos contaminado nuestras tierras hasta el punto de que gran parte de la producción agrícola no es apta para el consumo. Estamos matando a los peces en nuestros mares. Estamos contaminando el aire, de modo que ahora hay lluvia ácida y un agujero en la capa de ozono. Y continuamos contaminando nuestros cuerpos.

El sida es un mal-estar terrible; sin embargo, el número de personas que mueren de sida es menor que el de personas que mueren de

cáncer, de un infarto o por causa del tabaco. Buscamos venenos cada vez más potentes para eliminar las enfermedades que creamos, pero no queremos cambiar nuestro estilo de vida ni nuestra alimentación. Preferimos tomar algún fármaco o someternos a una operación quirúrgica, que sanar.

—¿Qué te decía, Zoilo?

—Cuanto más reprimidos, más problemas se manifiestan de otras formas. La medicina y la cirugía sólo se ocupan del diez por ciento de todas las enfermedades; parece increíble pero es cierto. Con todo el dinero que gastamos en productos químicos, radiaciones y cirugía, resulta que todo esto sólo cura el diez por ciento de nuestras enfermedades.

Leí en un artículo que las enfermedades del próximo siglo estarán causadas por nuevas cepas de bacterias que afectarán a nuestro debilitado sistema inmunitario. Estas cepas de bacterias han comenzado a mutarse de modo que los fármacos que tenemos ahora no tendrán ningún efecto sobre ellas.

—¿Te pasaste de nuestro lado?

—No creo, porque nosotras estamos en la vanguardia de las fuerzas que van ayudar a sanar el planeta. Estamos en un punto ahora mismo en que tanto podemos destruir a la humanidad entera como sanar el planeta. No depende de "ellos", depende de nosotros, individual y colectivamente.

Veo que tenemos la oportunidad de combinar las tecnologías del pasado y del futuro con las verdades espirituales de ayer, hoy y mañana. Es hora de que estos elementos se unan. Mediante la comprensión de que los actos de violencia los cometen personas que son niños traumatizados, podríamos combinar nuestros conocimientos y nuestra tecnología para ayudarles a cambiar.

No perpetuemos la violencia iniciando guerras o metiendo a personas en prisión y luego olvidándonos de ellas. En lugar de eso, fomentemos la conciencia de nosotros mismos, la autoestima y el amor. Los instrumentos para la transformación están disponibles; sólo tenemos que utilizarlos.

—Te recuerdo, Calíope, que, cuando tú decías lo que dijiste, las bombas caían por millares sobre Bagdad, y Fidel Castro había condenado, en juicios sumarios, a más de 72 disidentes. ¡Paz y amor!

—Pero esas ideas escépticas sobre la bondad humana no son exclusivas tuyas. Según una noticia publicada en todo el mundo el 22 de enero de 2013, el naturalista británico David Attenborough cree que los humanos son "una plaga sobre la Tierra" e instó a controlar el crecimiento de la población para que ésta sobreviva

El prestigioso naturalista, de 86 años, mostró su pesimismo con respecto al futuro del planeta, al que, según su criterio, no afecta sólo el cambio climático, sino también la presencia masificada de humanos, para los que quizá no haya recursos suficientes. "No se trata sólo de

cambio climático. Es también una cuestión de espacio, de si habrá suficiente sitio para cultivar alimentos que suministrar a toda esa enorme multitud", explicó Attenborough.

Attenborough prevé que los efectos de la masificación humana y la contaminación serán visibles en cincuenta años y que, mientras no se tenga una línea de actuación coordinada por todos los países, la situación en el planeta "no hará otra cosa que empeorar.

Yo voy más lejos que Attenborough, porque pienso que el hombre llegó tarde a la ecología, aunque, por su puesto, eso no tiene importancia. 'Tarde' y 'temprano' son términos para gente que tiene tiempo.

*

—Chicos, ya está bueno de tanto *poder*, aunque esté dentro de nosotros. ¿Jugamos a la gallina ciega? A ver, Zoilo, ven para que te vende. Después que te demos unas vueltas, vas a tratar de pillarnos. El que caiga toma tu puesto. ¿Entendido?

*— Gallinita, gallinita ¿Qué se te ha perdido en el pajar? /Una aguja y un dedal/ Da tres vueltas y la encontrarás*

—Así que Leibniz, dices tú, Ágata, es el filósofo más optimista que ha habido. ¿Por qué no nos echas el cuento completo mientras le damos vueltas a Zoilo?

—Con gusto, Calandria. Gott Wilhem LEIBNIZ (1983) nació en Leipzig el 1 de julio de 1646. Murió en Hannover el 14 de noviembre de 1716. Cursó sus primeros estudios en la Nikolaischule de su ciudad natal y muy pronto llegó a dominar las lenguas clásicas. A los 15 años ingresó en la Universidad de Leipzig para seguir los estudios de leyes y filosofía con el neoaristotélico Thomasius. En Jena estudió matemáticas con el célebre E. Weigel. En noviembre de 1672 fue graduado doctor en leyes en la Universidad de Altdorf.

—En Nüremberg llegó a ser secretario de la sociedad alquimista.

—Cállate, Zoilo. Tú sólo oye, gira y busca. ¿Quién te pegó? Viajó por Alemania, Holanda (donde conoció a Spinoza), Inglaterra, Francia e Italia. Su actividad fue prodigiosa en todas las ciencias y en la política.

—Adivina quién te pellizcó, Zoilo. Para citar un solo ejemplo de la significación de Leibniz en la historia de la ciencia moderna, recordemos que su nombre está unido al descubrimiento del cálculo infinitesimal, que halló por un método distinto al de Newton y sin saber el uno del otro. Su escrito se publicó en 1684, mientras que el de Newton no apareció hasta 1687. Con este motivo, y a raíz de la prioridad del hallazgo, surgió una contienda un tanto desagradable

—Te reconocí, Calandria.

—Pero no me tocaste. Desde el punto de vista de la historia de la filosofía, el mejor ángulo desde el cual poder juzgarlo es un breve párrafo de su carta del 10 de enero de 1714 a Rémond: "En todo tiempo

me ocupé de descubrir la verdad que se halla soterrada y dispersa en las diversas sectas filosóficas y de juntarla consigo misma”

—”¿Y qué es la verdad?”, preguntó Pilato al Cristo. No obtuvo respuesta.

—La verdad —aunque sea motivo de mofa y burla de un cínico como tú—, en cualquier orden de cosas, al margen de todas las posiciones demasiado estáticas o limitadamente sectarias, fue la meta de su enorme dinamismo espiritual. Leibniz fue realmente un espíritu universal, para quien no existía campo de saber que no provocara sus desvelos más íntimos y desinteresados. Ya hemos dicho cómo descubrió el cálculo infinitesimal en el campo de la Matemática. En el de la Física, fue el primero en formular la ley de la conservación de la energía. La Lógica lo cuenta entre los fundadores de la Logística. En Psicología descubre el inconsciente. En el terreno de la Historia, enseña prácticamente la forma de estudiar a fondo las fuentes. En la Economía, desarrolla una serie de proyectos prácticos para la explotación de las minas, para el alumbramiento de las aguas, para el cultivo del campo, etc. Junto a esto es un autorizado jurista. Obra suya es la Academia de Ciencias de Prusia, de la que fue el primer presidente. Pero, por encima de todo, es indudablemente un filósofo; un filósofo en el más puro sentido aristotélico del término, un enamorado del saber, un afanoso buscador de lo primario y fundamental de las cosas, de lo básico e irrevocable de la vida y de todos los modos de existir.

—Ya va, un momento. Deténganse. ¿Qué es todo este cacareo?

—Esto viene a cuento para justificar que no un cualquiera afirmó que Dios escogió el mejor de todos los mundos posibles.

—Me entero, porque yo veo el mal que crece como la verdolaga. J. MARITAIN (1962) enunció como primera ley funcional de la historia, fórmula axiomática según él, la “ley del doble progreso contrario”. Para el filósofo francés, la historia progresa pero en dos direcciones contrarias: hacia el bien y hacia el mal. “Desde el punto de vista filosófico, debemos decir que el movimiento de progresión de las sociedades depende de esta ley del doble movimiento —que podría ser llamada, en esta instancia, la ley de la degradación, por un lado, y de la revitalización, por el otro, de la energía de la historia” (p. 51). En palabras más sencillas, desde las últimas décadas del siglo XVIII se ha acentuado la defensa de los derechos humanos y de la dignidad de la persona. Pero por otro lado, guerras destructoras han asesinado en masa –científicamente- millones de seres.

—¿Estás diciendo que Dios es el mal?

—No. Estoy diciendo que Dios, habiendo escogido el más perfecto de todos los mundos posibles, fue llevado por su sabiduría a permitir el mal que era ajeno a Él, pero ello no impide que, por muy limitado y desorientado que pueda estar este mundo, no sea el mejor que pudiera escogerse.

—¿Es decir que el mal es necesario? Y otra pregunta: si la naturaleza es perfecta, ¿por qué lo imperfecto es la especie humana?

—A mí me intriga el asunto del mal. Pienso que es un sentimiento, que se genera cuando nuestra intimidad más íntima es amenazada. ¿Qué dice Leibniz?

—Bueno, si tanto te interesa el tema, te diré que, para él, el mal puede ser metafísico, físico y moral. El primero no es causado por Dios, depende sólo de la limitación de la criatura, que la hace menos perfecta que Dios. El mal físico es una negación (la ceguera, por ejemplo). Como tal, no tiene causa eficiente, sino deficiente. No es imputable a Dios, por lo tanto. Sólo puede quererlo como castigo para una culpa o para producir un bien mayor.

—¿Y por qué atribuirle pasiones a Dios? A mi modo de ver, no es capaz de premiar ni de castigar: eso sería "humanizarlo".

—En cuanto al mal moral, no lo quiere tampoco Dios, pero hay que distinguir entre la voluntad antecedente de Dios por la que quiere el bien y la consecuente, por la que quiere lo mejor. No concurre, pues, al mal moral, cuando se da, sino sólo al bien, aunque de ello resulte un mal para obtener un bien mayor.

—¡Ni Maquiavelo lo diría tan bien! ¡El fin justifica los medios!

— Hay armonía entre el reino Físico de la Naturaleza y el reino Moral de la Gracia, es decir, entre Dios considerado como Arquitecto de la Máquina del universo, y Dios considerado como Monarca de la ciudad divina de los Espíritus (& 87)

—En tan sesudo tema, les propongo un acertijo cardinal: "El optimista cree que vivimos en el mejor mundo posible. El pesimista teme que esto sea verdad" (BLOCH, 1987:14)

—Hay que considerar dos principios en el pensamiento leibniziano. El principio de la *lex melioris*, fundamento de su optimismo, que coincide realmente con el principio de la razón suficiente. La *lex melioris* nos dice que, de entre los infinitos mundos posibles, Dios ha elegido y realizado el mejor. Su voluntad tuvo que determinarse por el mundo mejor "Pues, si no, no habría tenido Dios razón suficiente para crear un mundo", según dice en Teod. III, 416. Este optimismo, por otra parte, no coarta en nada la libertad divina, ya que es la suprema libertad el hecho de poder elegir lo mejor posible. El no poder elegir otro mundo que la *lex melioris* impone a Dios no es una coacción o limitación de su voluntad, sino una sublimación de su libre albedrío, un acto de servicio espontáneo y voluntario a su supremo y perfectísimo entendimiento.

—Su filosofía intenta conjugar armónicamente la idea de la absoluta racionalidad del mundo, la universalidad y la individualidad autónoma, la armonía perfecta de todas las cosas, la infinitud cuantitativa y cualitativa del universo, la hipótesis de la explicación mecánica de la naturaleza. Pero al mismo tiempo, no fue Leibniz el filósofo solitario que, como Spinoza, consume su filosofar en el aislamiento, sino que trató de

influir sobre los príncipes con el noble propósito de conciliar todas las disparidades en un limitado progreso de la cultura.

—En fin, habiendo elegido Dios este mundo entre una infinidad de posibles, es éste el mejor de todos, de donde se deriva el optimismo de Leibniz. Todo tiende en él a lo mejor, y lo malo o lo injusto no es sino un paso para la consecución de algo mejor.

—¡Gracias a ti, san Niccolò di Bernardo dei Machiavelli, que nos diste la clave del obrar divino! ¡Genial!

—No blasfemes, Aristarco. Dice Leibniz en su *Discurso de metafísica*: "La noción de Dios más admitida y más significativa que tenemos está bastante bien expresada en estos términos: que Dios es un ser absolutamente perfecto; pero no se consideran suficientemente sus consecuencias... De donde se sigue que, poseyendo Dios la sabiduría suprema e infinita, obra de la manera más perfecta, no solamente en sentido metafísico sino también moralmente hablando y que puede decirse, en lo que a nosotros concierne, que cuanto más informados e iluminados estemos acerca de las obras de Dios, más inclinados estaremos a encontrarlas excelentes y totalmente conformes a cuanto se hubiera podido desear" (& 1).

—Aun admitiendo su existencia, sostengo que no hay ninguna bondad en sus obras, porque las reglas de la bondad y de la belleza son arbitrarias. Lo que ustedes llaman bello, yo llamo feo. Lo que para ustedes es bueno, para mí es malo.

—El propio filósofo consideró esa objeción, Aristarco. "Confieso que la opinión contraria —escribió en &2 de su *Discurso de Metafísica*— me parece extremadamente peligrosa y muy próxima a la de los últimos innovadores, cuya opinión es que la belleza del universo y la bondad que atribuimos a las obras de Dios, no son más que quimeras de los hombres que conciben a Dios a su manera. Además diciendo que las cosas no son buenas por ninguna regla de bondad, sino sólo por la voluntad de Dios, se destruye, sin darse cuenta, me parece a mí, todo el amor de Dios y toda su gloria. ¿A qué alabarlo por lo que ha hecho si sería igualmente loable habiendo hecho todo lo contrario? ¿Dónde estarán su justicia y su sabiduría si no le queda más que un cierto poder despótico, si la voluntad ocupa el lugar de la razón y si, según la definición de los tiranos, lo que agrada al más poderoso es justo por esos mismo?"

—El amor de Dios exige una total satisfacción y aquiescencia respecto de lo que hace. "En efecto, los que no están satisfechos con lo que Él hace me parecen individuos descontentos cuya intención no es muy diferente de la intención de los rebeldes. Creo, pues, que según estos principios, para proceder de acuerdo con el amor de Dios no basta tener paciencia a la fuerza; es preciso sentirse verdaderamente satisfecho con todo lo que nos haya sucedido por su voluntad" (& 4).

—Dios es el monarca de la más perfecta república. "Y si el primer principio de la existencia del mundo físico es el decreto de darle la mayor perfección posible, el primer designio del mundo moral o ciudad

de Dios, que es la parte más noble del universo, debe ser repartir en él la mayor felicidad que sea posible” (& 36)

—No andaba muy descaminada Louis L. Hay cuando afirmaba la revelación. Para Leibniz la forma más completa de conocimiento es la intuición. Y esto está perfectamente claro en su famosa teoría de los relojes que explica las relaciones del alma y del cuerpo. El alma y el cuerpo, según Leibniz, son como dos relojes que marchan perfectamente de acuerdo. Es decir, a un estímulo de uno corresponde una sensación del otro y a una orden de uno, una modificación del otro. ¿Cómo puede explicarse esta perfecta concordancia? Muy sencillo. Primero, en la creencia vulgar, están mutuamente conectados y actúan uno sobre otro. Segundo, en la opinión de los ocasionalistas (Guelinex, Malebranche), hay un relojero que los hace coincidir (las modificaciones de uno son ocasión de que Dios provoque algún fenómeno correspondiente en el otro). Tercero, según Spinoza, en realidad hay un solo reloj con dos esferas: el cuerpo y el alma no son más que dos atributos de una misma sustancia infinita. Cuarto, pero según Leibniz, han sido construidos perfectamente por un sabio relojero para que vayan siempre en armonía, independientes el uno del otro.

*

—Chicos, vamos a jugar a la candelita y nos vamos. Está bien por hoy ¿no?

—Siiiiií.

—Cinco. Perfecto. Ustedes, Calíope y Ágata, se van a la esquinas del Este y del Oeste; Calixto, al Norte y yo al Sur. Zoilo se queda en medio pidiendo la candelita

—¿ Y Aristarco?

—Público. Espantapájaros. A menos que el hombre aprenda rápidamente a dominar el ritmo del cambio en sus asuntos personales, y también en la sociedad en general, nos veremos condenados a un fracaso masivo de adaptación.

—No te preocupes por mí, Calandria. No estoy interesado en ese juego, juego del “shock del futuro” que lo llamó Alvin TOFFLER (1974). Yo estaré viendo los toros desde la barrera, porque ya no es un posible remoto, sino una verdadera enfermedad que afecta a un número creciente de personas. Este estado psicobilógico puede describirse en términos médicos y psiquiátricos. Es la enfermedad del cambio. Y ustedes están enfermos, corriendo de aquí para allá sin sentido.

—Una candelita, por amor de Dios.

—Aquí no hay, pero por allá jumea.

—Me espanta lo poco que saben tú, Calandria y los que son como tú, hoy en día de adaptabilidad, tanto los que exigen y producen grandes cambios en nuestra sociedad como aquellos que pretenden prepararnos

para hacer frente a tales cambios. Graves intelectuales hablan enérgicamente de la “educación para el cambio” o de la “preparación de la gente para el futuro”. Pero virtualmente nada sabemos sobre la manera de hacerlos. En el medio más velozmente cambiante con que jamás se haya enfrentado el hombre, seguimos ignorando lastimosamente las reacciones del animal humano

—Sí, Aristarco, tienes razón en lo que tienes razón. Hasta ahora, el hombre estudió el pasado para arrojar luz sobre el presente, pero ya Toffler y otros le están dando la vuelta al espejo del tiempo, convencidos de que una imagen coherente del futuro puede darnos valiosas perspectivas sobre el día de hoy. Es cierto, si no empleamos el futuro como instrumento intelectual, nos será cada vez más difícil comprender nuestros problemas personales y públicos. Pero, ánimo, que ya vienen los exploradores del futuro a enseñarnos la teoría de la adaptación para que no se produzca el shock.

—Por estar distraída en tonterías, te quedaste sin puesto, Calíope. Pasa al medio a pedir candelita.

—Una candelita, por amor de Dios.

—Aquí no hay, pero por allá jumea.

—Durante los últimos 300 años, la sociedad occidental se ha visto azotada por la furiosa tormenta del cambio. Y esta tormenta, lejos de menguar, parece estar adquiriendo nueva fuerza. El cambio barre los países altamente industrializados con olas de velocidad creciente y de fuerza nunca vista. Crea a su paso una serie de curiosos productos sociales, desde las iglesias psicodélicas y las “universidades libres” hasta ciudades científicas en el Ártico y clubs de amas de casa en California.

El shock cultural es el efecto que sufre el visitante no preparado al verse inmerso en una cultura extraña... El shock es la desorientación vertiginosa producida por la llegada prematura del futuro. Y puede ser la enfermedad más grave del mañana. El shock del futuro es un fenómeno del tiempo, un producto del ritmo enormemente acelerado del cambio en la sociedad.

—No seas pesimista, Aristarco. Un creciente grupo de opinión, digno de confianza, afirma que el momento actual representa nada menos que el segundo hito crucial de la historia humana, sólo comparable en magnitud, a la primera gran interrupción de la continuidad histórica: el paso de la barbarie a la civilización. Y a mí me gusta el cambio. El futuro ya ha llegado. Y a mí me gusta el futuro.

—Es cierto, Calandria. Detrás de prodigiosos hechos económicos —Apple y Google son dos de las más ricas compañías del mundo— se oculta el rugiente y poderoso motor del cambio: la tecnología.

La tecnología involucra técnicas, máquinas que pueden ser o no ser necesarias para aplicarlas. Pero comprende también sistemas para provocar reacciones químicas, maneras de criar peces o de repoblar

bosques, de instalar teatros de luz, de contar votos o de contar la Historia...

La aceleración del presente suele dramatizarse con el simple relato del progreso en los transportes. Sólo en 1.600 a. C., con el invento del carro, se elevó la velocidad máxima a unos dieciséis kilómetros por hora. Tan impresionante fue este invento y tan difícil de superar esta velocidad tope que, 3.500 años más tarde, cuando empezó en 1784 a funcionar en Inglaterra el primer coche correo, éste sólo alcanzó un promedio de treinta kilómetros por hora. La primera locomotora de vapor, fabricada en 1825, alcanzó una velocidad máxima de veinte kilómetros, y los grandes barcos de vela de la época navegaban a menos de la mitad de esta velocidad. Hoy los trenes de alta velocidad han superado los 400 Km/h

—La razón de esto es que la tecnología se alimenta a sí misma. La tecnología hace posible una mayor cantidad de tecnología, como podemos ver si observamos un momento el proceso de innovación. La innovación tecnológica se compone de tres fases. Ante todo está la idea creadora y factible. En segundo lugar, su aplicación práctica. En tercer término, su difusión en la sociedad. Además, hay que comprender que la innovación tecnológica no combina y recombina simplemente máquinas y técnicas. Las nuevas máquinas importantes hacen algo más que aconsejar u obligar a hacer cambios en otras máquinas: sugiere nuevas soluciones a los problemas sociales, filosóficos e incluso personales. Alteran todo el medio intelectual del hombre, su manera de pensar y ver el mundo. Y a mí esto me gusta.

—Es apasionante. Lo malo para mí, Calíope, es que para cada nueva presentación de Apple hay que madrugar para hacerse de lo nuevo, ja, ja, ja.

—Pero si la tecnología tiene que ser considerada como un gran motor, como un poderoso acelerador, entonces el conocimiento tiene que ser considerado como carburante.

—Así es. Por eso dentro de los principales centros de cambio tecnológico y cultural, hay millones de hombres y mujeres de los que puede decirse que viven ya la vida del futuro... ¿Qué los diferencia del resto de la humanidad? Ciertamente, son más ricos, están más bien educados, se mueven más que la mayoría de los componentes de la especie humana. También viven más tiempo. Pero lo que caracteriza específicamente a los hombres del futuro es que han adoptado ya el acelerado ritmo de la vida. “Viven más de prisa” que los que los rodean.

—Pero muchos conflictos antes incomprensibles —entre generaciones, entre padres e hijos, entre maridos y esposas— pueden derivarse de reacciones diferenciales a la aceleración del ritmo de la vida. Y lo propio puede decirse de los choques entre culturas.

—Una candelita, por amor de Dios.

—Aquí no hay, pero por allá jumea. No cabe duda de que esa es una fuente de problemas. La percepción del tiempo por el hombre está

íntimamente relacionada con sus ritmos internos, pero sus reacciones al tiempo están culturalmente condicionadas. Por ejemplo, el niño aprende, desde la primera infancia, que cuando su papá se marcha al trabajo por la mañana quiere decir que no volverá a casa en muchas horas. Si lo hace, algo anda mal; se ha roto la pauta. Y el niño lo siente. Incluso el perro de la casa. Ahora bien, estas expectativas de duración, diferentes en cada sociedad, pero aprendidas precozmente y profundamente arraigadas, se ven transformadas cuando se altera el ritmo de la vida. Dicho en otras palabras, el ritmo de la vida debe ser considerado como algo más que una fase familiar, que una fuente de bromas, suspiros, lamentos y desánimos. Es una variable psicológica, de importancia crucial, sin duda alguna, que ha pasado casi inadvertida... Pues es precisamente a través del ritmo acelerado de la vida cómo la creciente velocidad del cambio científico, tecnológico y social se deja sentir en la vida del individuo.

—Ah, perdiste el puesto, Calandria. Y lo perdiste por estar enviando mensajitos tontos a Calíope, cuando la tienes al lado. A pedir candelita.

—Una candelita, por el amor de Dios.

—Aquí no hay, pero por allá jumea.

—El concepto de transitoriedad nos da el eslabón que faltaba, desde hace tiempo, entre las teorías sociológicas de cambio y la psicología de los seres humanos individuales. La transitoriedad es la nueva “temporalidad” de la vida cotidiana. Da origen a una impresión, a un sentimiento de impermanencia... Relaciones que antaño duraron largo período de tiempo tienen ahora expectativas de una vida más breve. Es esta abreviación, esta comprensión, lo que origina el casi tangible sentimiento de que vivimos desarraigados y vacilantes en un paisaje de dunas cambiantes. La gente del futuro vive en una condición de “transitoriedad alta”, una condición en que la duración de las relaciones se abrevia, y su cambio se hace sumamente rápido. En sus vidas, las cosas, los lugares, las personas, las ideas y las estructuras organizadas se “gastan” más de prisa. Esto influye enormemente en su modo de experimentar la realidad, en su sentido del compromiso y en su capacidad –o incapacidad- de enfrentarse con las situaciones. Es esta rápida sustitución, combinada con la creciente novedad y complejidad del medio, que violenta la capacidad de adaptación y crea el peligro del “shock” del futuro.

—En otros términos, la nuestra es la sociedad del ‘tirese después de usado’. Y los primeros en ser arrojados somos nosotros mismos. Claro que no tenemos tiempo de darnos cuenta. Y tienen razón, candelosos, es lo mejor que nos puede ocurrir. La conciencia ha sido la mayor desgracia del hombre.

—Antes del desbarajuste, chicos, tomémonos una *selfie*.

—Allá vamos, Calixto.

—¡Ya!

## Bibliografía mínima

BLOCH, A. (1982). *Ley de Murphy y otras razones de por qué las cosas salen mal*. México: Diana (5° reimpresión)

BLOCH, A. (1987) *Ley de Murphy II. Más razones por las que las cosas salen mal*. México: Diana (6°)

BLOCH, A. (1988). *Ley de Murphy III. Razones equivocadas de por qué las cosas salen mal*. Venezuela: Diana.

DYER, W. (1992).*La fuerza de creer***.** *Cómo cambiar su vida.* Caracas: Grijalbo.

HAY, L.L., y Carwin Tomchim, L. (1997). *El poder está dentro de ti*. Barcelona: Urano.
HAY, L. L. (2000). *Usted puede sanar su vida.* Barcelona:Urano (25°)
LEIBNIZ, G. W. (1983). *Monadología / Discurso de metafísica / Profesión de fe del filósofo*. Barcelona: Orbis.
MARITAIN, J. (1962). *Filosofía de la historia*. Buenos Aires: Troquel.
TOFFLER, A. (1974). *El shock del futuro.* Barcelona: Plaza & Janés